

655

BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDALUCIA.

---

# CURSOS

---

## FAMILIARES DE LITERATURA.

---

POR

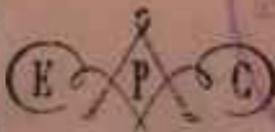
LAMARTINE.

---

(TROZOS ESCOGIDOS.)

TOMO I.

---



SEVILLA.

---

E. PERIÉ Y COMPAÑÍA, EDITORES.

calle de Jimiños número 26.

1868.



# CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.



---

SEVILLA.--Imp. de la BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDA-  
LUCIA, calle Pedro Miguel, 34.

B-2426

LAMARTINE.

---

# CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO I.



SEVILLA.

---

E. PERIÉ Y COMPAÑIA, EDITORES.

calle de Jimios número 26.

1868.



## PRÓLOGO.

---

Terminada la impresion y repartidos los dos tomos de la novela titulada *Medina ó escenas de la vida árabe*, ofrecemos á nuestros suscritores la traduccion de los *Cursos familiares de literatura*, por Mr. de Lamartine, en la forma y estension que permite la índole de la BIBLIOTECA POPULAR DE ANDALUCIA, es decir, abreviada, ó en *trozos escogidos*, despues del maduro exámen de una obra donde todo es bueno, útil é instructivo, como produccion de uno de los mas ilustres poetas contemporáneos que honran la Francia y uno de sus mas sábios literatos y de sus mas distinguidos hombres de estado.

Muévenos á dar este libro á la estampa no solo el deseo de hacer popular en España el nombre del célebre autor de la historia de los Girondinos sino el de cumplir el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de la BIBLIOTECA; esto es, de publicar solo obras amenas, instructivas, morales y de notoria importancia para los fines á que se destina todo libro bueno. Fija siempre la vista en la obligacion que hemos contraido, profundamente agradecidos á la deferencia que hemos merecido del público, de la cual es una

## II

prueba elocuentísima el satisfactorio éxito que ha tenido nuestra empresa en los tres meses que cuenta de instalación, no nos separaremos, cualesquiera que sean las circunstancias, de la línea de conducta que nos hemos trazado, y del propósito que hemos hecho de instruir deleitando á nuestros favorecedores.

¿Hemos empezado ya á conseguirlo? Creemos que sí. *Medina ó escenas de la vida árabe* y los *Cursos familiares de literatura de Lamartine* autorizan nuestra creencia.

En efecto, despues de una novela llena de palpitante interés, escrita en un estilo fácil, elegante y correcto, salpicada de bellísimas descripciones y de encantadoras imágenes; cuadro en que se pintan y retratan con el mas vivo colorido los usos, las costumbres, las creencias religiosas, la vida pública y doméstica, las virtudes, los vicios y hasta las preocupaciones del pueblo árabe, pueblo que fué huésped nuestro durante tantos siglos, del cual han quedado tantos y tan profundos rastros en nuestro suelo y de cuya cultura y civilización, durante la edad media, nos envanecemos, porque fué en parte nuestra tambien esa cultura y civilización dado que se desarrolló y floreció bajo los ardientes rayos del sol de España.

Despues de esa novela en que se bosqueja con grandes y vigorosos rasgos el estado de una sociedad, no sabemos si calificar de semibárbara todavía ó de sociedad que ha retrocedido á los

primeros dias de su infancia, teniendo en cuenta lo que fué hace cuatro siglos y lo que nos dicen de ella la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, sus historiadores, sus poetas, sus gramáticos, sus geógrafos, sus astrónomos, sus médicos y botánicos y sus traductores de las obras clásicas de la antigua Grecia, hombres ilustres de la época de su dominacion en España, despues de esa novela, repetimos, en que se respira entre las galas del estilo y el perfume de las flores, ódio, sangre, fanatismo, venganza y esterminio; nada mas natural ni mas en armonía con nuestro plan de instruccion y recreo que la publicacion de *los cursos familiares de literatura de Lamartine*.

Libro que es la antitesis del anterior, libro que contiene en todas y cada una de sus páginas la condenacion esplicita y terminante de la doctrina del fanatismo cuyos efectos se dan á conocer en el precedente, y libro en fin, que eleva el alma tanto como la degrada el anterior, en cuanto se refiere á las creencias y costumbres africanas.

*Medina* es, hasta cierto punto y á despecho de muchos rasgos de poesía descriptiva y de no pocos cuadros de costumbres y viajes que instruyen al lector, una obra en la cual aparecen caracteres que repugnan á los instintos de los pueblos cultos y civilizados y á la blandura de nuestras actuales costumbres. El espíritu que anima á varios de los actores que aparecen en aque-

#### IV

lla escena es el de una venganza implacable; no se encuentra en ninguno de los africanos un pensamiento de misericordia; es una lucha de fieras y no de hombres. En tal virtud, es un libro que podría endurecer el alma si el carácter europeo no la enalteciera, y que á no haber sido escrito con tan galano estilo, á no ser un estudio de los usos, costumbres y modo de ser social de un pueblo vecino al nuestro; de un pueblo con el cual vamos reanudando lentamente, desde la gloriosa campaña de Africa, los lazos de antiguas relaciones políticas y comerciales, de un pueblo, en suma, en el cual tenemos puesto un pié en la actualidad á guisa de conquistadores y una esperanza para el porvenir, á no ser esto, no lo hubiéramos ofrecido á nuestros lectores, cuya cultura rechaza esas escenas de crueldad, reminiscencia de tiempos que ya pasaron para Europa, y que se han replegado al Africa como á su último atrincheramiento.

Por el contrario, *Los Cursos familiares de literatura de Mr. Lamartine* son una enseñanza; mas diremos, una cátedra de la cual brotan entre torrentes de elocuencia, entre un océano de erudicion que se remonta á las edades primitivas del mundo, y que llega por una série continua y ordenada hasta nuestros dias, verdades consoladoras, demostraciones evidentes, y conclusiones metódicas y lógicas del progreso santo y ordenado de la inteligencia humana, desenvolviéndose rápidamente, dado que los siglos son

instantes para la eternidad, en todas las manifestaciones del espíritu religioso, filosófico, científico, poético y literario del hombre formando sociedades.

Lamartine penetra en todas ellas; y con el escarpelo de la crítica y la mirada profunda, investigadora, sintética y analítica de una inteligencia ilustrada y madura, desentraña sus secretos, exhuma su pasado muerto ó mudo hace miles de años, pinta con brillantes colores su presente y predice su porvenir como los profetas del libro de los libros.

No tememos pecar de exagerados al decir que la obra que ofrecemos á nuestros lectores, mas que un libro, es una biblioteca que contiene el compendio de todos los libros de poesía y literatura sagrada ó profana, que se han escrito en el mundo desde la Biblia y los *Vedas* hasta el periódico político de nuestros tiempos; pero un compendio crítico y razonado, un exámen intentado y realizado por una inteligencia privilegiada, por un alma candorosa, poética y entusiasta y por un corazón amante de la humanidad.

Segun Lamartine, la literatura es el espejo donde se refleja el estado de cultura de las naciones; segun nuestra opinion el libro de Lamartine, que ofrecemos á nuestros lectores, es el espejo donde se refleja la literatura de todos los pueblos.

Dicho se está con esto que es una obra eminentemente didáctica, de cuya lectura saca el

## VI

hombre provechosa enseñanza para su inteligencia y de la que toma ejemplos que le sirven de regla de conducta para gobernarse como ser dotado de razón, eminentemente sensible y necesariamente social.

No hemos tenido por objeto al bosquejar ligeramente el libro que damos á nuestros suscritores recomendar lo que recomienda suficientemente el nombre de su autor y el aplauso con que ha sido recibido en Francia y menos hacer un juicio crítico de él; hemos tratado pura y simplemente de mostrar á los lectores de la *Biblioteca económica de Andalucía*, el contraste que ofrecen las dos primeras obras que hemos dado á luz: la una reflejo y espresion gráfica de las costumbres de un pueblo rudo, fanático, refractario á todo progreso, viviendo, en nuestra edad y á nuestras puertas, en la primera época de la civilización; y la otra espejo fiel del estado de progreso moral é intelectual en que se encuentran los pueblos cultos y civilizados de Europa.

*Medina* es un retrato fotográfico de la vida nómada del pueblo árabe degenerado; de sus costumbres ya patriarcales como las de los pastores que habitan bajo tiendas levantadas en el desierto, ya feroces como las de las tribus beduinas que viven de la guerra y del robo; de su carácter formado por una legislación rudimentaria que admite la pena del Talion, y de sus pasiones, sus virtudes y sus vicios modelados por el fanatis-

mo de secta y por la inflexible resistencia de una doctrina religiosa, social y política absoluta en sus preceptos y decisiones que se opone á todo progreso, con la siguiente fórmula que es el compendio de toda su predicacion. «Toda ley nueva es una innovacion, toda innovacion es un extravío, todo extravío conduce al fuego eterno.» Fórmula que exige el quietismo en dogma, que manda á los pueblos retroceder en vez de progresar, y que los condena á la ignorancia dando lugar á que la materia se sobreponga al espíritu, los instintos á la reflexion, y el sensualismo á la pureza de las expansiones del alma; en una palabra, *Medina* es la sociedad semibárbara que levanta un altar al Dios de la venganza, que erige un templo al Dios de la sensualidad y que pretende construir otra muralla de la China para oponerse al torrente de la verdad y de la civilizacion cuyas aguas están próximas á inundarla.

*Los Cursos familiares de literatura* son por el contrario, la historia de los pueblos cultos desde los tiempos heróicos hasta nuestros mismos dias, en todas las edades que llevan impreso el sello de la civilizacion; son un comentario de la ley santa y orgánica del progreso que dirige los pasos de la humanidad hácia el término de su perfeccion posible; son cuadros acabados donde se reflejan la vida intelectual, los usos, las costumbres y el modo de ser social de las naciones que se acercan lenta pero incesantemente al apogeo de su grandeza por las vías de la religion, de la lite-

## VIII

ratura, de las ciencias, de la filosofía, de las artes, del trabajo, de la inteligencia en fin, en todas sus grandiosas manifestaciones. No hay en ellos sacrificios humanos, hecatombes de tribus, familias, é individuos inmolados en el altar del Dios de la venganza; no aparece en ellos el hombre regido por las creencias en la ciega fatalidad ni esclavo y víctima á la vez de las pasiones, de la sensualidad y de la ignorancia, impuesta como dogma religioso, político y social... Cántase en ellos la creacion; quémase en ellos un incienso puro que se eleva al cielo como un homenaje de la humanidad á su Creador; rásgase el velo del pasado para que tomemos ejemplo y descórrese el del porvenir para que abramos nuestro pecho á la esperanza.

*Los Cursos familiares de literatura* son la antítesis de *Medina*; la luz opuesta á las tinieblas, la civilizacion arrollando la barbarie.

Nuestros lectores pueden juzgar inmediatamente de ello.

LOS EDITORES.



## PRIMERA CONFERENCIA.

---

Todas las cosas están en gérmen  
en las palabras.

(Poeta y filósofo Indio.)

### I.

Antes de daros la definición de la literatura quisiera infundiros el sentimiento de ella. Pues que á no ser por una inteligencia pura, no se comprende bien sino aquello que se ha sentido.

CICERON, el mas literato de cuantos hombres han existido sobre la tierra, ha escrito una magna frase con inmensas circunvoluciones de palabras sonoras como el galope del caballo de Vir-

gilio, sobre la utilidad y las delicias de las bellas letras. Esta hermosa frase se encuentra hace muchos siglos en los lábios de todos los maestros y en los oídos de todos los niños: no la repetiré, por mas hermosa que sea, pues que solo dejaría en vuestra memoria un vano y rotundo período, una estéril cadencia de palabras. Prefiero traducírosela en narraciones, en imágenes, en sentimientos, á fin de que la narracion, la imagen y el sentimiento la hagan penetrar en vosotros por los tres poros de vuestra alma: la imaginacion, el interés y el corazon; para que viendo, como yo he concebido con el sentido interno, la impresion de lo que se llama literatura, y como esta impresion primera se convirtió en pasion en mí en una edad, y consuelo en otra; contraigais, como yo, el sentimiento literario, ese resultado de todos los bellos sentimientos del hombre que llega á la perfeccion de su naturaleza.

Permitidme, pues, señores, un retroceso íntimo, en vuestra compañía, hacia mis primeros y mis últimos años. No me dirijo á vosotros desde la cátedra; os hablo en amistosa confianza; de tal manera, que si el descuido de la conversacion me lleva hacia alguno de mis recuerdos, no me abstendré de detenerme en ellos un instante, ni tampoco de alargar el camino tomando por los rodeos de aquellos recuerdos, siempre que nos conduzcan otra vez indirecta pero agradablemente al camino que hemos emprendido juntos.

## II.

La comarca en que nació, por mas que esté próxima al curso del Saona, en cuyas aguas se reflejan de un lado los Alpes que se ven en lontananza y del otro ciudades opulentas y los mas alegres pueblecillos de la Francia, es árida y triste: cerros de color de ceniza, en cuyas vertientes la pelada roca perfora un suelo ingrato, se interponen entre nuestros lugarejos y el vasto horizonte que circunscriben el Saona, el Bressa, el Jura y los Alpes, delicias de los viajeros que caminan por la orilla del rio.

Humildes pueblecillos se levantan aquí y allí, al pié ó en las laderas de aquellos cerros; las blancas paredes de sus casas cubiertas de teja roja; sus campanarios de piedra oscura semejantes á las imitaciones que de las pirámides hacen los niños con las arenas del desierto; la falta de agua y de arbolado que caracteriza al pais y los viñedos de corta estension con cerca de boj ó de piedra seca, semejan esactamente los lugarejos del Maconnais; á los pueblecillos de España, de la Calabria, de Sicilia y de Grecia que el sol ardiente del estío destacándolos bajo un cielo desapasible hace humear aparentemente como la boca del horno donde el campesino ha quemado un haz

de ramas de boj ó de mirto para cocer el pan de sus hijos.

La casa de mi padre estaba oculta detrás del campanario de la iglesia y de las casas de los aldeanos en uno de aquellos lugarejos: nada tenía al exterior que la distinguiera de las que la rodeaban, especies de prismas cuadrados ó rectangulares de piedra grís, perforados con algunas ventanas y cubiertos de tejas ennegrecidas por la acción del tiempo. Nada la distinguía de las otras, si se exceptua un patio algo mas grande y dos fanegas de tierra destinadas á huerta que se extendían á sus espaldas entre los cerros y las casas del lugar. Pasábase en ella una vida tan agreste y solitaria como el lugar donde se hallaba. Nací en ella y crecí sin mas idea del mundo que la que podía darme aquel limitado horizonte. Vivía, pues, encerrado entre dos ó tres montecillos, donde pastaban durante el dia las cabras y las ovejas al cuidado de los niños que á la puesta del sol volvían al lugar donde los esperaban sus madres para ordeñar el ganado.

### III.

Aquel mundo era muy pequeño aun para un niño como yo: mi inteligencia comenzó á desarrollarse con la edad y á interrogarse acerca de lo que pasaría detrás de la montaña. Cuando su-

bía á su cima, con los muchachos del lugar que guardaban las cabras, solo veía tres ó cuatro pueblecillos semejantes al mio, que se destacaban blancos durante el dia al pié de los cerros vecinos, ó que lanzaban columnas de humo hacia el cielo azul á la caída de la tarde.

Sin embargo, mi madre, santa muger, cuya inteligencia era superior, espiaba atenta todos los dias la aparicion de mi primer pensamiento para dirigirlo inmediatamente hacia Dios, como se busca el manantial del riachuelo para encastrarlo hacia el prado, cuya yerba se desea humedecer. Enseñábame á leer y á trazar una por una esas letras misteriosas que juntas componen las sílabas, luego las palabras, y que coordinándose segun determinadas reglas, forman las frases; ligando unas frases con otras, acaban por reproducir, ¡oh prodigio de transformacion! el pensamiento. ¿Cómo se produce esta transformacion con trazos de pluma material sobre un pedazo de materia llamada papel, en una sustancia inmaterial y absolutamente intelectual que se llama pensamiento? ¿Y qué es el pensamiento en sí mismo extraño á los sentidos, y brotando de ellos, como la chispa del pedernal para iluminar la noche? Preguntadle al que ha creado la inteligencia y la materia; quien, por un fenómeno cuyo misterio se ha reservado y por un designio divino como Él, ha dado á este pensamiento y á esta materia la apariencia de una misma sustancia al darle la imposibilidad de ser de una misma naturaleza.

¡Solo Dios conoce los secretos de Dios! ningun ser podría concebirlos ni guardarlos. La union del alma y la materia en el hombre; la transformacion aparente de los sentidos en inteligencia y de la inteligencia en materia, es el mas sorprendente y sin duda alguna el mas santo de sus secretos. Es forzoso admitir el fenómeno puesto que es evidente; pero es inesplicable por ser sobrehumano. Debería escribirse sobre el frontispicio de todas las ciencias físicas ó metafísicas, sobre los límites de toda cosa esplicable, lo siguiente: «¡Deteneos ahí: estais sobre el borde del abismo! ¡Contemplad, admirad, adorad! pero no espliqueis! Tocais al gran secreto! No se toma por asalto el pensamiento de Dios....! El verso del Dante debería estar esculpido lo mismo sobre la naturaleza física que sobre la naturaleza moral. AQUEL QUE TOQUE Á ESTOS LÍMITES, PIERDA TODA ESPERANZA DE IR MAS ALLA.

#### IV.

Sea como quiera, comenzaba yo á discurrir y comprender, que muchos de los que me rodeaban llevaban su pensamiento mas allá del mio; y empezaba á comprender tambien, no la naturaleza, pero sí el hecho de la transformacion en pensamientos de aquellos caractéres materiales, que se me hacían trazar ó leer y la transformacion de

este pensamiento en signos, es decir, en libros. Mi primer cariño hacia el libro, *medio* sobrehumano donde se obra aquel fenómeno, lo adquirí en el origen de toda revelacion para los niños, en la madre.

La que me dió el cielo tenía la piedad de un ángel en el corazon, y la sensibilidad de la muger retratada en los rasgos de la fisonomía. Su semblante, en el que la belleza física y la santidad de sus pensamientos se armonizaban para ayudarse recíprocamente y alcanzar su perfeccion, me mostraban con bastante mas esactitud que un libro, el espectáculo de la transformacion, casi visible, de la inteligencia en expresion física y de la expresion física en inteligencia. Érase lo que se llama *fisonomía*, cosa que se define siempre, porque nunca ha llegado á definirse. La fisonomía es en efecto el fenómeno visible por sí mismo; pero siempre es un misterio; *el alma en los rasgos del semblante, los rasgos del semblante en el alma*. En este misterio puede ver el hombre mucho mejor que en parte alguna, la union de la materia y del espíritu; pero determinar en la fisonomía lo que pertenece á la materia y lo que pertenece al espíritu, es el problema que le presenta la naturaleza: es el límite donde los dos principios se confunden: adoramos y nos anonadamos.

## V.

Vela, pues, á mi madre, ya los domingos despues de las ceremonias del culto de la mañana, en el sosiego de su habitacion inundada de sol, ya los demas dias de la semana á la hora en que soltaba la aguja; tomar sobre una mesita puesta al lado de la cama un libro de devocion que habia heredado de la suya. Entonces su fisonomía tan franca de ordinario, tan bien retratada en todos sus rasgos, cambiaba de improviso su habitual espresion; recogíase como la luz de una lámpara que se tapa con la mano para preservarla del viento que la hace oscilar. Conocía yo aquella espresion y adivinaba en ella una conferencia muda entre mi madre y un sér misterioso; y sin que ella me lo insinuase, quedábame silencioso y respetaba su lectura.

A penas sus lábios hacían un leve é imperceptible movimiento; pero sus ojos ya elevados hacia el cielo, ya inclinados sobre las páginas del libro, la alternativa palidez ó encendido color de sus mejillas, sus manos que se cruzaban algunas veces despues de haber dejado un momento el libro sobre sus rodillas, y la emocion que hacía palpar su pecho y que se revelaba por una respiracion mas fuerte que de ordinario, hacíame comprender, á pesar de lo infantil de mi inteli-

gencia, que le decía á aquel libro ó que aquel libro le decía á ella cosas incomprensibles para mí; pero muy interesantes cuando aquella santa muger, siempre tan indulgente con nuestros juegos y tan dispuesta á satisfacer nuestras preguntas, me manifestaba con un gesto grave que no la interrumpiese ni la distrajesen en su silenciosa conferencia.

## VI.

Comprendí tambien, pero vagamente, que existía por medio de esos libros, hojeados sin cesar por sus piadosas manos en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, no sé qué género de literatura sagrada, merced á la cual y por mediacion de ciertas páginas que contenían sin duda alguna secretos fuera del alcance de mi edad, que aquel que se llama Dios platicaba con las madres y las madres platicaban con Él. Este fué mi primer sentimiento literario; confundióse en mi pensamiento con no sé que espresion de santidad que brillaba sobre la frente de aquella santa muger, cuando abría ó cerraba el libro misterioso.

## VII

Muy luego los primeros estudios de las lenguas comenzados sin maestro en la casa paterna y despues las lecciones mas sérias y mas metódicas de los maestros de escuela, me enseñaron que existía un mundo de palabras y de lenguas distintas; llamadas, las unas, lenguas muertas, que se trataban de resucitar para extraer una médula eterna de aquellos huesos disecados por el tiempo, y las otras que se llamaban vivas, y que, en efecto, sentía yo vivir en derredor mio.

Paso por alto aquellos primeros años de penosos estudios, durante los cuales los niños deseaban que no hubiese otra lengua que la que balbucean entre besos, sobre el pecho de su nodriza ó sobre el regazo de su madre. Estos primeros años fueron mas amargos para mí que para otro cualquiera; porque cuanto mas amoroso es el nido sobre el árbol ó bajo el ala de la madre, tanto mas detesta el pajarillo los dorados alambres de la jáula donde le enseñan cantos que debe repetir sin comprenderlos.

Sin embargo; por duro que fuera el aprendizaje, empecé á encontrar, de vez en cuando, cierto severo placer en la lectura patética de aquellos magníficos pensamientos que se nos hacían exhumar, palabra por palabra, de aquellas len-

guas muertas; un soplo armonioso y fresco salía de ellas á intervalos desiguales, como el aire que sale de una cueva subterránea tapiada desde mucho tiempo y cuya puerta se abre de improviso. Una imágen campestre ó un sentimiento pastoral de *Virgilio*, una graciosa estrofa de *Horacio* ó *Anacreonte*, un discurso de *Tucidides*; una varonil observacion de *Tácito* ó uno de esos períodos interminables y sonoros de *Ciceron* me transportaban, á pesar mio, hacia otros tiempos, otros lugares y otras lenguas y me ocasionaban un placer algo áspero, es verdad, pero al fin un goce precoz, nuncio de los que debían deleitar mi vida mas adelante. Era, lo recuerdo, á manera de un conocimiento lejano y confuso, pero que lo apreciaba como tal, que ponía en comunicacion mi alma con aquellas que me hablaban desde lejanos siglos.

## VIII.

Desde este dia, la literatura de que tantas veces había renegado, parecióme un placer comprado á mucha costa; pero que valía mil y mil veces el trabajo que nos imponían para adquirirlo.

Así transcurrieron los penosos años de aquellos estudios. Los primeros años de composicion literaria que nos hicieron escribir en griego, en latin y en francés, agregaron muy luego al placer

pasivo de admirar, el placer activo de producir con nuestras propias fuerzas, y el aplauso de los maestros y de nuestros émulos, pensamientos, imágenes y sentimientos, reminiscencias mas ó menos felices de las composiciones antiguas que nos habían enseñado á admirar. Recuerdo todavía el primer ensayo descriptivo que hice y que me valió la aprobacion del maestro y el elogio de toda la escuela.

Habíasenos dado por texto libre é indeterminado una descripcion de la primavera en el campo. El mayor número de mis condiscípulos había nacido y se había educado en las ciudades y solo conocía la primavera por lo que de ella habían leído en los libros. De aquí se originó que sus composiciones, un tanto insustanciales, estuviesen cuajadas de imágenes tomadas de las *Bucòlicas*, de arroyuelos y ganados, de pajarillos y pastores sentados á la sombra de los álamos y ejecutando tocatas campestres con sus zampoñas; y de praderas esmaltadas de flores sobre las cuales revoloteaban enjambres de abejas y mariposas. Todas esas primaveras eran italianas ó griegas y se parecían las unas á las otras como un mismo rostro reflejado veinte veces en otros tantos espejos.

Yo me había educado en el campo en la triste comarca que dejo descrita: no había visto en derredor de la casa rústica de mi padre ni naranjos de dorada fruta, alfombrando el suelo con sus blancas y odoríferas flores, ni límpidos arroyue-

los saliendo inquietos y murmuradores de la sombra de los bosques de corpulentas hayas, para entender sus aguas espumosas por las floridas vertientes de los valles; ni lucidas pjaras de terneras lombardas sepultando su vientre amarillo como el oro ó blanco como el alabastro en la yerba de las praderas, ni las abejas del Himeto zumbando entre las ramas de la adelfa ó del citiso.

So pena de tomar las imágenes en mis libros, cosa que se me resistía como una estafa, tenía que describir la primavera árida y humilde de mi país. Ningun color poético podía prestarme aquella tierra indigente, desprovista de vejetacion, áspera y cubierta de peñas como la enriscada sierra.

Renuncié á la naturaleza imaginaria y resolví pintar la primavera segun el corazon, las impresiones y los trabajos de los aldeanos, tal cual la había visto durante mi dichosa infancia en el lugarejo donde había crecido. Temía que mi composicion fuera la más pálida y descarnada y esperaba que el maestro y los condiscípulos tendrían lástima de mi pobre pincel. Sin embargo, tomé la pluma al mismo tiempo que mis rivales y escribí humildemente, pero con toda la energía de estilo de que me sentía capaz, mi primera composicion. En lugar de la ficcion, siempre fría, el recuerdo de los sitios amados, siempre ardiente, fué mi musa y me inspiró, como entónces decíamos.

Hace poco tiempo encontré aquella composicion de niño, escrita en caracteres redondos y

amanerados, en uno de los cajones de la mesa de escribir de nogal de mi madre: los maestros habíansela remitido en testimonio de los adelantos de su hijo. Podría reproducirla íntegra en este lugar; mas prefiero hacer un extracto sin cambiar nada en ella. Confieso que si tuviera que escribirla hoy acaso lo haría de una manera magistral, pero ciertamente nó con mayor sentimiento de lo bello que guiaba mi pluma.

He aquí mi obra maestra.

## IX.

«El gallo canta sobre el estiércol del camino,  
 »rodeado de sus gallinas que escarban la paja para  
 »encontrar el grano de trigo que el trillo de mano  
 »dejó olvidado en la espiga cuando fué machacada  
 »en la granja. El lugar se despierta al oír su ale-  
 »gre canto. Véanse las mugeres y las muchachas  
 »salir medio vestidas á la puerta de sus cabañas  
 »y peinar sus largos cabellos con peines de boj que  
 »los alisan como madejas de seda. Luego se in-  
 »clinan sobre el brocal del pozo para lavarse los  
 »ojos y las megillas en el cubo de metal que la  
 »cuerda enrollada en la chillona pólea, levanta  
 »desde el fondo de la mina hasta sus manos.»

«La brisa tibia del mes de Mayo sopla como el  
 »hálito de un niño que se despierta, y seca sobre  
 »su cuello y rostro las guedejas húmedas de sus

»cabellos. Véselas luego dirigirse á sus jardinci-  
»tos cercados de sauco, cuyas flores se parecen á  
»la nieve antes de haber sufrido la impresion del  
»sol; y cogen un ramo de aquellas florecillas que  
»sugetan con un alfiler á la manga de su corpiño  
»para respirar su aroma durante el trabajo del  
»dia.»

«Las golondrinas que han regresado, hace po-  
»cos dias, de los paises desconocidos donde tienen  
»su nido de invierno, no han tomado todavía el  
»vuelo; están posadas las unas al lado de las otras  
»sobre los canelones de hoja de lata que recojen  
»las aguas al borde de los tejados, á fin de saludar  
»desde el sitio mas alto la salida del sol ó remojar  
»su pico en el agua que dejó la última lluvia: pa-  
»rece una cornisa animada que dá vuelta al teja-  
»do. Solo dejan oír un imperceptible gorgojo se-  
»mejante al rumor de las palabras que se balbu-  
»cean en sueños, como si esos lindos animalitos,  
»que aman tanto la vivienda del hombre temieran  
»despertar á los niños dormidos todavía en las ha-  
»bitaciones altas de la casa.

«Por fin, el sol entreabre, allá á lo lejos,  
»del lado del Mont-Blanc, las tupidas cortinas de  
»niebla ó de nubes; el astro se desprende de ellas  
»poco á poco, como un navío incendiado que sal-  
»ta sobre las olas tiñéndolas de color de fuego;  
»los primeros resplandores que le preceden co-  
»lorean las altas colinas de una ráfaga de luz ro-  
»sada; esta luz semeja á los resplandores que la  
»boca del horno, donde arden el boj y los sarmien-

»tos encendidos, arroja sobre el rostro de las mu-  
 »geres que cuecen el pan. No brilla helada como  
 »en el invierno sobre la escarcha de los prados;  
 »calienta la tierra y enjuga el rocío que se eva-  
 »pora como humo de los tallos de la yerba y del  
 »cáliz de las flores de los jardines. El canto que  
 »mis manos tocan está ya caliente; el mismo vien-  
 »to parece haberse saturado del halito de la au-  
 »rora de la primavera, y sopla sobre los cerros, co-  
 »mo nuestra madre cuando éramos pequeñuelos  
 »y volvíamos ateridos de frío, soplabá en nues-  
 »tras manos para desentumecerlas.

«El sol se levanta mas y mas; toca ya la cima  
 »del campanario, cuya piedra de remate hace bri-  
 »llar como un carbon encendido; y la campana agi-  
 »tada por la cuerda á la cual se cuelgan los niños  
 »á una señal del campanero, responde á los pri-  
 »meros rayos del sol con un repique alegre que  
 »estremece y ahuyenta las palomas y los gorrio-  
 »nes que anidan en todos los tejados.»

«Las mugeres que sacan el agua de los pozos y  
 »aquellas que la llevan á su casa en cubos de ma-  
 »dera sobre la cabeza se detienen al oír el sonido  
 »de la campana; inclinan la frente conteniendo  
 »con ambas manos el cubo por temor de que el  
 »movimiento no haga perder el equilibrio al agua,  
 »y dirijen una breve plegaria á Dios que nos dá  
 »los días de primavera. Los murmullos, los rui-  
 »dos y las voces del camino cesan un momento; y  
 »en medio de aquel gran silencio, siéntese la na-  
 »turaleza muda palpar de reconocimiento y de

»piedad delante de su criador.»

«Pero ya las cabras y las ovejas, impacientes  
»porque les abran los oscuros establos donde las  
»encierran durante la noche, balan cada vez mas  
»para que las guien, como de costumbre, á los pas-  
»tos de la montaña. La madre de familia baja pre-  
»cipitadamente la desvencijada escalera de la ca-  
»baña y se oyen golpear sus zuecos de haya ó de  
»nogal en los pasos. Levanta el pestillo de made-  
»ra del establo; cuenta sus corderos y sus cabri-  
»tos á medida que se atraviesan entre sus piernas  
»para salir los primeros de su prision y los pone  
»bajo la custodia de sus hijos.»

«Los pastorcillos, provistos de una rama de ace-  
»bo con algunas hojas, se encaminan con sus cabras  
»por el sendero pedregoso que conduce á las mon-  
»tañas; divirtiéndose durante la subida en coger  
»ramas de boj que la primavera vuelve odorífe-  
»ras como las viñas y en cortar de las breñas y  
»zarzales el verde fruto de aquellos arbustos que  
»parecen pequeñas marmitas de tres pies, entre-  
»tenimiento y admiracion de la infancia. Muy lue-  
»go piérdense de vista detrás de las rocas, de don-  
»de no volverán hasta la noche, cuando las ca-  
»bras y las ovejas arrastren sobre las piedras las  
»ubres llenas de leche.»

«En tanto que suben así á las montañas los  
»ganados, vése brillar en el interior de las caba-  
»ñas, por las puertas entornadas, la llama de la  
»leña encendida por las mugeres para cocer la  
»sopa de la mañana á sus maridos, á fin de irse

»luego juntos á la viña. Despues de comer la so-  
 »pa sobre una mesa de nogal, cercada de bancos  
 »de la misma madera, se ven las mugeres ancia-  
 »nas salir encorvadas por la edad y por el trabajo.  
 »Reunéanse y se sientan sobre troncos de árbo-  
 »les caidos á lo largo del camino, adosados al  
 »muro y calentados por el sol saliente: allí hi-  
 »lan en largas raices el blanco vellon de los cor-  
 »deros. Estas ruecas están adornadas con una  
 »cinta roja que serpentea alrededor de la lana.  
 »Tambien cuidan de los niños y hablan de las  
 »primaveras de otros tiempos.»

«El hombre y la muger salen los últimos de  
 »la casa, cuidando de meter la llave de la puer-  
 »ta por la gatera; el hombre, lleva en la mano  
 »sus pesadas herramientas de trabajo, el aza-  
 »don y la piqueta: el hacha brilla sobre sus hom-  
 »bros; la muger lleva en equilibrio sobre la ca-  
 »beza una cuna de madera blanca, en la cual  
 »duerme su párvulo; con una mano sostiene la  
 »cuna y con la otra lleva un niño que comien-  
 »za á andar y que tropieza á cada paso en las  
 »piedras del camino.»

«Sígueseles con la vista entre las viñas de  
 »los cerros vecinos. Dejan la cuna del niño dor-  
 »mido en un sendero profundo, límite entre dos  
 »viñas, á la sombra de las hojas anchas de los  
 »sarmientos nuevos del año. El hombre se des-  
 »poja de su chaqueta; la muger solo conserva  
 »su camisa de tela gruesa, y récia como el cor-  
 »doban; toman el azadon en sus callosas manos

»y óyese resonar en todas direcciones sobre los  
»cerros, hasta el medio dia los golpes de la her-  
»ramienta, sobre los cantos que la mellan. La  
»camisa de la muger, (rendida de fatiga) se pe-  
»ga sobre su pecho y sobre sus espaldas, como  
«si saliera de un baño en el rio. Al mas leve  
»grito de su hijo que se despierta corre pre-  
»surosa hácia la cuna, entreabre su camisa y  
»dá su leche al niño despues de haber dado su  
»sudor á la viña.»

«Cuando el sol está en medio del Cielo, la  
»muger estiende un lienzo blanco que preserva  
»el pan y el queso de la arena que el viento ar-  
»remolina; pone sobre una rebanada de pan ne-  
»gro la blanca cuajada medio endurecida, rodea-  
»da de hojas de viña y sembrada de granos re-  
»lucientes de sal gris: comen, con anhelosa res-  
»piracion, sentados uno al lado del otro, como  
»dos viageros cansados de caminar, al borde de  
»una gavia de la carretera, cambiando tal cual  
»palabra sobre lo que la primavera ofrece para  
»la vendimia.»

«Al pié de una cepa que lo destiló el otoño  
»precedente, una botella puesta á refrescar á la  
»sombra les devuelve gota á gota la fuerza y la  
»alegría. Despues se acuestan sobre el duro sue-  
»lo que humea con el calor, la cabeza apoyada  
»sobre un brazo doblado y recobrando el vigor  
»con los ardientes rayos del astro del dia que  
»enjugan el sudor de su frente.

«A la caída de la tarde, óyeseles bajar cantando

»por todos los senderos de los cerros; los pastorci-  
 »tos que traen el mismo camino con sus ganados  
 »por la montaña, conducen á la muger para su  
 »colacion de la tarde y la cabra favorita con los  
 »cuernos adornados de guirnaldas de boj.»

. . . . .  
 . . . . .  
 Esta composicion; ya demasiado larga, concluía con un himno á la primavera que llena la yema de la viña; que anuncia el racimo y que destila lentamente en los vasos del pámpano el vino que el otoño hace brotar de color de púrpura bajo la presion de la viga del lagar; licor que alegra el corazon del jóven y que hace cantar al anciano trayendo á su memoria los recuerdos de pasadas primaveras.

Pero no debo reproducir mas; estos balbu-  
 ceos infantiles solo tienen encanto para los oidos de las madres.

## X.

Sea como quiera, es lo cierto que esta primera composicion literaria, producto de una imaginacion de doce años, pareció á los maestros y á los discípulos superior, al menos por su sencillez, á las repeticiones clásicas de mis condiscípulos; en ella se comprendía el acento y se oia el grito del ribazo nativo bajo el sol de me-

diodia tan amado por el pobre lugareño.

Mi descripcion infantil obtuvo el premio, no por su estilo, sinó por su candor y sinceridad descriptiva. Dos maestros queridos y venerados, cuya memoria no han menoscabado las vicisitudes de la vida y la fugitiva opinion (*aura*) el Padre *Bequet* y el Padre *Vaxlet*, profesores de literatura en la casa de los Jesuitas, manifestaronme desde ese dia una cuasi paternal predileccion que no puedo olvidar sin merecer la calificacion de ingrato. Se puede modificar la inteligencia, pero no cambiar de corazon. Ambos queridos profesores cultivaron mi entendimiento con tierna solicitud, como el de un niño que prometía, cuando menos, amar instintivamente las letras; eran idólatras de lo bello en el estilo. Admiréme tanto (debo confesarlo aquí hoy con toda humildad) y quede tan satisfecho del cuadro que había bosquejado del lugarejo donde nací y de mis pobres cerros pedregosos y calcinados, que concebí de mí mismo cierta especie de precoz estimacion harto seria para mi edad. Leí y releí veinte veces mi primera composicion; la envié á mi madre por consejo de mis maestros; en fin, al terminarse el año escolar fué leida en el acto público de la distribucion de los premios en el colegio de los jesuitas delante de las madres y de los niños que la aplaudieron. Nunca se borró enteramente de mi memoria, y jamás abrí en otra edad el cajon de la mesa de escribir de mi madre sin leerla toda

con cierta satisfaccion de mi precocidad. Puedo afirmar que de todas mis numerosas obras esta niñeria es acaso la que me dió la conciencia anticipada de mis fuerzas. Sentí lo que en pintura siente un discípulo que arroja contra la pared del estudio el residuo de los colores de la paleta de su maestro y que se encuentra, sin saber cómo, que aquellos chafarrinones representan una cosa que se asemeja á un cuadro. Créese pintor y se admira de sí mismo, en vez de admirarse del prodijio de la casualidad.

## XL.

Una de las circunstancias que acrecieron en mí ese vago sentimiento literario está todavía muy presente en mi memoria; gusto de recordarla cuando me pregunto á mí mismo de donde he recibido el instinto y la aficion á las cosas intelectuales.

Á cierta distancia de la casa rústica de mi padre existía una montaña separada de los otros grupos de cerros; llamábase, sin duda por derivacion de su antiguo nombre latino, *Mons arduus*, montaña de *Monsard*. Las vertientes escarpadas por todos lados están sembradas de cantos rodados; estas piedras resbalan bajo los pies cuando se sube á ellas con un ruido semejante al de las olas que retroceden de las orillas arras-

trando en su reflujo conchas y guijarros.

Senderos estrechos casi invisibles y borrados todos los días por los pies de las cabras conducen, dando rodeos que suavizan gradualmente su declive, hasta la cima. Allí, pardas rocas, enteramente exentas del suelo y talladas por la naturaleza, el tiempo, la lluvia y los vientos en formas extravagantes, levántanse como gigantes almenas de una fortaleza desmantelada.

Tres de aquellas rocas está escavadas en forma de nicho ó por mejor decir en forma de púlpito de catedral, como si la mano del hombre hubiese tomado á empeño preparar en aquel desierto sitio tres sillas ó tres tribunas á otros tantos solitarios deseos de hablar de Dios á los elementos. Aquellos tres púlpitos próximos entre sí como los asientos de un coro de iglesia, forman una fachada semicircular que mira hacia el Oriente; de manera que los pastores ó los cazadores que se sientan en ellos para descansar al abrigo del viento, pueden verse oblicuamente cada uno frente á frente de los otros y hablarse en voz baja sin que las ráfagas de aire que soplan en tan elevado sitio se lleven las palabras.

La vista solo se dilata por el levante y su estension es inmensa como un horizonte del oceano; la mirada resbala sobre los cerros y los pueblecillos que las montañas separan del lecho del Saona, y pasa la cinta de plata del rio estendida como una tela puesta á secar sobre la yerba de los prados casi holandeses de la Bressa pastoral.

Luego se levanta mas allá para ascender por las negruzcas vertientes del Jura y solo descansa en las cimas aéreas de la nevada cadena de los Alpes. Allí la imaginacion, ese telescopio sin límites del alma, se precipita en las llanuras de Italia y en los lagos del Adriático.

Gózase sobre esta altura de un absoluto y perpétuo silencio; el ruido de los valles no llega hasta allí; solo se oye la caída casual de alguna conchita petrificada que un movimiento del pié arroja hasta la base de la montaña ó el imperceptible silvido que produce la brisa al filtrar por entre las briznas de la yerba menuda, seca y aguda que perforan las piedras como agujas: acompañamiento dulce, mas bien que interrupcion de los elevados pensamientos que inspiran aquellos altos lugares.

## XII.

A su aficion por la caza debió mi padre el descubrir este sitio elevado y casi inaccesible: dirigíase á él muchos dias despues de la comida que hacíamos en aquel tiempo á las dos de la tarde; llevaba un libro para entretener en sociedad con una grande ó florida imaginacion las largas tardes de los dias de verano; solía llevarme en su compañía cuando á la edad de diez ó doce años las vacaciones del colegio me vol-

vían al seno de mi familia.

En cuanto lo veía sentado con el libro abierto en las manos, yo me entretenía agradablemente en buscar al pié de los peñascos, entre los cantos rodados, hermosas petrificaciones marinas ó en tejer para mis hermanas cestitos con los juncos que crecen de secano sobre la menuda yerba. Muy luego oíamos por el lado de la montaña opuesto á otro por donde habíamos subido, pasos lentos y acompasados; aquellos pasos hacían rodar debajo de nosotros las piedras desprendidas: inmediatamente aparecía otro huésped de la montaña tambien con un libro en la mano; limpiábase la frente del sudor y polvo que la cubría en tanto que contemplaba mi monton de conchas y petrificaciones y me esplicaba cómo la alta marea de los siglos las había llevado hasta allí; despues iba á saludar, con una cordialidad algo ceremoniosa á mi padre que se sentaba en la segunda silla de la roca.

### XIII.

Este visitador asídulo de la montaña se llamaba Mr. de Vaudran.

Era hombre de cincuenta á sesenta años, quinto hijo de una numerosa y notable familia de nuestro país llamada la familia de los *Bruys*. Véase la casa de esta familia patriarcal, rodea-

da de terrazas y de parterres al pié de la montaña de *Monsard*, unida por un lado á un camino lleno de polvo y por otro á prados, bosquecillos y á un riachuelo.

Esta familia habíá colocado varios de sus hijos, antes de la revolucion, en París, en los mas altos cargos de la monarquía. La aptitud de esta raza para los negocios y para las letras era proverbial en nuestras comarcas. Las hermanas no se distinguían menos por el carácter y el talento que los hermanos; la menor vive todavía, á los noventa y cincó años en la misma casa que veo desde aquí, en la época en que escribo estas líneas; no obstante su avanzada edad, conserva la alegría de su corazon y las gracias de su carácter. Hase aprovechado del tiempo que á ella no ha podido gastar: se manifiesta como un monumento viviente del pasado, erigido sobre el solar y sobre los sepulcros de sus hermanos. Todo el país se alegra de encontrarla por la mañana en el mismo sitio donde la dejó la noche anterior.

#### XIV.

Mr. de Vaudran fué director en uno de los ministerios mas importantes en el comienzo del reinado de Luis XVI. Unido con Mr. de Malesherbes, con los políticos y con los escritores mas ilustres del siglo guillotinado en 1793, cayó con la mo-

narquía. Encarcelado, proscrito y amnistiado por las alternativas de la revolución, fué al fin, abandonado sobre la playa como el resto de un buque después de la tempestad en el pequeño señorío de sus padres.

Allí vivía como un filósofo al lado de sus hermanas, suspendido por sus opiniones y por sus recuerdos entre dos épocas; dotado de un saber profundo, de una erudición estensa y de una elocuencia sobria y exacta como los negocios políticos que había manejado. Tenía en sí mismo ocupación bastante para soportar el ocio, ese suplicio de las almas frívolas.

De todos cuantos bienes poseyó en París, solo había salvado su biblioteca; habíala colocado como su mas estimado tesoro, en uno de los aposentos altos de la casa de sus hermanas y allí se consolaba con aquellos amigos mudos que tienen bálsamos para todas las heridas. La vecindad y la similitud de desgracias habíanle unido con un aprecio é inclinación varonil á mi padre; no era precisamente amistad, era un respeto recíproco que daba á sus relaciones una majestad algo fría y una apariencia de reserva. Sin embargo, estos dos hombres se buscaban; pero manteniéndose á cierta distancia como dos caracteres que temen manifestarse demasiado francos y abiertos. Habíanse encontrado un dia por casualidad, en aquel solitario sitio, arrastrados ambos por el mismo instinto de soledad y contemplación; habláronse, leyeron juntos y entre-

tuviéronse, en fin, agradablemente. Al día siguiente volvieron á encontrarse sin manifestar estrañeza, y desde este momento sin que jamás se citaran se encontraban allí casi todos los días.

## XV.

La fisonomía de Mr. de Vaudran tenía el sello de su vida; era noble, delicada, un poco seria. Sus ojos encubrían un fuego amortiguado por las desgracias; sus lábios tenían el gesto del desden filosófico contra un destino que se sufre pero que se desprecia. Lelase en su fisonomía esta frase de Maquiavelo, sobre la fortuna «Dejo espacio á su malicia y me alegro de que me maltrate solo por ver si llega un día en que se avergüenze de ello!...»

Su voz era grave, sus espresiones escogidas; su urbanidad mesurada recordaba la córte de Versalles en un lugarejo de nuestras montañas. Su traje revelaba el hombre distinguido que respeta su pasado en la desgracia: traía el cabello levantado en crespos y empolvados bucles sobre las sienes. Llevaba en una mano el sombrero rodeado de una presilla negra con hebilla de plata; frac de color gris con botones de acero tallados en facetas y abierto para mostrar un chaleco blanco de grandes bolsillos; zapatos anudados sobre el empeine del pié con hebillas de plata, y,

por último, en la otra mano una caña de Indias con puño de oro.

## XVI.

Apenas había tomado asiento en la silla de la roca mas próxima á la que ocupaba mi padre, oía yo las pisadas de un tercer visitador: este subía la montaña lentamente tambien, pero con paso mas resuelto. Muy luego veía destacarse sobre el fondo azul del cielo el contorno de la levita negra de un gallardo jóven, quien bajo el traje de un eclesiástico, mostraba el garbo, la estatura y la arrogancia varonil de un militar. Traía sobre el hombro una escopeta de dos cañones; jugueteaba con una fusta de montar y lucía bajo el ala de su sombrero redondo una frente altiva, sombreada por cabellos negros. Sus botas de montar provistas de espuelas de plata revelaban el ginete y el cazador mas bien que el hombre de iglesia. Su fisonomía espresaba la marcial franqueza del soldado; pero su mirada penetrante, su frente pensativa y sus megillas pálidas por efecto del estudio, anunciaban tambien un hombre de inteligencia y un corazon sensible hasta la melancolía. Acompañábanle dos podencos de pelo leonado que me conocían y se acostaban á mi lado sobre la menuda yerba caldeada por el sol y dábame yo prisa á quitarles el collar para

que el sonido de los cascabeles no me impidiese oír la conferencia de los tres amigos.

## XVII.

El tercer huésped de la montaña era el abate Dumont, sobrino del anciano cura de Busieres, lugarejo que veíamos blanquear al pié de la eminencia entre las viñas y los cañamares.

Este jóven, nacido para otro estado, fué en su adolescencia secretario del Obispo de Macon, atildado literato. El abate Dumont había sido arrinconado revolucionariamente en el humilde presbiterio de su tío, á quien debía suceder. Consolábase con la caza, con la lectura y con el trato de Mr. de Vaudrán de la adversa suerte que le había cerrado las puertas del palacio episcopal y condenádole á la vida obscura de un teniente cura de aldea. Tenía gustos é inclinaciones nobles y elegantes, careciendo enteramente de fortuna; amaba á mi padre como un modelo del caballero leal é ilustrado que le hablaba de la córte, de la guerra y de la caza; amaba á Mr. de Vaudrán que le había franqueado su biblioteca y comenzaba á amarme á mí, á pesar de mis pocos años, con una cariñosa amistad que acabó por hacerse mútua cuando los años nivelaron las edades tan distantes á la sazón. Amistad que ha quedado, despues de su muerte, en mi corazon como un sedimento

de pesares que no se remueve en vano.

## XVIII.

Despues de saludar con respetuoso desembarazo á sus dos vecinos mayores en edad, saber y gobierno, el abate me dejaba sus perros que yo sujetaba por la correa que los unció; ponía con sumo cuidado sobre la yerba su escopeta mas limpia que el oro bruñido y tomaba asiento en la tercera silla de la roca que la naturaleza parecía haber labrado para los tres amigos.

Entonces comenzaba entre aquellos hombres de edad, inteligencia y condicion tan diversa, una conversacion en un principio familiar, como entre vecinos, y perezosa como la distraccion sin objeto; pero que al poco tiempo salía de aquellos espaciosos y vagos límites para remontarse por grados á la altura de una conferencia grave entre las cuestiones mas trascendentales de la filosofía, de la política y de la literatura. Mi padre se espresaba en ella con esa franqueza concisa, sóbria de pensamientos y de impresiones que caracterizaba su alma y su inteligencia; Mr. de Vaudrán manifestaba conocimientos precisos é inagotables; el jóven teniente de cura aparecía modesto á pesar del ardor propio de sus pocos años.

La conferencia comenzabà siempre por la polí-

tica; la eminencia y soledad del sitio y el silencio de los peñascos que infundían en aquellos tiempos de desconfianza, una completa seguridad á los interlocutores, les permitían entregarse sin reserva á la confianza que se inspiraban recíprocamente y comunicarse todos sus pensamientos, aun aquellos que hubieran tenido reparo en decir á la almohada. Eran los tres por razones y causas diversas enemigos del despotismo militar que había sucedido á la anarquía de la revolucion, y que entonces pesaba mas sobre las inteligencias que sobre las instituciones: mi padre por la adhesion leal y desinteresada que profesaba á los reyes por quienes en su juventud había derramado su sangre y espuesto su cabeza; Mr. de Vaudrán, por despecho de ver una situacion creada y conquistada con su talento, y pérdida en el derrumbamiento general de las cosas; el abate Dumont, por amor á la libertad, cuyos excesos había lamentado en su primera juventud, pero indignándose de ver entonces ahogada hasta su respiracion en él y en su derredor.

## XIX.

Estos tres amigos estaban perfectamente de acuerdo en su comun oposiciones al gobierno del dia; los de mas edad aborrecian, sin embargo, mucho mas la sanguinaria demagogia de 1793 de

la cual habían salvado milagrosamente su cabeza. La eleccion entre los tiranos populares y el despotismo militar era el tema de sus discusiones. Cuando estaba agotado por estériles argumentos acerca de la inutilidad de los recuerdos y de lo vano de las esperanzas, mi padre, Mr. de Vaudrán y el abate, sacaba cada cual un libro de la faltriquera y citaban en apoyo de sus opiniones la autoridad del publicista que estudiaban á la sazón.

Unas veces era un Montesquieu, ese profeta de la experiencia que enseña los orígenes y los efectos de las legislaciones; otras un J. J. Rousseau, soñador que hizo soñar en materias políticas y cuyo *Contrato Social* tenido la víspera por un oráculo, acababa de recibir de la práctica y por la razón tantos mentís como quimeras contiene; ya un Fenelon, cuyo solo vicio en sus utopías sociales es precisamente el no creer en ningún vicio; ya un Platon construyendo repúblicas en el vacío como celajes suspendidos en la atmósfera, ya un Aristóteles, ese Montesquieu de la antigüedad que busca ejemplos mas bien que reglas y que hace la anatomía de los gobiernos y de las leyes.

Las mas veces era un Tácito latino, libro diminuto que Mr. de Vaudrán llevaba habitualmente en un bolsillo de su chaqueta y que leía ya en francés, ya en latin á sus amigos, llamando su atencion con elocuencia sobre el nervio, la exactitud y el alcance de la idea emitida entre los hechos referidos por la historia á fin de hacer de

cada acontecimiento una lección.

El día siguiente era cualquier otro libro mencionado durante la conferencia de la víspera y que Mr. de Vaudrán había ofrecido traer de su biblioteca. Hojéabase entre todos para hallar el texto discutido. Filosofía, religión, legislación, historia, poesía, novelas y hasta periódicos, todo era objeto de la controversia de aquella academia que celebraba sus sesiones al aire libre. Las discusiones que procedían de la lectura ó la interrumpían ó eran necesariamente graves, ligeras ó sentimentales, según el asunto que las motivaba. Generalmente leía Mr. de Vaudrán cuando el libro era dogmático; el abate los diarios, los libelos acerbos y las anécdotas análogas á su edad; mi padre admirablemente los poetas. Oigo todavía, á pesar de los cuarenta años transcurridos, aquellos acentos de timbre tan diversos, resonar en el reducido y sonoro anfiteatro de las rocas que los repetían con la vibración de la piedra en una bóveda subterránea ó con el sonido del agua que corre en una profunda cavidad.

## XX.

Recuerdo, sobre todo, una tarde de verano, en que Mr. de Vaudrán trajo, por casualidad, un Platon en griego y leyó en él á sus amigos hasta el momento en que la luz del crepúsculo vino á

faltar, precisamente al llegar á la última página del *Fedon*; en aquel instante las primeras estrellas centellearon en la bóveda celeste en derredor de la montaña, cual si quisieran asistir desde el cielo á la lectura de la muerte de Sócrates.

Aquellos tres hombres atentos á la narracion del justo resignado con su destino, limpiaban en sus párpados las lágrimas que hacían brotar la admiracion y el entusiasmo: imaginábame al verlos que eran tres sábios de Atenas conversando sobre la naturaleza y sobre Dios sentados á la sombra de los olivos del Himeto. Mucho tiempo despues recordé esta misma escena visitando á Atenas, el collado del *Acrópolis*, la roca tallada del *Pnyx* y las vertientes descarradas del *Pentelico*, cerros pedregosos del *Atica*. muy semejantes á los que se ven cubiertos de canto rodado en mi país.

Concíbese fácilmente cuan vivas y profundas impresiones literarias debían causar en la inteligencia de un niño, aquellas escenas, aquellos sitios, aquellas lecturas y aquellas conferencias. Esos libros así hojeados y comentados bajo la bóveda celeste con creciente ardor y encontrado interés por los tres solitarios, me parecieron contener no sé que oráculo misterioso que aquellos tres sábios venían á consultar, abstraída su alma y sus sentidos en las ingentes alturas de la montaña. La idea de un libro y la imágen de las tres sillas de piedra se hicieron inseparables para siempre de mi imaginacion. Las reuniones dura-

ron todo el verano hasta que los frios del otoño las hicieron cesar.

## XXI.

El año siguiente otra casualidad contribuyó mas á infundirme una especie de juvenil supersticion por la literatura y á considerarla como un poder sobrenatural dado por Dios á los hombres muy á propósito para reemplazar todo en su corazon hasta la felicidad.

Entre el lugar de mi padre y un valle encajonado y pastoral, álzase al mediodia un cerro que oculta el pueblecillo de Bussieres, agrupado en derredor del negro campanario de su iglesia y decorando el fondo del paisaje. Solía dirigirme á aquel pueblecillo muchas tardes á pie ó á caballo para pasar una ó dos horas con el jóven teniente de cura de quien hice mencion anteriormente.

El camino, muy estrecho, angostábase todavía mas al acercarse al presbiterio tan encajonado entre los huertos y los cañamares del pueblo, que á penas dejaba paso á mi caballo. Una cerca de piedra de unos tres pies de altura estendiáse á la derecha, y á la izquierda un muro de fábrica muy alto que servía de recinto á una casa particular de humilde apariencia y á una viña unida á un huerto cercado por todas partes como el cementerio de un lugarejo. Levantándome sobre los

estribos lograba penetrar con la vista en aquella casa, en su jardín y en su huerto que permanecía siempre impenetrable á la mirada y á los pasos de los transeuntes.

Aquella casa, cuyas ventanas permanecían cerradas en todos sus frentes, tenía del lado del jardín una escalinata exterior y una pequeña galería cubierta, á la cual comunicaba la escalera.

Solían verse sentados al sol ó á la sombra en aquella galería, un hombre de cabellos blancos, vestido pobremente, y dos mugeres de alguna menos edad, pero cuyo traje descuidado les hacía aparecer viejas. Un perro blanco y una cabra doméstica seguida de dos ó tres cabritos negros estaban acostados de continuo en los pasos de la escalinata ó sobre el canto del antepecho de la galería. Aquellos escalones no se barrían nunca por la mano de una criada; la casa no tenía sirvientes; las dos vetustas hermanas y el solitario limpiaban y picaban la berza de su puchero y arrojaban en la galería las cáscaras de los huevos de sus gallinas.

Los senderos del jardín que el rastrillo no arañaba nunca desaparecían enteramente bajo las ortigas, las malvas y las yerbas parásitas que se apoderan desde luego del suelo descuidado por el hombre. Conociáse la existencia de aquellos senderos por dos vallados de boj, que no se podaban nunca y que se levantaban á la altura de las caderas. Coles y nabos crecían en los cuatro cuadros del jardín; la viña, situada á la estremidad

del huerto, estaba sin podar hacía muchos años y desparramaba por todos lados sus largos sarmientos cubiertos de hoja, que parecían implorar el socorro de la mano del hombre. La sombra que proyectaba el campanario de la iglesia caía desde muy temprano sobre este recinto, y daba á la casa un aspecto melancólico y algo siniestro.

## XXII.

Era la morada de un anciano de quien he hablado en otro lugar, y que se llamaba Mr. de Valmont; las dos hermanas en cuya casa habitaba hacía muchos años, y con las cuales no se sabía que le uniera ningun lazo de parentesco, eran hijas del pais, y poseían por toda fortuna aquella casa con jardin y huerto, y un viñedo fuera del recinto, sobre el collado de Bussieres.

Todo era misterioso en la existencia de aquellas tres personas; el misterio aguzaba la curiosidad, pero esa curiosidad jamás se vió satisfecha. Nadie entraba en aquella casa, ni nadie salía de ella; ningun vecino ni aldeano del pueblo cambió en toda su vida una palabra ó un saludo con sus moradores.

Yo conocía algo mas que de vista á Mr. de Valmont, porque durante las temporadas de invierno, en las cuales venía algunas semanas al pueblo, visitaba á mi tio, vestido siempre con un

traje que podía pasar por elegante, pero no conocía á ninguna de las dos hermanas. Mi tío era notablemente aficionado á las ciencias y á la literatura, así es que franqueaba las puertas de su casa á todos los hombres instruidos de la provincia.

## XXIII.

Con tal motivo, Mr. de Valmont tuvo lugar de verme, siendo niño, en el gabinete de estudio de mi tío, y me dió, de paso, algunas amistosas lecciones para el estudio del griego y del latín. La malicia que se lo quiere explicar todo, decía de él que había sido jesuita; su vasta y clásica erudición daba algun fundamento á este rumor. Según los maldicientes, habíase disgustado de la Orden, y salió de ella para ir á Olanda y de allí á Prusia, donde su escepticismo fué del agrado de Federico II.

Sea de esto lo que quiera, un dia que cruzaba yo el sendero que seguía paralelo al muro de la casa siempre cerrada, encontré la puerta del jardín entreabierta por casualidad; mi perro entró corriendo y asustó á las cabras; el de la casa acudió desde la galería para defender á sus compañeras, lo cual produjo un extraordinario ruido en aquel recinto ordinariamente silencioso. Entré para llamar á mi perro, causa de aquel desórden.

y me dí de cara con Mr. de Valmont que estaba sentado debajo de un avellano arrimado al muro; me reconoció, sonrióse y me saludó, invitándome á entrar con una confianza inusitada en su carácter, pero inspirada, sin duda, por el candor de mi semblante y de mi edad.

Las dos hermanas, compañeras de su soledad, que estaban en la galería ocupadas en las faenas domésticas, huyeron llevándose las lechugas que estaban mondando, cual si un profano hubiese turbado el misterio de sus ocupaciones caseras. Cerraron con estrépito las dos puertas de la casa que abrían sobre el perístilo; las cabras asustadas fuéronse en pos de ellas, y quedé solo con Mr. de Valmont.

#### XXIV.

Erase este un hombre de sesenta años, de hermosa presencia, pero cuya mirada inquieta, orgullosa y oblicua, parecía espiar y mirar de lado como temiendo que lo espiasen. Solo con mi tío, cuyo carácter leal y despejada inteligencia le habían seducido, creía encontrarse perfectamente seguro. Hablaba de todo, de política, de literatura, y refería anécdotas de las córtes del norte y del mediodía, con admirables agacidad para un solitario que parecía sepultado hacía mucho tiempo entre las ruinas de un edificio de nuestras montañas.

Este conocimiento tan profundo y universal de las ciencias, de las letras, de la diplomacia, de las córtes y de los hombres, solo se esplicaba entre el vulgo por conjeturas. Su existencia era un enigma.

Decíase muy por lo bajo, que había sido empleado por la diplomacia secreta de Luis XV en el norte de Europa; que había vivido mucho tiempo en Berlin y San Petersburgo en confiancias de intimidad con Catalina II y con Federico el Grande; que había estado en relaciones estrechas con los políticos, los filósofos y los publicistas de esta última córte, y que había adquirido allí la universalidad de conocimientos, la florida locucion y las elegantes y esquisitas maneras que manifestaba cuando se presentaba en la sociedad. Ha muerto sin que la confianza que le inspiraba mi tio, sin que la amistad que este le profesaba fueran causas bastantes para arrancarle su secreto. Duerme como vivió, en el misterio.

## XXV.

«Y bien! hijo mio, me dijo; sois el primero que  
«penetra el gran misterio de este recinto, sobre  
«el cual se cuentan en voz baja tantas fábulas en  
«el lugar! Un hombre cansado de los hombres,  
«dos amigas que miran con el mismo disgusto  
«que él la existencia, un perro, unas cabras, un

«árbol y un libro, hé aquí todas las palabras del «enigma. ¡Ojalá nunca lo comprendáis por vos «mismo!»

Pronuncié tímidamente algunas inciertas palabras disculpando el atolondramiento de mi perro y la involuntaria indiscrecion que acababa de cometer, y me dispuse á salir; pero el perro de la casa, que cansado de la vida solitaria que llevaba aprovechó la visita del mio para darse una mano de juego y de revolcones entre las malvas, dió motivo á la prolongacion de mi estancia en el jardin.

«No, no; me dijo el anciano, con una graciosa «sonrisa que no era natural en él; no temáis el «permanecer algunos minutos mas en este lugar «sospechoso. No se ha construido este muro á una «altura que sirve de barrera á la mirada, ni esas «ventanas y aquella puerta permanecen cerradas «para niños como vos; sino para preservarse de «los hombres curiosos, calumniadores ó perversos, que nos persiguen cuando vivimos en medio «de ellos, y nos aborrecen cuando huimos de su «sociedad. Venid conmigo, hijo mio, continuó, tomándome por una mano; venid á ver, con vuestros propios ojos, cuan poco espacio y que pocas «riquezas necesita un hombre de juicio para ser «feliz.»

## XXVI.

Esto diciendo, hizome subir la escalinata que conducía á la galería por donde las dos hermanas habían huido al verme entrar: una de ellas, al oír el ruido de nuestros pasos, entreabrió casi furtivamente la puerta que habían cerrado á sus espaldas, y la cerró de golpe con la precipitacion de una muger de Oriente á la vista de un hombre que entrara inadvertidamente en el jardin del *harem*. Apenas si tuve tiempo para ver su rostro; era una cabeza de Greuze, algo descolorida y descarnada por la accion del tiempo, pintada en un cuadro de familia de nuestro compatriota, el Rafael de la ancianidad.

Cabellos castaños mezclados con algunas canas, y sugetos sobre la frente con una cinta de seda negra; ojos dulces como el dolor que se resigna y se transforma en felicidad; mejillas pálidas algo deprimidas por la accion del tiempo; labios finos y entreabiertos por la melancolía; el contorno del rostro redondeado y algo abultado por la parte inferior como el de las mugeres cuyos músculos de la barba empiezan á dilatarse y á ceder bajo el peso de los años; tal era aquel rostro, que espresaba la bondad franca y la curiosidad tímida, y que recordaba la sumision voluntaria de la muger esclava bajo la tienda del

patriarca árabe en los desiertos de la Siria.

Aquel semblante, pálido, triste y dulce como una aparición á la luz de la luna, se gravó con una sola mirada en mi memoria. No he vuelto á ver desde entonces, durante un gran número de años, aquella muger que era la mas jóven de las dos hermanas, hasta el dia en que llevaron su féretro desde la iglesia al cementerio del lugar, sin otro acompañamiento que una cabra blanca que balaba alrededor de los sepultureros, y que brincaba con su cabrito sobre los montones de tierra recién sacada de la fosa. Ninguna de las mugeres, sus vecinas en vida, pudo pronunciar una censura ni un elogio sobre aquel misterioso féretro.

## XXVII.

Cuando llegamos á la galería, Mr. de Valmont en lugar de abrir una de las puertas de la casa, subió delante de mí por una escalera de madera puesta contra la pared; dicha escalera conducía á una especie de desvan formado por una torrecita algo mas alta que el tejado de la casa, una ventana baja y la tabla corredera con taladros cuadrados por donde entraba la luz en aquel recinto, revelaban que su primitivo destino había sido el de palomar. Algunos agujeros que el picapedrero había abierto debajo de la tabla dieron

sin duda entrada y salida en otro tiempo á los palomos. Aquella habitacion como santuario el mas recóndito y el mas inaccesible de la casa, había sido elegido por Mr. de Valmont, para su aposento. Permanecí un instante estupefacto é indeciso en el umbral, no sabiendo donde poner el pié para entrar detrás de mi guía.

## XXVIII.

Aquello parecía en su desórden y confusion, al súbito hundimiento de una biblioteca cuyos estantes hubieran cedido bajo el peso de los volúmenes: pues una avalancha de libros esparrados, abiertos los unos, los otros cerrados, pero todos cubiertos de pajas, de pelos de cabra y de plumas de golondrina, ocultaban el entarimado llegando á la altura de las rodillas. Un estrecho y tortuoso sendero trazado, evidentemente por los pasos del solitario entre aquellos volúmenes conducía al fondo de la estancia hácia la parte que recibía mayor cantidad de luz por la tabla corredera agujereada.

Allí veíase un colchon cubierto con mantas mal estendidas, puesto sobre un lecho de libros peor nivelado que servía de cama á Mr. de Valmont: un monton de volúmenes puestos en forma de almohada, servíanle para reclinar la cabeza, mientras que otros colocados á manera de

rodete, indicaban el sitio de los piés en aquella cama singular. Al despertarse el solitario, no tenía mas que estender la mano á la ventura á derecha ó izquierda para tomar un libro. Érase el hombre intelectual acostado sobre sus obras: un lecho de pensamientos humanos debajo del animal que piensa.

## XXIX.

Mas cerca todavía de la ventana, veíase una mesita de madera carcomida, y un ancho sillón de nogal con respaldar de tablas, que debían ser evidentemente, el sitial y la mesa de escritorio del filósofo.

»Hé aquí, me dijo, el secreto de mi soledad y  
 »de mi dicha! He conocido el mundo, lo he juzgado y he huido de él; pero como el hombre es un  
 »ser sociable por instinto, he encontrádo en esta  
 »casa y en la amistad de estas dos hermanas tan  
 »hurañas como yo, una sociedad para mi corazón, y he encontrado tambien en estos libros  
 »recogidos en mis largos viajes y que veis des-  
 »parramados por el suelo, un alimento para mi  
 »inteligencia.

»Con ellos estoy satisfecho, no ambiciono ni  
 »echo de menos nada. Ni aun he querido clasifi-  
 »carlos ni ordenarlos; el poco tiempo que me  
 »queda de vida no vale la pena de que me tome

»este trabajo. Vivo en medio de ellos como en  
»medio de una muchedumbre por entre la que  
»se pasa sin tomar afecto á nadie. Prefiero fiar-  
»me á la casualidad que escojer; remuevo este  
»lecho de libros, alargo la mano, y sea cualquiera  
»el volúmen que tome, mi inteligencia trava  
»conversacion con otra inteligencia; cuando esta  
»me lo ha dicho todo paso á otra. ¿Qué hombre  
»vivo valdría para mí lo que valen estos muer-  
»tos resucitados en lo que han tenido de mas va-  
»lor sobre la tierra, que es su pensamiento? ¡Soy  
»el sepulturero de las ideas humanas, que exhu-  
»ma una para hacer lugar á otra, y encuentro  
»de este modo, mas vida debajo de la tierra que  
»en su superficie.

## XXX.

Así continuó hablándome de aquella sociedad de muertos, haciéndome apreciar su inestimable superioridad sobre la de los vivos, hasta el momento en que los rayos del sol de la tarde, retirándose uno por uno de los agujeros de la tabla de la ventana, dejaron aquel cementerio intelectual en silenciosa oscuridad. No repetiré el largo discurso que me hizo, por mas que esté tan presente en mis recuerdos, como el timbre un poco sepulcral de su voz lo está en mi oido. Condújome hácia la galería, y me dijo en el umbral de

la puerta del jardín: «Id, hijo mio, y referid, si »os lo preguntan, todo el misterio que habeis visto!»

Esta escena produjo un efecto mágico sobre mi juvenil imaginacion: columbré desde aquel momento, toda cuanta vida podía encerrarse en aquella muerte aparente de libros desparramados entre el polvo, y toda la animacion que podía encontrarse en aquel silencio. Así debia ser, para que un solitario, que había cruzado entre las muchedumbres y los bullicios del mundo, pudiera considerarse mas feliz con la sociedad de los muertos que con la de los vivos. La literatura en su mas lata acepcion, se apareció de improviso á mi espíritu. De buena gana os la mostraría bajo el mismo aspecto si los límites de esta conferencia me permitiesen reproducir íntegro el sublime discurso de Mr. de Valmont. Baste deciros, que la impresion literaria quedó esculpida para siempre en mi alma.

### XXXI.

Esta impresion creciente, se renovó y se desarrolló, como es fácil de imaginar, con los estudios superiores de mi adolescencia; con el tédio de la prolongada ociosidad de mi juventud desocupada, que no encontraba mas distraccion que la lectura; con la necesidad de expresar en la

soledad aquellas primeras pasiones que, despues de haber hablado con calor y con lágrimas se dulcifican hablando en verso ó en prosa; en fin, con aquellos primeros amores de la imaginacion ó del corazon, que toman todo el acento de la poesía. ¡La poesía! ese canto del alma que exhala todo aquello que nos parece demasiado divino en nuestro ser, para quedar sepultado en el silencio ó para ser espresado en lenguaje usual; literatura instintiva, que no se aprende, y que toma sus suspiros por acentos, y que acompasa los latidos de dos corazones para hacerlos palpar en un mismo y recíproco acorde.

Esta fué la época en que, despues de haber escrito volúmenes de poesía amorosa, arrojados mas tarde á las llamas para purificar sus páginas, escribí aquellas poesías contemplativas, que fueron recibidas mas bien como presentimientos que como promesas de un poeta. Todo se hizo literario á mis ojos, hasta mi propia vida que se repercutía con sus impresiones, sus sentimientos religiosos, sus afecciones, sus alegrías ó sus dolores en mis versos. La existencia era un poema para mí; y el universo en notas distintas, cantaba ó gemía un solo himno; vivía cuando tenía un libro en la mano.



## XXXII.

La edad cambió la nota, pero no el instrumento. Las revoluciones de 1814 y 1815 á las cuales asistí; la guerra, la diplomacia, la política á la que me consagré, se me aparecieron, se me habían aparecido, como las pasiones de la adolescencia, es decir, por su lado literario. Hubiera deseado que la vida pública mezclase en todo el talento de la literatura; nada me parecía realmente bello en los campos de batalla, en las vicisitudes de los imperios, en los congresos de las córtes, ni en las discusiones de la tribuna, sino aquello que merecía ser magníficamente dicho ó magníficamente narrado por el génio de los literatos.

Hasta la historia parecíame mezquina y trivial cuando no refería los acontecimientos del mundo con él acento sobrehumano de la filosofía, de la tragedia ó de la religion. La historia solo era, á juicio mío, la poesía de los hechos, el poema épico de la verdad.

Lo mismo pensaba respecto á la elocuencia. No basta decir, tal es mi opinion, es preciso decir bien, y el talento debe formar parte de la verdad. No me retracto de ello; hay, en todos los negocios humanos, hasta en aquellos de apariencia la mas vulgar, un aspecto intelectual y oratorio

hacia el cual las inteligencias mas positivas deben dirigirse conciente ó inconscientemente, para dignificar sus obras; aquello que no pudo ser literariamente bien dicho, no vale la pena de ejecutarlo.

Tal es la literatura de los sucesos, no menos real y no menos necesaria á la grandeza de las naciones que la de la palabra. Leed los anales de los pueblos, y os convencereis á la primera mirada, que en tanto que no han sido literatos *no han sido*, y que sus memorias comienzan con su literatura. Tambien acaban con ella; desde el momento que un pueblo no sabe cantar, escribir, ni hablar, no existe.

### XXXIII.

La tribuna política, á la que subí durante quince años de mi vida, escitó en mí el sentimiento y el amor á las letras, estudié noche y dia, durante aquel largo período de tiempo, los modelos muertos ó vivos de la palabra, para hacerme menos indigno de hablar despues de ellos ó á su lado. Entónces tambien estudié con mas profundidad los mas célebres historiadores literarios de los tiempos antiguos, á fin de poder narrar, un dia, los grandes acontecimientos de mi pais.

La literatura no es menos necesaria á la nar-

racion, que á la accion de las grandes cosas; el pueblo mismo el mas ignorante, cuando se reúne y se levanta por encima de su nivel ordinario como el Océano en la tempestad, á impulsos de una grande marea, ó por efecto de una de esas fuertes conmociones que levantan las olas, toma de improviso algo de súbitamente literario en sus intintos; quiere que se le hable, no el inno-ble lenguaje de la taberna ó del guardacanton, sino con el mas culto, el mas metafórico, con esas imágenes magnánimas que los hombres de de los grandes acontecimientos y de los grandes dias, puedan encontrar en su imaginacion. He podido observar frecuentemente, por mí mismo, en los largos diálogos que las casualidades de una revolucion ocasionaron entre la muchedum-bre y mi persona, que cuanto mas literato me manifestaba en mis arengas, tanto mas el pue- blo me escuchaba; que la vulgaridad del lengua- je solo obtenía su menosprecio, pero que la pa- labra levantada á la altura de sus sentimientos por sus oradores, adquiría sobre aquel pueblo un ascendiente tanto mas seguro cuanto que sus oradores subían mas alto el diapason de su elo- cuencia.

La grandeza! he aquí la literatura del pue- blo; sed grandes, y podeis decir lo que querais!

Así es como la literatura eleva la intelligen- cia en la accion; veamos, ahora, como consuela el corazon en la desgracia.

## XXXIV.

Aquí quiero ir con vosotros tan lejos como puede ir la palabra íntima. Cosas hay que solo una vez se dicen en la vida; pero es necesario que hayan sido dichas: sin eso no comprenderíais bastante la omnipotencia del sentimiento literario sobre la vida del hombre público y sobre el corazón del hombre privado.

Lejos de mí, pues, la timidez en las palabras! Quiero abrir mi alma hasta en sus senos más recónditos. El decoro de los escritores pusilánimes no les permite descubrir jamás á los ojos del público la desnudez de la suya; pero el corazón henchido de amargura, levanta sobre los pechos varoniles esas inútiles vendas por un rasgo de impúdica sinceridad, mil veces más casto en el fondo que ese mentido pudor de conveniencia. Si *Laoconte* retorciéndose en el mármol bajo los apretados nudos de la serpiente, no estuviera desnudo ¿veríase su tormento...? Cuando el corazón salta en pedazos ¿no se rompe la vena...?

Bajo engañosas apariencias, no es mi vida de aquellas que pueden causar envidia; más diré, ha terminado; no vivo, sobrevivo. De todos aquellos hombres múltiples que existieron en mí hasta cierto grado, del hombre de sentimiento, de poesía, de acción y de la tribuna, nada queda.

sinó el literario. Pero este no es dichoso. Los años no me pesan todavía, pero me ajustan la cuenta; sobrellevo con mas trabajo el peso de mi corazon que el peso de los años. Estos, como los fantasmas de Macbeth, me pasan sus manos sobre los hombros y señálanme con la punta del dedo no coronas, sino el sepulcro. ¡Plugiera á Dios que durmiese ya en él!

## XXXV.

Nada tengo que me permita sonreir al pasado ni al porvenir; envejezco sin posteridad en mi casa vacía, y rodeada de las tumbas donde descansan aquellos á quienes amé; no doy un paso fuera de mi morada sin tropezar con una de esas piedras que encierran nuestro cariño ó nuestras esperanzas. Son otras tantas fibras que brotan sangre, arrancadas de mi corazon en vida y sepultadas antes que yo, en tanto que este corazon palpita dentro de mi pecho, como un péndulo olvidado en una casa que se abandona, y que continúa dando en el vacío las horas que nadie cuenta ya.

Todo lo que me queda de vida está concentrado en algunos corazones y en una modesta herencia. Y aun esos corazones sufren con mis sufrimientos y en cuanto á aquella herencia, no estoy muy seguro de no verme desposeido de ella,

para ir, como dice el *Dante*, á morir en medio de una carretera en un país estrangero. Los morrillos sobre los que mi padre apoyaba los pies y sobre los que, hoy, pongo los míos, pertenecen á un hogar prestado, que puede ser destruido dentro de un instante: un capricho cualquiera puede dar lugar á que los vendan y revendan en pública subasta, lo mismo que la cama de mi madre, y hasta el perro que lame mis manos compadecido cuando ve retratada en mi semblante y en los ojos con que le miro la angustia de mi corazón. Debo dar cuenta de todas estas cosas á estraños, que han depositado sobre la fé de mi honor y de mi trabajo la herencia de sus hijos, el fruto de su propio sudor. Si yo no trabajara todos los dias para ellos ¿qué digo? si durmiese todas las horas de la noche, ó si una enfermedad (que Dios me libre de ella hasta que mi hora sea llegada) viniese á paralizar en mis manos la pluma, este instrumento constante que desgasto para ellos, estos buenos amigos perecerían conmigo; veríanse obligados á buscar su fortuna entre mis cenizas; la encontrarían, ciertamente, toda entera; pero solo la encontrarían bajo mis escombros.

## XXXVI.

Aquí tenéis por qué soporto muchas veces aun-  
mas allá de mis fuerzas la ruda condena del tra-

bajo. ¡Pues bien! ese mismo trabajo, esa virtud obligada, pero, en fin, esa virtud de la necesidad, se me afea como un vanidoso afán de ruido que atormenta los oídos con mi nombre! Hombres inconsecuentes en vuestras acusaciones, ¿por qué no haceis un cargo al peon caminero porque obstruye la vía pública con su presencia, sin otro objeto que ganar el salario con que ha de llevar á su casa el pan de la muger, del anciano y del niño.

Los hijos de los habitantes de Samos insultaban á Homero, porque segun decían, obstruía los senderos de la isla recitando sus versos en los umbrales de las casas. Y ¿dónde querían que los recitase, no siendo en medio de los caminos, él que no tenía otro medio de publicidad fuera de la bóveda del cielo? La prensa es para el escritor de hoy día, lo que era para Homero la bóveda celeste.

Ciertamente no soy Homero; pero mis críticos son mas crueles que los de Samos. Sobre estas páginas donde me acusan de hacinar montones de vanidad, lo que leéis, sabedlo bien, no se ha escrito con tinta, sino con sudor! No, no es mi nombre lo que intento engrandecer, es la prenda de aquellos para quienes este nombre representa toda su propiedad y toda su existencia. Mi nombre! ¡Ah! harto sé mejor que vosotros lo que vale y lo que le espera; quisiera con todo mi corazón (tomo al cielo por testigo) que no hubiese sido pronunciado nunca; daría los días que me quedan de vida, porque hubiese sido sepultado, con el que

lo llevó, en el silencio de la tierra, sin ruido allá, sin memoria aquí....! Hay que suponer una gran dosis de puerilidad, lo confieso, en un ser que ha vivido edad de hombre, y que ha visto lo que yo he visto para suponer que tiene en mucho ese eco de la nada que se llama la memoria de los hombres! Viva yo en la memoria de Dios, y me rio de la del mundo' La vida ya no es nada para mí.

La vida, es mi situación, y despues de las pruebas porque he pasado y las que estoy pasando en la actualidad, se parece á esos espectáculos de donde se sale el último, y en los cuales permanecemos á pesar nuestro, esperando que salga la muchedumbre, cuando la sala queda vacía, las arañas se apagan, las lámparas humean, de la escena desaparecen las decoraciones con lúgubre estrépito, y las sombras y el silencio, realidades siniestras, se apoderan de aquel escenario momentos antes resplandeciente de luz y bullicioso de ilusiones.

## XXXVII.

Y ¿á quien echaría yo de menos, en el presente, en esta vida? Acaso ¿no he visto morir antes que yo todos mis pensamientos? ¿Puedo tener deseos de cantar con apagado acento, estrofas que acabarían en sollozos? ¿Desearé entrar otra vez en las lizas políticas, que, aunque se reabrieran

de nuevo, no reconocerían ya nuestros póstumos acentos? ¿Tendré una entera confianza en esas formas de gobierno que el pueblo abandona con la misma fácil movilidad que las conquista? ¿Seré bastante loco para creerme capaz de fundir ó de tallar yo solo en bronce ó en mármol, una estatua colosal del género humano, cuando Dios no ha dado para la obra á los mas grandes estatuarios sino arena y limo para amasarla? ¿De qué sirve la vida cuando solo contemplamos en nuestro derredor las ruinas del edificio que hemos construido en nuestro pensamiento? ¡Dichosos los hombres que mueren trabajando, heridos por las revoluciones, en las que se encontraron envueltos! ¡La muerte es su suplicio, es verdad; pero tambien es un asilo! ¿Y el suplicio de vivir? ¿lo tenéis en nada?

## XXXVIII.

En cuanto á mí, sé decirlo, que hubiera muerto mil veces con la muerte de Caton, si hubiese profesado la religion del de *Utica*; pero no la profesó; adoró á Dios en sus designios; creo que la muerte sufrida del último de los mendigos acostado sobre paja, es mas sublime que la muerte impaciente de Caton sobre el trozo de su espada! Morir, es la fuga! No se debe huir.

Caton se rebela; el mendigo obedece: obedecer

á Dios, hé aquí la verdadera gloria!

Ademas, tengo una reflexion esacta para condenar esas muertes ostentosas ó impacientes. Esa reflexion, héla aquí: ó la vida es un don, ó es un suplicio. Si es un don, es preciso saborearlo hasta el fin como un beneficio amargo algunas veces, pero, en fin, como un beneficio; si es un suplicio, es preciso sufrirlo como una misteriosa y meritoria expiacion de nuestras faltas.

Vivo, pues, ya lo veis; pero no vivo acostado sobre un lecho de rosas; reto al mismo Caton de haber tenido mayor hartura de tiempo que yo. Cuento una por una, sintiéndola incesantemente, pero sin maldecir ninguna, las piedras de mi cruel lapidacion. No acuso á los hombres; no, es injusticia ó necedad. Los hombres han sido buenos para mí, solo la muerte es la que ha sido cruel.

### XXXIX.

Así es como vivo; y sin embargo, ¿habré de decirlo todo? Algunas veces vivo dichoso aunque atado á esta picota del trabajo forzado, que no deshonra, pero que mata. ¿Quereis saber por qué soporto la vida? por virtud de este mismo trabajo de muerte que es la condicion de mi existencia. No obstante, no es todo tormento, no; el trabajo de muerte como los demas suplicios im-

puestos por la Providencia, tiene tambien su gota de agua en la esponja puesta en la punta de la lanza que bebió sangre....!

He renunciado para siempre á hacer papel aquí en la tierra; lo he renunciado sin trabajo, porque este papel, os lo afirmo, tomando por testigo á Dios, no era mi persona, era mi consigna; al salir de la escena nada he dejado de mi sér con el traje. En mis decepciones nada me fué personal; trabajaba para la humanidad, he sido engañado en la humanidad. ¡Que Dios se apiade de ella! el hombre nada puede.

## XL.

De actor que fuí durante veinte años en este triste drama oratorio ó popular de mi pátria, el repentino disgusto del pueblo y la movilidad ordinaria de las cosas humanas, me han relegado en la fila de los espectadores los mas olvidados; no me quejo de ello; es el lado bueno de la desgracia. Cuando la muchedumbre se precipita donde uno no quiere ir, ¡dichoso el hombre solo!

De esta manera mi existencia es mas exclusivamente mia; la ciño dia por dia mas estrechamente, como una capa de abrigo sobre mis miembros. ¡Que no pueda yo envolver de la misma manera mi nombre!

Pero me direis, ¿de dónde procede ese bien-

tar íntimo tan contradictorio con una situacion tan penosa como la que nos pintais? Esplicadnos esta contradiccion aparente. Una sola palabra la esplica, y por ella es por donde quería terminar: porque he vuelto á ser franca y esclusivamente HOMBRE DE LETRAS; porque vivo, merced á esta pasion por la literatura, en sociedad con todos los hombres que han legado su alma escrita á la mia, como nosotros legaremos, todos, una partícula de nuestra alma escrita á los que vendrán despues; porque mi alma se distrae, edifica y fortifica en esta sociedad de los grandes muertos; y, tambien porque independientemente de estas benéficas influencias del trabajo literario en sí mismo, me regocijo al pensar que este trabajo, placer para unos, penas para los otros y deber para mí, no será enteramente perdido para aquellos á quienes debo el fruto de mis vigalias!

## SEGUNDA CONFERENCIA.

---

### I.

La palabra literatura, viene de *littera*, que quiere decir *letra*. De esta manera se ha tomado la parte por el todo.

Las letras son signos que al juntarse y combinarse de distintas maneras, segun las reglas convenidas de la gramática, forman las palabras.

Las palabras contienen ideas.

Las ideas contenidas en las palabras se encadenan segun las reglas de una lógica interior, y forman frases, ó sean sentidos mas completos.

Las frases, al encadenarse y desenvolverse á su vez, desarrollan mayor número de ideas, de sentimientos y de imágenes en la inteligencia, á fin de comunicar mas eficazmente á aquel que lee

ó que escucha el pensamiento ó la emoci3n de aquel que escribe ó que habla.

Es el fenómeno mitad material, mitad intelectual de la traslacion del pensamiento de uno en la inteligencia de otro, ó del pensamiento de uno solo en la inteligencia de todos.

Este fenómeno de la traslacion del pensamiento intelectual de uno en la inteligencia de otro, era necesario en el plan divino, para que el hombre pudiese comunicarse con sus semejantes.

Sin esta comunicacion entre los seres que pueblan el mundo y entre los muertos y los que nacen, el hombre hubiera permanecido en el estado de un ser eternamente aislado, siendo el gran sordo-mudo de los mundos; hubiera habido hombres, pero no sociedad humana, ni humanidad.

La literatura es quien opera el fenómeno de la trasmision del alma, no ya de un hombre á otro sino de un siglo á cien siglos. Es la repercusion del sonido, del signo, de la palabra, y del pensamiento hasta el infinito. Es el eco universal y eterno del mundo que piensa.

El hombre es un ser expresivo.

## II.

¿Cómo se opera esta repercusion misteriosa del pensamiento al pensamiento?

Por medio de las lenguas.

¿Qué son las lenguas?

Las lenguas son los signos y los sonidos que espresan la palabra.

¿Qué cosa es la palabra?

El *cuerpo de la inteligencia*, por decirlo así.

La palabra es tan inconcebible, que se necesitan estos dos vocablos contradictorios para dar solamente la idea de ella: El *cuerpo de la inteligencia*.

### III.

Se han escrito volúmenes de controversia sin solucion, para discutir el origen de la palabra. Unos la atribuyen á una revelacion directa del Creador á su criatura; otros atribuyen su invencion al hombre por medio de una lenta elaboracion del instinto buscando, con sonidos y con signos, la manera de darse á entender y comprender.

Hé aquí lo que escribimos recientemente acerca de esta cuestion, ó mejor diremos, misterio.

«Compadecemos sinceramente á los filósofos que discuten, hace siglos, para saber si es el hombre quien ha inventado la palabra. Tanto valdría discutir para saber si es el hombre quien ha inventado el pensamiento: es decir, si es él quien se ha creado á sí mismo; pues tan imposible nos

es el concebir el pensamiento sin la palabra que le dá la conciencia de sí misma como el concebir la palabra sin el pensamiento que la constituye. El hombre ha podido inventar las lenguas derivadas, que solo son modificaciones de una palabra primitiva y revelada; ha podido construir y reconstruir lenguas posteriores é imperfectas con los restos de la lengua primitiva y perfecta que le fué otorgada sin duda alguna con la existencia por aquel que le dió el pensamiento, ó el *verbo* interior y exterior; pero haber creado la lengua antes que el pensamiento, ó el pensamiento antes que la lengua es cosa que nos parece un esfuerzo superior á todo esfuerzo humano, es decir, un milagro de la Omnipotencia. La palabra contenida en la primera lengua debió ser revelada divinamente al hombre el dia en que el alma pensó; es decir, el dia en que fué creada con la facultad de tener sensaciones, de producir y combinar ideas, y de tener la conciencia de su existencia y de las cosas existentes en ella y fuera de ella.

Con esta revelacion probable de la palabra hablada, ó de la lengua innata, nació tambien la primera literatura del género humano, ó, dicho de otra manera, la espresion de la humanidad por la palabra; el solo lazo intelectual posible entre los hombres, y, en fin, esta sociedad intelectual de donde debía fluir y perpetuarse el espíritu humano.»

El hombre, es, pues, un ser que necesita expresarse interior y exteriormente para ser hombre, y que no es completo sino en cuanto se expresa. La palabra, ó la lengua es, pues, á juicio nuestro una de las funciones mas orgánicas de la humanidad, visto que no se puede concebir una humanidad sin palabra. El dia en que vivió, habló.

## IV.

En cuanto á la palabra escrita que ha producido la lectura, y por la lectura la literatura, concíbese fácilmente que el arte de escribir los signos y los sonidos haya sido inventado por el hombre. Nada hay en esto que sea superior á sus fuerzas. Desde el momento en que Dios le hubo revelado divinamente la palabra y la inteligencia de la palabra, dióle por este medio el instrumento necesario y fácil de toda invencion, de todo progreso. El hombre al hablar ha podido decir al hombre que comprendía: convengamos en que tal signo significará, á los ojos ó á la inteligencia, tal cosa ó tal idea; y que al leer este signo trazado sobre la arena, la piedra, el papyrus, la corteza de un árbol, la vitela ó el papel, creeremos oír tal sonido, ver tal imágen, concebir tal idea. Nada mas sencillo; el hombre no estaba colocado, para inventar las escrituras,

en el círculo de imposibilidades en que se encontraba para inventar la palabra; ese círculo de imposibilidades donde era necesario la palabra preexistente para convenir la significacion de la palabra, en el cual el mudo debía hablar al sordo y el sordo debía oír al mudo!...

Así es, que todas las tradiciones antiguas hablan de un inventor ó de muchos inventores de la escritura; pero ninguno habla del inventor de la palabra.

## V,

Luego, á partir del día en que la palabra dada por Dios, fué escrita por el hombre, el hombre como ser sociable, espresivo y perfectible, estuvo acabado.

«Examinemos, decíamos también, qué es el hombre; olvidemos que nosotros mismos somos una de estas miserables y sublimes criaturas, conocidas con este triste y hermoso nombre en la creacion uniyersal; desprendámonos por un esfuerzo prodigiosamente elástico de nuestra alma inmaterial é infinita, de esta insignificante red de materia organizada de carne, huesos, músculos y nérvios en la cual esta alma se halla misteriosamente aprisionada; supongamos que somos una inteligencia pura y omnipotente capaz de abarcar y de comprender el universo, y pregunté-

monos: ¿qué es el hombre?»

El hombre es una pulgarada de polvo organizado, polvo tomado á préstamo por algunos dias á este globo de materia flotante que llamamos tierra. ¿Y qué es la tierra? No lo sabemos; ¿acaso una salpicadura ígnea de lava enfriada, arrojada con un impulso de rotacion por alguna erupcion de un volcan celeste; acaso una partícula de polvo etéreo, removido por el viento que á su paso levantó algun astro de inconmesurable magnitud; acaso un átomo de humo emanado, negro y calcinado, de alguna hoguera del sol? Poco importa. Sin embargo, la incalculable pequeñez y la prodigiosa insignificancia numérica de este átomo comparado con la inmensidad del espacio y con el número de los mundos que le pueblan; debería causar cierto menosprecio á los hombres y á los pueblos que se disputan superficies insignificantes, ó que crean sobre esta nada de espacio y de tiempo eso que llaman memorias imperecederas.

Luego, el hombre considerado como ser corporal, no es nada sobre un planeta que es, por sí mismo, menos que nada. Pero el hombre considerado como lo que es, es decir, como un ser de dos naturalezas, como el punto de union entre la materia y el espíritu, entre la nada y la divinidad, cambia inmediatamente de aspecto. El hombre, átomo sumergido en un rayo perdido de sol, y que se confunde por su imperceptibilidad con la nada, se confunde de improviso por su magnitud con la divinidad!

## VI,

¿Por qué? Porque piensa. Y ¿por qué piensa? Porque tiene el don de la palabra, porque se expresa, porque acumula, con ayuda de este instrumento, lenguas habladas y escritas, sentimientos, ideas, verdades y adoraciones que lo levantan desde la nada hasta el infinito.

Considerad su estructura, y encontrareis que cada uno de sus órganos corporales ó por mejor decir, sus sentidos, no tienen mas objeto que poner su inteligencia ó su alma en comunicacion con el mundo exterior que le envuelve, y darle una sensacion, que produzca en él una idea, y hacerle comparar en sí mismo esas sensaciones y esas ideas y expresarlas en fin, para sí ó para los otros, ó, lo que es mas bello todavía, para expresarlas á Dios por medio de la palabra: la palabra que dice *vivo, pienso y adoro*; frase sublime y final en la que se resume toda la creacion. El hombre es un gusano, pero un gusano que habla y resume á Dios y el universo en un pensamiento! Quitadle la palabra ó la literatura ese resumen de sí mismo y del universo, y no es mas que un gusano; quitadle su envoltura ínfima y material, y ya no será un gusano, será el hálito de Dios, el SOPLO DE VIDA! Pero si le dejais esa envoltura material que le degrada y ese pensamiento.

hablado que le diviniza, no será un gusano ni un Dios, será un hombre, es decir, un ser complejo, enigmático, que causa lástima cuando se le vé arrastrarse, y que produce envidia y gloria cuando se le vé pensar.

Su grandeza, es el espresarse.

La literatura es esta espresion del hombre transmitida al hombre por medio de la escritura. Mas, para que la definicion sea exacta y completa, es necesario agregar una palabra. La literatura es la espresion *memorable*, es decir, digna de memoria del espíritu humano.

## VII.

Ya concebireis que desde el comienzo de los tiempos esta literatura, ó esta *espresion memorable* de la inteligencia humana ha debido multiplicarse en una proporcion casi incalculable; y que las lenguas, y los libros escritos son el depósito de esa literatura universal.

Pero Dios, en un designio que no podemos conocer, ha puesto límites á la memoria de los hombres como á todas las cosas de aquí abajo. De la misma manera que hay un horizonte de espacio mas allá del cual la vista se enturbia y no percibe nada, hay tambien un horizonte de tiempo mas allá del cual la memoria de los pueblos parece estar condenada á no poderse remontar

nunca. El mundo es una renovacion eterna, y, con arreglo á la misma ley, una destruccion perpétua de las cosas. Todo en él cae en ruinas despues de cierto período de existencia, y todo renace de esas ruinas despues de otro período de muerte.

Las ideas están sugetas á esta ley, lo mismo que los hombres y los imperios. Las lenguas mueren con las civilizaciones y con los pueblos que las hablan, y como urnas rotas de las cuales se ha trasegado el licor para echarlo en otras urnas, se transmiten de una en otra una mínima parte de la literatura sagrada ó profana que contenían; dejan perderse la mayor parte en el seno del olvido: y luego nacen de la descomposicion de aquellas lenguas muertas, otras lenguas formadas con sus reliquias. Pueblos nuevos comienzan á pensar, á hablar y escribir cosas dignas de memoria, y estos libros forman con el tiempo otros depósitos de la espresion humana, destinados á perecer tambien.

Esta diversidad, esta inestabilidad y esta brevedad de las lenguas, son el grande obstáculo para la perfeccion indefinida del espíritu humano en este mundo. Si Dios hubiese querido la perfeccion indefinida del espíritu humano sobre la tierra, hubiera creado una sola lengua, única é inmortal entre todos los pueblos y todas las generaciones. ¿Como ha de ser posible acumular y contener una perfectibilidad siempre creciente entre lenguas que no se comprenden las unas á las otras, y

que mueren todos los dias dejando perder lo que las generaciones anteriores les confiaron?

## VIII.

Para quien quiera que lea con atencion las obras maestras de la literatura de las épocas que llamamos del nacimiento de las letras, es cosa evidente, que dichas obras maestras ó fragmentos de ellas que creemos comienzos, no son sino *continuaciones* ó renacimiento de literaturas cuyos monumentos no han llegado hasta nosotros; y porque entre nuestra época y los tiempos mas antiguos se levanta una bruma como la que se interpone entre las distancias. Nada se vé mas allá de ella, pero se congetura casi con seguridad.

Es pues evidente, que cuando una filosofía tan sábia y tan elocuente como la de *Job*, se nos aparece en ese libro que tiene el mismo nombre en la Biblia, ese saber, esa esperiencia y esa elocuencia no han nacido sin antepasados de las arenas del desierto, bajo la tienda de un árabe nómada é iliterato. Evidente es tambien, que cuando un poeta como Homero aparece de improviso con una perfeccion divina de lengua, de ritmo, de buen gusto y de sabiduría en los confines de una supuesta barbárie, es evidente, repetimos, que no ha podido salir de la nada, que él solo no ha podido inventar todo un cielo y toda una tierra; que no

ha creado él solo su lengua poética y el canto admirablemente cadencioso de sus versos; sino que antes de Job y antes de Homero, hubo una sabiduría, una poesía que concluyó donde empezaban ellos; literaturas fuera del alcance de nuestra vista cuya distancia nos impide apreciar su extensión y su profundidad. De la nada, no puede nacer cosa alguna en este mundo, ni aun el génio; cuando apercibais un gran monumento literario, estad seguros que no existe aislado y que detrás de ese monumento hay una literatura invisible por la distancia, de la cual ese monumento es la obra maestra pero no su principio.

## IX.

Esas distancias del tiempo; esa descomposición de las lenguas, y la muerte, y los enterramientos de los imperios que las hablaban, han hecho, pues, desaparecer en un pasado que se remonta á los tiempos mas antiguos del mundo, inmensos tesoros literarios. De tiempo en tiempo exhumamos algunos restos en la India, en el Egipto y en la China. ¡Gloria á los hombres de letras estudiosos que los descifran y los reconstruyen á la manera que Cuvier recomponía un mundo antidiluviano con el auxilio de algunas fosamentas! Esperando el resultado completo de sus descubrimientos, el inventario general de la literatura

universal ó de la espresión memorable del espíritu humano por sus obras, está contenido en nuestras bibliotecas en un corto número de obras maestras, en todas las lenguas que no sobrepujan la fuerza de la atención.

Este inventario es el que pretendo recorrer, inspeccionar con vosotros; no por orden de fechas, cosa que sería harto fastidiosa, sino por categorías de obras maestras, lo cual nos permitirá pasar de un pueblo á otro, desde la antigüedad á nuestros días, con una diversidad de tiempos, de objetos y de escritores que sostendrá el interés de estos estudios.

## X.

Este inventario del espíritu humano, comprende en nuestros días la India, la China, el Egipto, la Persia, la Arabia, la Grecia, Roma, la Italia moderna, Francia, España, el Portugal, Alemania, Inglaterra y la misma América que nace para la literatura como para la vida; en una palabra, todos los pueblos del globo que han traído ó que traen un contingente á este depósito general del espíritu humano.

Examinaremos estas obras una por una; traduciremos los principales textos haciendo saborear sus bellezas é indicando sus imperfecciones y de esta manera darémos cuenta de los tesos-

ros de inteligencia, de génio y de sabiduría que posee el hombre intelectual de nuestros tiempos.

De vez en cuando nos permitiremos descender desde las alturas de la antigüedad hasta nuestros dias, si se ha publicado ó se publica, en tanto que escribamos estas conferencias, uno de esos libros que honran nuestra nacion y nuestra época: nos detendremos con preferente afecto sobre dichas obras y hablaremos de ellas con imparcialidad. Nuestra crítica es la investigacion, la contemplacion de lo bello; solo citaremos, pues, las cosas bellas; las malas ó las deformes no han menester ser señaladas para caer en el olvido, llevan la muerte consigo. Un curso libre de literatura debe levantar el alma humana en vez de rebajarla á sus propios ojos. La facultad mas sublime del hombre es la admiracion; queremos dar una idea elevada de él por sus obras, á fin de manteneros, tanto en literatura como en moral, á la altura de la idea que os hayais formado de vosotros mismos.

## DIGRESION.

---

### I.

Hoy que volvemos á tomar la pluma para terminar con vosotros esta definicion de la literatura, un triste acontecimiento acaba de cubrir de luto á la Francia y á la Europa literaria. Mme. Emile de Girardin, acaba de fallecer en el apogeo de su grandeza intelectual. El plan de este curso familiar ó, si se quiere, diálogo literario, no nos ciñe de tal manera al orden cronológico del génio, que nos esté vedado retroceder de vez en cuando hácia nuestro siglo, de hablar de las obras notables que en él se producen, de sus escritores selectos, cuyos talentos le honran, y so-

bre todo, de llorar la pérdida de aquellos á quienes tanto hemos amado. La literatura tal como la comprendemos, no tiene solo gustos sino tambien corazon, y cuando el corazon ha formado parte del talento de un escritor, el cariño lo mismo que la gloria deben vestir luto por su muerte.

La amistad que durante tantos años hemos profesado á Mad. de Girardin, tuvo siempre un carácter tan fraternal y literario, que los encantos de su fisonomía no entraron para nada en nuestra aficion por ella, y que al llorarla amargamente como amiga, estamos seguros de no faltar á la imparcialidad como escritores.

## II.

Es imposible, en una mujer como Mad. de Girardin, separar la gracia del génio y la belleza del rostro de la belleza de la inteligencia. ¿Cómo separar lo que Dios ha unido en una fisonomía elocuente? Sería cometer una injusticia con la naturaleza, que funde de primera mano el alma y el cuerpo, y no permite que nada los separe, porque sería mutilar la impresion que quiere producir en nosotros con las obras maestras de su creacion.

Esta impresion que Mad. de Girardin (entonces señorita Delfina Gay) produjo en mí la vez primera que se me apareció, despues de haber oido

hablar mucho de ella, fué tan viva, que la hora, el sitio, el dia y la persona quedaron tan gravados en mi memoria, que podría hoy mismo describir á un pintor el cielo, el paisaje, su rostro, sus colores y su mirada sin que faltara un centelleo de sus ojos, una inflexion de sus lábios, una tinta rosa ó pálida de sus megillas, un rizo de sus cabellos, una nube en el cielo, una hoja acaso en la vejetacion del paisaje. Estos son los verdaderos retratos, en los que una mujer se reproduce realmente en el lienzo vivo de nuestra imaginacion; retratos cuyos colores no se tuercen ni se desquebrajan nunca, porque la memoria vive y los renueva incesantemente.

### III.

La casualidad quiso disponerme una escena digna de la aparicion. Érase en 1825; encontrábame en Italia. Regresaba, en un hermoso dia de primavera, de Roma á Florencia; había pasado la noche en el pueblecito pastoral de *Terni*, desparramado entre las aguas y los árboles del valle sonoro, ensordecido con el ruido de las cascadas y refrescado con la espuma de las aguas del *Vellino*.

## IV.

Al levantarme por la mañana, dijéronme en la posada, que dos señoras francesas, madre é hija, llegadas también la víspera, pero algo mas tarde que yo, acababan de tomar un carruaje para dirigirse á las cascadas de *Terni*. Desde las ventanas de mi cuarto se oía el ruido de la caída de aquel rio, como un trueno no interrumpido en el fondo del valle: el posadero añadió, que la mas jóven de las dos viajeras era, segun relacion del correo que las había traído, la mas célebre *improvisadora* de Francia.

El nombre de Delfina Gay se me vino á la mente en el acto; hice llamar al correo, quien, dando la preferencia al vino de *Montefiascone* sobre todas las aguas de *Terni*, lo bebía, en aquel momento, en compañía de un *fachino* y de un amigo, en una sala baja de la posada. El correo me conocía por haberle yo firmado bastantes veces el pasaporte para los pueblos de Italia; díjome que sus viajeras se llamaban *Madame Gay* y *Mademoiselle Delphine Gay*; que estas señoras habían manifestado mucho sentimiento por no haberme encontrado en Florencia; que tenían cartas de recomendacion para mí, y que esperaban encontrarme en Roma. Esto diciendo, montó el caballo que tenía ensillado en la puerta de la po-

sada y arrancó al galope por el camino de las cascadas para ir á dar aviso á las dos viajeras de que yo me encontraba en Terni y que habría de reunirme muy pronto con ellas en la caída del *Vellino*.

Entre tanto enganchaban una ligera calesa del país en la que debía yo subir la rápida pendiente de la meseta cubierta de árboles, desde la cual se precipita el río.

Habrá unas dos horas cortas de marcha desde la villa de Terni á la cima de la meseta. Saliendo del pueblo, el camino penetra serpenteando bajo la bóveda que forman multitud de árboles acuáticos que gotean incesantemente el eterno rocío de la cascada. Este camino cruza sobre puentes romanos medio derrumbados y cubiertos de musgo verde y húmedo, tres ó cuatro brazos del río. Las olas pasan por allí con la velocidad y el silvido de la flecha, estremecidas con el impulso que recibieron al caer de la altura; arrojando á derecha é izquierda sobre las praderas los copos de blanca espuma que flotan sobre la superficie del agua, y luego se hunden, girando sobre sí mismas, en el valle sombrío de *Narni*, donde se reúnen bajo los ojos rotos del *punte de Augusto*.

## V.

Después que se han cruzado en esta forma

los prados que bordean al río, se comienza á ascender insensiblemente durante una hora, por un camino que parece una cornisa, abierto en los flancos mojados, sudorosos y sombríos de la montaña. A medida que se sube el mugido del Vellino se hace mas y mas imponente. La oscuridad aumenta el terror. El flanco de la montaña que mira hacia el Poniente no recibe los rayos del sol hasta que está muy entrado el día, así es que aquella pendiente mana, durante las horas de la mañana, fresco y rocío, y solo desde las estremidades de los recodos y de las puntas elevadas formados por las sinuosidades de la rampa, se ven, á la izquierda las olas iluminadas del río que corren en el valle entre las sonrosadas brumas, los centelleos y el deslumbramiento de la salida del sol. Vapores de las aguas; verde de los prados; negrura de los pinos; palidez de los álamos blancos; asperidad marmórea de las rocas; cintas azuladas de las lenguas de la cascada que se cortan las unas á las otras; grupos de islas escondidas bajo la sombra arrojada de los algarrobos; esplendor del cielo que contrasta con las tinieblas de la tierra; rayos de sol que parecen brotan de la boca del río mezclados con sus cascadas; ruido creciente del aire; viento de las aguas y temblor subterráneo del suelo á medida que se asciende, tales son los preludios del espectáculo á que el viajero ha de asistir desde arriba.

No puede uno menos de recordar, al acercarse, los nombres de todos los grandes poetas y de

todos los grandes pintores que han venido antes que nosotros, á entremecerse de horror y de admiracion á aquel mismo sitio, desde *Horacio y Claudio de Lorena*, hasta lord *Byron*. Terni es el peregrinaje del génio; el poeta deja allí á manera de *ex-voto*, versos sublimes, y recoge una impresion del poder y de las gracias de la naturaleza: impresion que retumba eternamente en su alma como el Vellino retumba eternamente en su abismo. Confieso que estaba atolondrado con el ruido antes de haber visto el precipicio.

## VI.

La calesa se detuvo en la cúspide de la meseta, en un camino hondo junto á dos ó tres miserables chozas; los niños y las cabras de aquellas triscaban al sol en la orilla de un rio encajonado y profundo que cruzaba la pradera, manso, silencioso y pérfido: era el Vellino.

Hubiérase dicho que el horror del precipicio que iba á salvar le causaba asombro, le detenía y le hacía casi retroceder contra la corriente; de tal manera su ola verdinegra, aceitosa y profunda parecía adherirse á las paredes de su lecho, ocultándose bajo los árboles y los cañaverales inclinados sobre su corriente.

El ruido de las aguas que se precipitaban fué el que nos condujo por entre la arboleda que nos

ocultaba la cascada y el valle, hasta el promontorio suspendido sobre el abismo, y semejante á un cabo desmesuradamente elevado á orillas del mar.

## VII.

A la estremidad de este cabo tajado á pico, hay una estrecha pradera cubierta de menuda yerba cerrada por un parapeto de piedra seca, levantada para proteger aquellos á quienes la atraccion del abismo pudiera precipitar en el rio, como el torbellino arrebatara la hoja; esta pradera sirve de anfiteatro á aquel eterno derrumbamiento de las aguas.

No intentaremos describirlo. No existe lengua humana que pueda espresar las sensaciones producidas por la vista de aquel juego de la Omnipotencia Divina: el volúmen de agua de un rio á quien le falta de improviso el lecho; la profundidad inconmensurable donde se precipita; la pulverizacion en espuma por la resistencia que le opone el aire que comprime y tritura en su caída; la cascada transformada á la vista en vapores que se dispersan al viento de su propia volatilizacion, y que huyen en todas direcciones como una bandada de aves gigantes ó que se aferran á los flancos perpendiculares de la montaña como titanes precipitados que intentaran agar-

rarse á las cornisas del firmamento; las trasparencias verdes ó azuladas de las lenguas de agua que la rapidez, el impulso y el peso del rio arqueado á manera de puente sobre el abismo, parecen cristalizar en el momento en que se encuentran suspendidas de improviso en el vacío; la luz del sol naciente que las traspasa y que se funde en ellas en mil salpicaduras con todos los deslumbramientos del prisma; el choque abajo, el ruido arriba, la eterna tormenta y la angustia sublime que oprime el corazon y que no encuentra un solo grito para responder á ese rayo que hiere el espíritu. Esta escena no tiene palabras, pero tiene desvanecimientos, vértigos, torbellinos, escalofrios y palideces por language; el hombre precipitado con el rio queda pulverizado antes que él, cayendo con la idea en aquel infierno de las aguas. (Palabras pronunciadas por lord Byron en aquel sitio.)

Si se agrega al espectáculo de la cascada de Terni un hermoso dia y el cielo sereno de Italia, las tintas marmóreas de la roca, una atmósfera trasparente] y el dulce calor de la brisa juguetona que os baña voluptuosamente con el hálito de las aguas, encantos que faltan siempre á las cascadas de los Alpes y hasta al mismo Níagara; si se considera que en lugar de pasar por concavidades y abismos tenebrosos de los precipicios que limitan y entristecen la vista, la escena tiene lugar en un espacio ilimitado, entre torrentes de luz, frente á un horizonte inmenso y de un

cielo límpido desde donde el Creador parece asistir detrás de la transparencia infinita del firmamento á ese juego de los elementos desencadenados, no se percibirá la sensacion de una catástrofe de las aguas, sino la de una fiesta de la naturaleza, á la cual Dios permite que asista el hombre para adorarle.

## IX.

Tal fué la escena y el anfiteatro donde encontré por primera vez la que fué despues Mad. Emilia de Girardin.

Adelantéme, sin ser visto, hasta un poco mas allá de la menuda yerba donde se encontraba apoyada sobre el antepecho de piedra para contemplar la cascada, y despues de haber medido lentamente con la vista el abismo, volví los ojos hacia la jóven que se embriagaba con el estrépito, el vértigo y el suicidio de las aguas. Un pintor no hubiera escogido, para retratarla una actitud, una espresion y una luz mas en armonía con su grandiosa hermosura.

Estaba sentada sobre un tronco de árbol que los muchachos de las chozas inmediatas habían arrastrado hasta aquel sitio para servir de descanso á los viajeros: su brazo derecho blanco y admirablemente torneado se apoyaba sobre el parapeto y sostenía su cabeza pensativa; su mano

izquierda caída con languidez por el exceso de las sensaciones sostenía un ramito de clemátidas y de flores acuáticas, que los muchachos debieron haber cogido para ella, el cual besaba la yerba húmeda sostenido por la estremidad de sus dedos.

Su talle esbelto y flexible se adivinaba en la dejadez de su actitud; su cabello abundante, sedoso y de un hermoso color rubio, ondeaba á impulsos del soplo tempestuoso de las aguas, como el de las sibilas en el momento del éxtasis; su seno henchido de impresiones levantaba acompasadamente los paños que le cubrían; sus ojos del mismo color que su cabello anegaban su mirada en el espacio. Ya fueran gotas de vapor condensado sobre sus largas y negras pestañas, ya lágrimas llegadas hasta los ojos por el exceso de las emociones de artista, es lo cierto que algunas gotas de esa lluvia del alma brillaban y caían de sus párpados sobre la cascada sin que ella las sintiese correr; de manera que el Vellino arrastraba hacia el mar entre sus ondas una lágrima tibia y virginal del corazón de una joven parisiense; lágrimas sin amargura que bañan las mejillas y que no proceden del llanto.

## X.

Su perfil un poco aguileño, se asemejaba al de

las mugeres de los *Abruzos*; recordábalo tambien por la enerjía de su estructura y por la graciosa inclinacion de su cuello. Aquel perfil se dibujaba bañado de luz sobre el azul del firmamento y sobre el color verdoso de las aguas; la altivez luchaba en él admirablemente equilibrada por la sensibilidad; su frente era varonil, su boca de muger, y en sus lábios movibles se notaba la expresion de la melancolía. En sus mejillas pálidas por la emocion del espectáculo y algo hundidas por la precocidad del pensamiento se retrataba la juventud, pero no la plenitud de la primavera: lo que mas llamaba la atencion en aquella fisonomía era su carácter que atraía las miradas y hacía cada vez mas tierno el interés que inspiraba. Si aquella fisonomía hubiera sido mas lozana hubiese deslumbrado. Solo las tintas del mármol sientan bien á las estátuas vivientes lo mismo que á las estátuas muertas. La pasion y el dolor deben adivinarse al traves del cutis. El alma, la pasion, la piedad, el entusiasmo y el pesar tienen el color pálido.

## XI.

Levantóse al fin, al oír el ruido de mis pasos. Saludé á la madre, que me presentó á su hija. El eco de su voz completaba el encanto; era el acento de la inspiracion. Su palabra tenía el re-

mente, la emocion, y el acento de los poetas con el decoro propio de la jóven bien educada; solo tenía, á mi juicio, una imperfeccion, refase demasiado;.... hermosa imperfeccion de la juventud que ignora los decretos de su destino: prescindiendo de esto, su belleza era completa. Tanto su cabeza como la actitud de ella recordaban esactamente, en una muger, la del Apolo de Belveder en un hombre, y adivinábase que su madre, cuando la llevó en su seno, debió mirar demasiado los dioses de mármol.

La Sibila tiene un templo admirablemente situado debajo de la cascada de Tívoli; si hubiese uno de esos templos debajo de la de Terni no sería posible imaginarse una Sibila mas y mejor inspirada que aquella hermosa jóven.

. . . . .

## XII.

Regresamos juntos á Terni, separándonos aquella noche, ella para volver á Roma y yo para volver á Florencia. Dejó en mi alma una graciosa y sublime impresion, un sentimiento poético y no amoroso como mas tarde quiso interpretarse mi afecto hacia ella. La amé hasta el sepulcro sin acordarme jamás de que era muger..... La había visto diosa en Terni!

Siempre conservé aquella primera impresión; aparecíame sobre un pedestal, aislada en su propio genio; pero yo la miraba desde abajo; y lo que se ama se mira desde arriba.

Aquella encantadora aparición de Terni tendría entonces unos diez y ocho años y era hija de Mad. Sofia Gay muger superior y poco conocida.

Esta señora era contemporánea de aquellas cuatro ó cinco mujeres de belleza memorable y de celebridad histórica que aparecieron en París despues del 9 termidor, como espléndidas flores prodigadas todas juntas y en el mismo año, por la naturaleza deseosa de cubrir con ellas el suelo ensangrentado por el cadalso. Mad. Tallien, Mad. de Beauharnais, Mad. Recamier y Mad. Gay fueron los bellos ídolos griegos que, bajo el directorio, hicieron soñar un momento con Atenas al pueblo de París. Fueron el nudo entre la libertad depurada de sangre y la gloria militar pura todavía de despotismo: una sonrisa fugitiva pero encantadora de la Francia oscilando entre dos lágrimas.

### XIII.

Madama Gay con tanto talento como su hija, buena, tierna, generosa, heróica de pasión y de valor, leal con sus amigos hasta bajo la cuchilla de la guillotina, corazón de hombre honrado en

el pecho de una mujer de aquel tiempo corrompido, solo tenía un defecto. Un exceso de franqueza y naturalidad que la hacía olvidarse algunas veces de esa hipócrita delicadeza que se llama, el bien parecer. Conservaba la franqueza trágica en las ideas, en las actitudes y en el lenguaje que caracterizó la época del interregno de la sociedad, que se llamó el *Terror* en Francia. Parecía desafiar el buen parecer como había desafiado la guillotina. Aquel tiempo de cataclismo en que había vivido sentaba perfectamente á su carácter; era mas bien romana que francesa.

Los primeros impulsos de su alma eran vehementes, y en los arranques de su corazon todo lo atropellaba y chocaba con las preocupaciones sin cuidarse de la murmuracion de los ánimos pusilánimes; no tenía otro defecto; pero este estaba compensado por tanta energía de sentimiento, por tanta pulcritud y elegancia en el decir, que se le perdonaban sus escentricidades y llegaban á amarse en ella hasta sus mismos defectos.

#### XIV.

Amaba con delirio á su hija, en quien se sentía renacer. Notando las precoces disposiciones de aquella niña para la poesía, cultivó dicha afición como se cultiva la última esperanza de celebridad doméstica, cuando se tiene anhelo de

gloria y se envejece sin haber satisfecho plenamente este deseo.

Esta gloria póstuma y desinteresada saboreada en la persona de un hijo, es acaso, la mas patética de todas las debilidades. La vanidad se confunde con el cariño, la maternidad santifica la vanidad.

Madama Gay se había convertido en pedestal de su hija; motejábese su afan por exhibirla y por hacer admirar sus perfecciones: pero ¿hay algo que sea mas inocente y mas desinteresado que el querer hacer brillar á los ojos del mundo el prodigio que una madre ha encontrado en la cuna de su propio hijo?

Las otras hijas de Gay, no menos hermosas y no menos discretas que la última, estaban ya casadas, no animaban con su presencia el hogar doméstico, y por consiguiente había reconcentrado todas sus afecciones en su hija Delfina. Sabida es la predileccion que tienen las madres por el último de sus hijos. Parece que tienen mas necesidad que los otros del cariño maternal; los *Benjamines* son una historia antigua y existen lo mismo en el seno de la civilizacion que en el desierto.

Además, Mad. Gay, despues de haber poseido una fortuna opulenta, encontrábase á la sazón en un estado de modesta medianía que sostenía con el trabajo literario casi siempre mal retribuido; temía la pobreza para ella y para su hija; pensaba que el talento y el trabajo de ambas

traería algunas mas comodidades á la casa, y que su hija se labraría con sus versos una dote de gloria. Dios lo leía así, de la misma manera que yo lo leí en el corazon de aquella escelente madre; pero el mundo tiene empeño en ver hasta la virtud por su lado menos favorable.

## XV.

Etre tanto, la niña crecía frecuentando la sociedad de las mujeres y de los hombres mas ilustres amigos de la casa, entre otros Mr. de Chateaubriand y Mad. Stael; y Delfina realizaba con su talento y sus encantos los mas exajerados sueños del corazon de su madre. Habíanla enseñado á sentir y á hablar en verso; tenía la imágen en los ojos, la armonía en el oido, la pasion y el presentimiento en el alma y la luz en la inteligencia; sus estrofas pintaban, cantaban, lloraban y brillaban como los gorjeos poéticos del pájaro que ensaya á media voz sus trinos posado en el borde de su nido, y cuyas notas futuras se oyen en el mes de abril. Enseñábanla á recitar sus versos á los literatos amigos de la casa, con esa voz, esa mirada y ese gesto que trasforman la poesía en mágia en los lábios de una hermosa jóven y que confunden la admiracion con el amor.

Aquellos versos conservados en la memoria,

ó repetidos de salon en salon por los amigos habían hecho célebre, antes de tiempo, el nombre de Delfina. Muy luego esta gloria doméstica no fué suficiente para la madre.

## XVI.

La restauracion de los Borbones era un hecho consumado; la poesía, esa elasticidad comprimida de las almas, había vuelto con la libertad. Mad. Gay, ligada por opiniones y antecedentes con los realistas, condujo su hija á los salones de la corte de Mad. la duquesa de Durás y de otras señoras distinguidas de aquella época, los salones, tanto tiempo cerrados ó mudos durante el imperio, desquitábanse de su silencio rindiendo un culto apasionado á los talentos que prometían un nuevo siglo de Luis XIV á los Borbones.

El mismo rey era literato y poeta, y la restauracion la temperatura en que florecían los naciescentes talentos. Mad. Stael y Mr. de Chateaubriand les daban el tono, el uno de la libertad aristocrática y el otro del entusiasmo dinástico. Estos dos entusiasmos se confundían en aquellas reuniones casi académicas, en las cuales la discrecion era la primera dignidad en el hombre y en la mujer.

La jóven Delfina fué recibida allí como la *Aurora de Guido* por todas las gracias del dia.

Allí aspiró con fuerza el mismo entusiasmo que esparcía. Una de las mejores pruebas de la incorruptibilidad de su hermosa naturaleza es que fué feliz y no se embriagó con la lisonja. Su modestia la protegió contra los vértigos de la adulacion: sentíase su madre tan orgullosa de ella, que la jóven tenía mucho que hacer para reducir á límites razonables la exajeracion de aquella idolatría. Verdad es que una de las cualidades precoces y dominantes de su inteligencia era el buen sentido; esta cualidad, esquisita en ella, le decía que debían atribuirse á su juventud y su belleza la mayor parte de los elogios que el mundo tributaba á su talento en flor. Este mismo sentimiento lo espresó admirablemente en una poesía destinada á cantar *La dicha de ser hermosa*.

La mayor parte de sus poemas coleccionados mas tarde bajo el modesto título de *Ensayos* poéticos fueron escritos por ella durante aquellos dichosos años. No reproduciremos ninguno en este lugar, porque ¿á qué conduce reproducir aquello que vive en la memoria de todo el mundo? Solo una falta puede encontrarse á aquellas poesías, y es el haber respirado demasiado la atmósfera de los salones; dicha atmósfera es demasiado artificial y demasiado suave para dar á la poesía ese temple enérgico tan necesario á la imaginacion como á las condiciones del talento. Ese fácil y discreto decir, que es el génio familiar de los salones, corrompe el verdadero génio, la inteligencia

que necesita el aire libre para vivir. La atmósfera social dá á la poesía vivacidad en vez de grandeza. Los acentos elevados necesitan la grandeza del espacio, de los movimientos del alma, y de las pasiones; una jóven educada entre los dorados alambres de esas jáulas ó salones de París, no puede levantar su voz mas allá de los oídos de la sociedad limitada y refinadamente culta que la rodea; si Safo hubiese sido una jóven hija de alguna familia distinguida en la córte de un rey de Persia no poseeríamos aquellos diez versos, aquellas diez brasas encendidas en su corazón, que queman, aun despues de tantos siglos transcurridos, los ojos de quien los lee.

## XVIII.

Los versos de la juventud de Mad. de Girardin, encierran todo cuanto se contiene en la atmósfera donde vivía; es una poesía de apagado acento, de castas imágenes, de intenciones delicadas, de epigramas decentes y de castidades veladas por el estilo. El solo defecto de aquellos versos es, lo repetimos, el exceso de imaginacion; la imaginacion, ese grande corruptor del génio, es el azote de la Francia, «¡Oh santa tontería! exclamaba un gran juez de los poetas de su tiempo; ¡cuanto mas vale tu sencillez que esos alambicados pensamientos que todos juntos no valen un solo

»grito de la naturaleza!»

Pero el buen gusto y el tacto esquisito de la jóven, la ponía á cubierto del abuso. De vez en cuando recordaba la naturaleza en son de protesta contra el giro demasiado artificial que la sociedad daba á su talento.

Esta superabundancia de inteligencia no perjudicaba en nada al cariño de su corazon. Aspiraba á tener un esposo, sobre todo, digno de ella, porque el amor es un sacrificio. Recuerdo haberla visto en la mañana de una noche que pasó despierta y durante la cual había velado junto á la cuna de un niño enfermo, hijo de la condesa O'Donnel, su hermana. El corazon todo entero de una madre se retrataba en su rostro pálido y en su fisonomía calenturienta. Con este motivo, le dirigí el dia siguiente una composicion poética. (1)

## XIX.

Su doble celebridad de talento y de belleza crecía con las estaciones; cuando se mostraba en los teatros, en las fiestas, en las academias, era acogida siempre con un murmullo de admiracion, todos los ojos convergían hácia ella para contem-

---

(1) Aquí reproduce el autor la mayor parte de las estrofas de la composicion á que alude, y que nos abstenemos de traducir porque creemos que los versos se traducen, pero la poesia, no.

parla. Los jóvenes encarecían sus encantos, los ancianos la compadecían por esa celebridad funesta para la dicha. Preguntábanse todos, cómo una muger acostumbrada á vivir entre nubes de incienso en un mundo que hasta entónces había sido un templo para ella, podría satisfacerse con un solo corazon y un lugar obscuro en el hogar de un marido.

Mucho se hablaba acerca de su casamiento; mas nada era cierto. La gloria atrae las miradas pero repele los sentimientos y á menos de ser muy inferior y de aceptar humildemente las consecuencias de su inferioridad, ó á no ser muy superior hasta el extremo de no temer ningun eclipse, se reusa generalmente enlazarse con uno de esos grandes artistas que introducen la publicidad que los circunda. en la vida doméstica la cual necesita tanta claridad. Encontrábasela demasiado grande para la casa de un marido regular, y soñábase para ella una posicion superior.

Los que así la juzgaban, no la conocían. Solo ambicionaba un corazon; sabía acomodarse á las mas humildes condiciones de la vida comun, con tal que el amor, esa poesía del corazon, formase parte de su destino.

## XX.

Sea como quiera, es lo cierto, que, sin que de

ello tuvieran conocimiento ella ni su madre, algunas admiradoras de su hermosura entre las damas de la córte, y algunos cortesanos llenos de importancia concibieron en aquella época, segun se decía, la idea interesada de desposarla clandestinamente con el conde de Artois, que fué despues Cárlos X.

Este príncipe la había visto y oído en los salones de las Tullerías, en casa de una dama de la córte que habitaba en el palacio y había manifestado hácia ella una admiracion que podía traducirse por amor.

Sabíase que el conde de Artois no quería volver á contraer matrimonio, al menos de una manera auténtica, por razones de familia y de dinastía; pero suponíase que sensible todavía, como lo había sido siempre, á los encantos de la sociedad de las damas y demasiado religioso para vivir en concubinato, se daría por muy satisfecho de encontrar en un casamiento consagrado por la religion y admitido por la etiqueta de las córtes, una compañera para los dias de su edad madura.

La admiracion que había manifestado por la bella é inspirada poétisa delante de sus cortesanos, fue tomada por estos por la manifestacion de un afecto naciente, y tomaron á empeño el hacerlo madurar. Tratábase de contrabalancear, por medio del imperio ejercido por una muger en el corazon del heredero de la corona, el imperio que otra muger ejercía sobre el corazon del rey.

Inteligencias diestramente introducidas en las afecciones de los príncipes, son influencias en sus consejos; hasta la política manejada bajo las apariencias del amor asedia los oídos de los reyes. Una *Diana de Poitiers* legítima, ó una *madame de Maintenon* jóven y seductora, apareció como una necesidad de situación al partido realista. Este partido no podía elegir una persona mas cumplida para representar uno ú otro papel. Diana de Poitiers no era de seguro mas hermosa, ni madame de Maintenon muger mas superior; pero la jóven objeto de esta cábala tenía la inocencia que faltaba á la primera y la sinceridad y franqueza de que carecía la segunda.

## XXI.

Consecuentes con esta idea, estudiaron la manera de multiplicar para el conde de Artois las entrevistas con la jóven á quien miraba con una predilección paternal. Cuanto menos cómplice era Delfina en esta intriga de la córte, tanto mas fácil y verosímil era la seducción; la mas irresistible de las coqueterías es la inocencia.

Todo parecía conspirar para el éxito del plan de los cortesanos, cuando al fin el conde de Artois, conmovido en la apariencia con la seducción que en su espíritu ejercía tantos encantos, dió á entender que solo la timidez se oponía á la declara-

cion de su afecto. Los cortesanos acudieron en auxilio de su irresolucion hablándole de un matrimonio que conciliaría con poca publicidad su religion y sus deberes de padre y de futuro rey; indicáronle la persona que, segun habían observado ojos inteligentes, merecía su afecto é hicieron de ella un pomposo elogio que suponían ya profundamente gravado en su corazon.

El conde de Artois los oyó sin manifestar extrañeza, acostumbrado como estaba á sus escitaciones para que contragese un matrimonio de inclinacion y de felicidad doméstica. Pero, esta vez como todas, los obsequiosos lisongeros se habían engañado: el conde de Artois había hecho juramento junto á la cama de la moribunda Mad. Polastron, su último amor, que ninguna otra muger ocuparía en su corazon el lugar que ella había ocupado y que estaba dispuesto á dar aquel corazon á Dios. Permaneció religiosamente fiel á ese juramento. Evitó el encontrarse frecuentemente con la hermosa jóven, hacia la cual le habían supuesto otro sentimiento que el de la admiracion. y Delfina jamás tuvo conocimiento de aquella conspiracion palaciega fundada sobre su belleza. Tenía demasiado orgullo para servir de cebo ni aun al corazon de un rey.

## XXII.

Regresé á Paris poco tiempo despues de haberse desbaratado aquella conspiracion cortesana, y ví de nuevo á Delfina y su madre. Esta visita en nada se parece ya al poético cuadro de la aparicion de Terni; el escenario habfa cambiado, pero no las personas; los años la habfan embellecido. La madre y la hija habitaban á la sazón un reducido entresuelo húmedo y bajo de la calle Gaillon, encrucijada de las calles que van desde las Tullerías al boulevard, llena de ruido, de movimiento y de lodo. Todo en aquella morada revelaba la escasa fortuna de la pobre madre.

Dos habitaciones bajas de techo á las que se subía por una escalera de madera; pocos muebles y en mal estado, restos de la antigua opulencia; algunos libros puestos en estantes colgados junto á la chimenea; una mesa sobre la cual se veían las pruebas corregidas de los versos de la hija y de las novelas de la madre, manifestaban con claridad el asídúo trabajo de aquellas dos mugeres, y en el fondo de la estancia, un reducido gabinete de trabajo donde Delfina huía del ruido para oír solo la inspiracion, he aquí todo. Aquel gabinete tenía una puerta que se abría sobre un terrado que mediría doce pasos en contorno, en el cual se veían dos ó tres tiestos de flores enfermizas y me-

dio asfixiadas, que recibían, á la hora de mediodía, un rayo de sol que se abría paso entre dos tejados, y algunos gorriones procedentes de una cuadra vecina que chapoteaban en los charquitos de agua que había dejado la lluvia. Ah! qué diferencia de esto á los arco íris flotando en la atmósfera sonrosada de la cascada del Vellino, y á las colinas entapizadas de laurel de Italia.

### XXIII.

Pues bien, á pesar de lo modesto de la existencia de aquellas dos mugeres, los nombres mas célebres de Francia y de Europa, se agolpaban y se estrechaban en aquel entresuelo. Encontrábanse allí desde Mad. de Récamier hasta los Montmorency y los Chateaubriand. Es condicion y virtud de Paris, el preferir la belleza, la gloria y el recreo á la riqueza y al poder. Allí la atmósfera que se respira es cordial, porque el corazon solo es quien regula y determina la etiqueta.

Al contemplar ó al oír á Delfina, no se podía menos de pensar en aquella *Victoria Colonna*, que fué la noble y casta Aspasia de la Roma moderna, la pasion platónica de Miguel-Angel, el modelo de las Vírgenes de Rafael, en tanto que era, por virtud de sus propias poesías, la feliz rival de Petrarca!

Fuí muy bien recibido por la madre y la hija,

como un amigo á quien se hubiera probado durante veinte años. Nos habíamos visto en una de esas horas de emocion en las que los minutos equivalen á años enteros. Exhalar juntos á la faz de una naturaleza sublime el grito del entusiasmo, es conocerse, es amarse como si se hubiera pasado la vida estudiándose. Hay amistades fulminantes que funden las almas de un solo golpe: tal era la nuestra desde *Terni*.

Visitábalas asiduamente en las horas de la mañana. Hacía algunas semanas que veía frecuentemente en pié detrás del sillón de Delfina, un jóven de corta estatura de seductora fisonomía, á penas salido de la adolescencia. Hablaba poco y no se pronunciaba su nombre; parecía vivir en íntima familiaridad con las dos señoras, como un hermano ó un pariente llegado de un largo viaje, y que vuelve, naturalmente, á ocupar su lugar en la casa.

Dicho jóven tenía los ojos fijos constantemente en Delfina, y le hablaba en voz baja, y ella volvía lentamente su hermoso semblante para responderle ó para sonreírle por encima del respaldo de su silla.

Pregunté á Mad. Gay quien era aquel jóven desconocido cuya fisonomía enérgica y delicada á la par, despertaba involuntariamente la atención y la curiosidad. Respondióme la madre que se llamaba Mr. Emilio de Girardin; me contó su historia y me consultó acerca de algunas ideas indecisas de matrimonio. Respondíle que la fisonomía de

aquel jóven era de aquellas que penetran las tinieblas y vencen y doman la fortuna, y que en el pais de la inteligencia, el dote mas pingüe eran la juventud, el amor y el talento.

Algun tiempo despues, hallándome de regreso en mi puesto en el estrangero, supe que la encantadora aparicion de la cascada había tomado el nombre de Mad. Emile de Girardin.

## XXIX.

Muchos años trascurrieron antes de que tuviese ocasion de volverla á ver. Entre tanto, ella llenó cumplidamente los suyos de ventura, granjeándose una justa celebridad con sus versos. Publicó muchos volúmenes de poesías, novelas, artículos críticos de costumbres que recordaban la pluma de *Addison* ó *Sterne*; tragedias bíblicas, en las cuales tal vez el recuerdo de *Ester* y de *Atalia*, le habían dado alguna semejanza con la declamacion de Racine; comedias en donde la mano de la muger dulcificaba la inofensiva malicia de la intencion, y en fin, las *Cartas parisienses*, su obra maestra, en prosa, verdaderas páginas del *Spectador inglés*, cultivadas con toda su originalidad sobre otro suelo; todas estas obras habían hecho célebre en pocos años á la poetisa y á la escritora. Su juventud había madurado sin perder nada de su brillo, y por una escepcion:

que merecía su carácter, no había perdido ni un solo amigo.

Así la volvemos á hallar despues de la revolucion de 1830.

Esta revolucion perturbó su vida, así como llenó de sobresalto al mundo. La jóven poetisa sintió de rechazo en su felicidad íntima el golpe que derribó una dinastía. Todo está adherido en este mísero mundo; la destruccion de un palacio acarrea la del nido de golondrina adherido á él.

Mr. de Girardin había fundado un órgano político, *La Presse*, poder de opinion que se enumera entre los poderes de hecho. Pero, al mismo tiempo que un diario es un poder, es un torbellino en derredor del cual se agrupan y se entrecuchan las ambiciones, las pasiones, los ódios y las envidias de un siglo entero. La mas espantosa carnicería sobre un campo de batalla es menos repugnante que esa horrible refriega de tinta que mancha á los combatientes de los diferentes partidos políticos en las redacciones que son los talleres de la política. Los nombres se pulverizan entre el choque de las ideas y de los sistemas; y hasta el nombre de una muger como Mad. Stael ó Mad. Roland, puede verse arrastrado, cogido en el engranaje y profanado hasta el insulto ó hasta el cadalso.

Solo Mad. de Girardin se vió libre de esas salpicaduras, debido á la dulzura é imparcialidad de su corazon; nunca quiso tomar parte en la refrie-

ga á fin de obtener el aprecio de los vencedores y de socorrer á los vencidos. Los hombres mas opuestos á la política que sostenía el periódico de su marido, buscaban el encanto de la sociedad de su casa. Esta era como uno de esos territorios que se declaran neutrales durante la guerra entre dos ejércitos, para tratar la paz y amistad futura despues de las hostilidades.

En cuanto á ella, encerróse cada vez mas en la esfera de las letras, como para probar su inocencia en las muertes y heridas que los diferentes partidos se causaban á dos pasos de ella; así es, que jamás se la hizo responsable de las amarguras que la pluma de los escritores políticos derraman en el corazon de los hombres del partido contrario. Algunas veces se mostraba irritada, mas nunca rencorosa.

### XXX.

El asilo que se había formado con su talento poético le fué altamente provechoso. Algun tiempo antes que estallase la revolucion de 1848, se alejó de París, huyendo de la tormenta que se formaba en las almas y cuyos sordos rumores llegaron á sus oidos. Vino á pasar los últimos dias del verano en mi soledad entre las malezas de Saint-Point. Entonces escribió con estro varonil su hermosa tragedia *Cleopatra*, cuyo estilo tiene

la solidéz y el pulimento del mármol. No olvidaré jamás la inspiracion que se reflejaba en su fisonomía, ni la emocion que revelaba su acento cuando nos leía, durante el dia, lo que había compuesto la noche anterior. Estas lecturas tenían lugar por la mañana, á la sombra de un voladizo de musgo, que cubre la cerca de la huerta en declive, desde donde la mirada se cernía sobre un valle, teniendo en frente montañas sombrías; nada turbaba allí el silencio, salvo el sordo murmullo del riachuelo que corría bajo los sauces, el zumbido de las abejas revoloteando sobre las matas de pipirigallo, y el gorgceo importuno de los pardillos posados en las ramas de los árboles. Sus hermosos versos nos hacían desatender todos los ruidos que se producían en nuestro derredor; los insectos dejaban de zumbar al lado de la colmena; su rostro rodeado de madreselva y dulcamara, respiraba mas poesía que sus versos. Estos fueron sus últimos dias de calma; tambien fueron los míos. Algunos meses despues estábamos en medio de las calles, obrando aquella grande evocacion de la razon pública, y aquel gran salvamento de un pueblo despues del gran naufragio de un gobierno.

## XXXI.

Mad. de Girardin era harto romana de cora-

zon para no aceptar la república, al menos como una necesidad de circunstancias ó como una prueba de valor. La república por sí sola era para ella un eco de la antigüedad, era la poesía de los sucesos.

Madama de Girardin no pertenecía á ningun partido preconcebido en política. Si se hubiese dejado llevar solamente de sus instintos, estos la hubieran arrastrado por sus recuerdos y afectaciones hacía la restauracion, porque la mujer pertenece siempre al gobierno bajo el cual fué hermosa.

Había sido bella, feliz, amada é incensada en tiempos de la restauracion bajo la cual brillaron sus mas hermosos dias, y no pudo adherirse al gobierno de julio. Este régimen había muerto hidrónico de prosaismo; comprendía la imposibilidad de coronar á Enrique V; pero tambien comprendía la posibilidad de coronar al pueblo si el pueblo quería ser coronado. La base, el fundamento de la opinion de Mad. Girardin, era la belleza; pertenecía al partido de lo bello en todo. Nada tan hermoso á sus ojos como un gobierno de *Pericles* en Francia, gobierno intentado sin crímenes despues de la caída espontánea de un trono que no tenía tradiciones ni principios. Ese gobierno de *Pericles*, sostenido por la unanimidad de la nacion, aconsejado por los talentos de todas las opiniones, reconciliado en el amor de la pátria comun y presidido robustamente por uno de los mejores ciudadanos regulador tempo-

ral de la república, la sonreía. Así es, que tomaba interés por aquella república naciente, brotando de las ruinas que ella no había causado, para salvar la nación y la Europa. Las facciones burlaron sus esperanzas. La nación no tuvo la paciencia que funda, y deja que se gasten las dificultades por sí mismas; no dejó que se afirmaran las cosas que necesitan tiempo para arraigarse.

Sin embargo, Mad. Girardin mostró una entereza varonil en todas las peripécias de la revolución. Su marido, que había atacado impunemente el primer gobierno de la república, fué encarcelado por el segundo. La esposa se mostró sublime de angustias, de ternura, de súplicas, de amenazas y de elocuencia reivindicando la libertad de su marido, ó el calabozo con él. Todo cedió fácilmente á sus lágrimas; el gobierno de entonces cometió errores y fué arrebatado, pero no cruel. En las últimas convulsiones de la república moribunda, Mad. de Girardin, se manifestó no menos resuelta ni menos constante. Las sacudidas habían conmovido su vida pero no su alma; estaba á la altura de todo hasta del destierro. Madama Roland no hubiera sabido morir con mas dignidad por su honor de esposa y por su honor de poetisa.

## XXXII.

A partir de este dia cerró su corazon á las ilusiones y se privó del trato de las gentes, reservándose solo un corto número de amigos sin distincion de fortuna. Trabajó, no ya por la gloria sino por necesidad. Mostróse orgullosa de poder encontrar la satisfaccion de sus necesidades en su trabajo ya que no tenía riquezas.

Grandes éxitos sobre la escena fueron la recompensa de su valor; preparábase en silencio, otros mas importantes y de mas larga duracion. Su talento observador y penetrante urdía uno de esos grandes dramas que su mano segura tenía el don de anudar y desenlazar magistralmente. Al efecto, estudiaba á Balzac, ese Moliere inagotable de la novela. Sus salones, tan concurridos en otro tiempo, habíanse trasformado en el taller de una grande artista.

Veíasela allí casi siempre sola, con la pluma en la mano, las megillas pálidas ó demasiado encendidas por el fuego de la composicion. Dejábalo todo para conversar con una libertad y una vivacidad de inteligencia que hacían que su conversacion fuese el mas agradable de sus talentos. Siempre alegre, nunca cruel, jamás se permitía chanzas sangrientas. Tenía un corazon arrebatado pero bueno; lo cual daba mayor franqueza

á su amistad; y nunca estaba uno mas seguro de su sinceridad, que al experimentar sus pasajeros arrebatos. No sabía adular ni aun á sus amigos.

Aquellos que como yo la vieron en sus últimos tiempos, sorprendíase al ver el carácter solemne, majestuoso y sereno que había adquirido su belleza con los años. Se parecía á *Niobe*, aquella madre desconsolada del paganismo. Lloraba los hijos que no había tenido. Un hijo adoptivo satisfacía sus instintos de maternidad. Hubiera sido una madre admirable para un hijo; lo hubiera amamantado con la leche de la leona, porque el rasgo dominante de su carácter era el heroísmo.

## XXXIII.

Nada anunciaba que hubiese entrado en su período de decadencia, la exuberante vida que traspiraba por todos los poros de su ser. Conservaba su cabello espeso y rubio, la morbidez de sus brazos, su fisonomía tan delicada y su mirada en la que resplandecía la luz de su alma; sin embargo, el gusano se ocultaba en su corazón. Había ido una temporada á tomar aires á los bosques de Saint-Germain.

De pronto se supo que se moría.

Trasladada de Saint-Germain á París, para morir donde había cantado y amado, detúvose un momento sobre la pendiente del sepulcro. Las

puertas de su casa, situada en la avenida de los Campos-Elíseos, abriéronse de par en par para algunos amigos. Yo era del número de los escogidos, y acudí presuroso.

La última vez que la visité, hiciéronme entrar en un saloncito del piso bajo de la casa. En él se había retirado la enferma huyendo del ruido de los obreros que renovaban las habitaciones y el jardín. Allí encontré un jóven escritor de alma sensible y de inteligencia superior, que no se avergüenza de confesar lo que ama y lo que admira, Paulino de Luisayrac, y á una mujer que ha perdido su sexo en la refriega de los ingénios, como las heroínas del Tasso; Mad. Sand. Encontrábanse solos envueltos en la penumbra del aposento de un enfermo; hablaban bajo, y sus fisonomías expresaban ese sentimiento complejo de la amistad que pretende tranquilizar, y de la compasion que sufre y que duda. Admiraba yo la casualidad que reunía en aquel reducido aposento, cuatro almas de naturaleza tan diversa casi desconocidas las unas de las otras, pero cada una de las cuales ejercía un imperio en el exterior sobre una region de la inteligencia humana.

Aquellas soberanías de la inteligencia ocultas bajo humildes trajes, parecían olvidarse de su talento delante de aquella moribunda, para no sentir mas que su alma. Cuando la vida se estingue desaparecen con ella las pequeñas pasiones, y solo quedan grandes pensamientos bajo el nombre de hombres ó mujeres que sacuden el polvo de la tier-

ra y que se abisman en la nada ante la faz de Dios. Junto al lecho de un moribundo no se cuentan ya los siglos solo existe la eternidad.

## XXXIV.

A pesar del frio de la estacion, habíase dejado abierta una gran puerta vidriera que daba salida á un patio pequeño cerrado de altas paredes. En medio de aquel patio veíase una fuente de mármol blanco que destilaba melancólicamente un chorrito de agua: la lluvia, semejante á la niebla derretida, caía fria y sin ruido sobre las losas produciendo la misma tristeza en el alma que la que aparecía en el cielo.

La enferma estaba rescostada sobre un canapé colocado al aire libre cerca del dintel de la puerta, entre la habitacion y el patio, á fin de que el viento frio y el murmullo del agua, la permitiesen aspirar con desahogo el aire que faltaba á sus pulmones.

No la encontré muy cambiada; había enflaquecido durante su estancia en Saint-Germain, pero el encendido color de sus mejillas, la viva brillantez de sus ojos, la calma que aparecía en su fisonomía, y el timbre natural de su voz, me hicieron formarme la ilusion de que asistía á su convalecencia. La conversacion fué alegre, lijera y afectuosa, tal como debe ser á la cabecera de

un enfermo que recobra la vida, y al cual solo deben ocasionarse esas emociones dulces que conmueven el corazón y la inteligencia y que mecen el alma suavemente en ese segundo lecho de la muerte.

La enferma tomó parte en la conversacion con esa elasticidad de sentimientos y de palabras que ocultan como una máscara de expansiva jovialidad la profunda tristeza del alma. Abreviamos la visita por temor de cansarla, y nos separamos de su lado uno tras otro, sin ruido, como amigos discretos que tienen una lisonjera esperanza, y que temen perderla al comunicársela recíprocamente. Esta fué la última congoja de nuestro corazón y nuestro último apretón de manos. Al día siguiente supimos con doloroso estupor, que había fallecido sin lágrimas y con entereza, entre los pesares que dejaba en la tierra y las esperanzas que, desde mucho tiempo, tenía puestas en el cielo.

## XXXV.

Cuando la noticia de su muerte se difundió por París, todo el mundo se imaginó que el nivel de inteligencia, sentimiento y gloria de nuestro siglo, había bajado en una noche todo lo que marca un alma grande. Aquellos que solo la conocían de nombre, la lloraron; los que la amaban no se consolarán jamás.

Sus funerales fueron el triunfo del dolor público. Tristes los salones donde nuestra época había gozado del encanto de su conversacion, y sobre todo de su bondad, los patios de la casa, el jardin y hasta la avenida de los Campos-Eliseos no eran suficientes para contener el inmenso concurso de hombres de corazon y de hombres célebres que se reunieron sin concertarse junto á su féretro. Cada uno llevó su tributo en un recuerdo, un deleite, un respeto, casi un agradecimiento; mas ninguno un sentimiento de amargura.

Solo á un hombre había ofendido en toda su vida, y esto por defender á su marido. Deben borrarse aquellos versos de sus obras, porque ni aun la mas insignificante venganza debe subir con nosotros al cielo. Pero, en realidad, la cólera santa del amor, ¿es una venganza ó una virtud en el corazon de una esposa? Si embargo, borradlos. Esa pieza rota de un arma política no está en su lugar sobre la losa que cubre la sepultura de un poeta, menos todavía sobre la de una muger. Toda su vida la pasó agradando, amando y perdonando; que su memoria sea como su vida.

## XXXVI.

En una carta adjunta á su testamento y que me fué remitida por su hermana, se encuentra una

súplica y una acusacion dirigida contra mí, la cual me sería muy sensible si creyese haberla merecido. «Rogad, decía á su albacea testamentario, «á Mr. de Lamartine que termine mi poema *La Magdalena*, al cual faltan algunos cantos, y es «de todas mis obras poéticas aquella que quisiera «unir mas estrechamente á mi memoria. Espero «merecer ese obsequio del recuerdo que tendrá «de mí. Mucho he confiado en otros tiempos de la «amistad que Mr. de Lamartine me profesaba. «Siempre lo encontré amable y bueno para mí, «pero nunca pude congratularme con su completa «adhesion. Esta frialdad ha sido mi primer des- «contento en la vida. Cuando haya fallecido, no «creo que desoiga esta última súplica de mi co- «razon.»

Desgraciadamente este ruego llega demasiado tarde para ser oido; la sávia de los buenos versos se seca con la primavera como la de las flores. Aquel poema empezado por una mano y terminado por otra, solo sería un lúgubre concierto de dos voces, una de las cuales ha muerto y la otra está apagada. Aquel poema religioso, habrá de ser concluido por ella en el cielo; si yo lo tocase empañaría el brillo de su color,

Y en cuanto á la cariñosa acusacion que me dirige desde el sepulcro respecto á la frialdad y á la decepcion de mi amistad, sería para mí un cargo que me ocasionaría remordimientos si no fuese una mala inteligencia de nuestras dos existencias. Durante la juventud, nuestros cora-

zones llenos de otros sentimientos, solo podían encontrarse en esas aficiones de la inteligencia algo tías que tienen la temperatura de las conveniencias, pero no el calor de las grandes aficiones. Mas tarde, la política de su hogar, que no fué siempre la mia, impuso reservas recíprocas á nuestra intimidad. La ví de tarde en tarde, como se vé durante una tregua á una amiga de otro campo, entre uno y otro combate. Los respetos á mi propia causa no me permitían asistir con frecuencia á sus salones. Su nombre se confundía con el de un hombre eminente por sus ideas. benévolo muchas veces conmigo, pero hostil otras á mis amigos.

Mas esta reserva que me impuse, nunca menoscabo la amistad real, constante y cariñosa que la profesé; y cuando nos volvamos á encontrar en la esfera de los afectos sin sombra y de las amistades eternas, se convencerá de que no ha dejado gravada en persona alguna, al abandonar el lodo de la tierra, una imágen tan viva de sus perfecciones en la memoria, una estimación tan pura de su carácter en la inteligencia, un vacío tan sentido en el corazon y una lágrima tan ardiente é inagotable en los ojos, como la que ha dejado en la memoria, en la inteligencia, en el corazon y en los ojos de Lamartine.

Pero reanudemos la conferencia literaria que esta lágrima ha interrumpido demasiado tiempo.

# TERCERA CONFERENCIA.

## FILOSOFÍA Y LITERATURA DE LA INDIA PRIMITIVA.

### I.

La palabra literatura en su significacion mas universal comprende la religion, la moral, la filosofia, la legislacion, la política, la historia, la ciencia, la elocuencia, la poesía; es decir, todo lo que santifica, civiliza, enseña, gobierna, perpetúa y encanta al género humano.

Lo que santifica al hombre ocupa indudablemente el primer lugar en la literatura de todos los pueblos.

Los mejores libros son los mas santos y los

mas santos son los mejores. El asunto exalta e génio; el hombre se diviniza hablando de la divinidad.

## II.

Sorpréndenos que los filósofos al tratar de dar una definicion del hombre no hayan encontrado desde luego la siguiente: EL HOMBRE ES EL SACERDOTE DE LA CREACION. Este es con efecto el carácter que distingue al hombre. Busca á Dios en la naturaleza como el grande, el eterno secreto de los mundos; cree, adora y se postra en oracion. Hé aquí las tres funciones principales que se refieren á la eternidad; las demás son secundarias y solo se refieren al tiempo.

Esas tres funciones del hombre SACERDOTE DE LA CREACION, le han sido impuestas forzosa y gloriosamente por su naturaleza. No depende de él el abdicarlas.

Os homini sublime dedit, *cælumque tueri.*

Jussit?

Los índios tienen entre sus proverbios una imágen que espresa pintoresca y físicamente esta verdad: *Hácia cualquier lado que inclineis la antorcha, su llama se endereza y sube al cielo.*

## III.

• El primer pensamiento del hombre literato en medio de la naturaleza ó de la sociedad es el buscar el autor de su ser para tributarle el homenaje de amor, de respeto, de adoracion ó de virtud que le es debido.

Su segundo pensamiento es concebirle, imaginársele y definirle con las voces mas sublimes que la fuerza de su deseo y la flaqueza de su inteligencia, comparada con el infinito, puedan prestar al hombre para representarse á su Creador.

Su tercer pensamiento es el componerle un acto de fé y erigirle un culto; su cuarto pensamiento es el deducir de aquella fé, de este culto y de su propia conciencia, una moral ó un código del bien y del mal, conforme lo mas aproximado que le es posible á la idea que el hombre se ha formado de lo que agrada ó desagrada al Ser de los seres.

Esto es lo que se llama la teología, la religion, el sacerdocio, la moral, la filosofía de un pueblo.

La teología, ciencia de Dios y del alma, es la primera y la última de todas las ciencias, aquella que lo empieza todo, lo acaba todo, lo contiene todo.

Si una sola palabra sagrada pudiese espresar á Dios, las relaciones del hombre con Dios y las

de Dios con el hombre, todas las lenguas y todas las literaturas humanas morirían sobre sus labios; nada les quedaría que decir por haberlo dicho todo!

Los libros sagrados de los grandes pueblos son el depósito de su teología; esto es la literatura de su alma. Vamos á esponer á vuestra vista algunas páginas de los libros sagrados de la India, los primeros monumentos literarios y teológicos que su antigüedad nos permite ver por entre la espesa bruma de los tiempos.

Pero antes debemos decir lo que pensamos del origen de las teologías, de las religiones, de las morales y de las filosofías de la tierra en aquellas épocas prehistóricas de la humanidad. No serán conclusiones sino opiniones. En estas materias que no tienen mas solución que la fé, en las que todo está abandonado á las conjeturas, lo verosímil es la única aproximación á la verdad; cuando no se puede probar se imagina.

#### IV.

Los filósofos de la India son espiritualistas por excelencia. En nada se parecen á los filósofos materialistas del duodécimo siglo, ni á los filósofos terrestres de la perfectibilidad indefinida del hombre sobre este globo. Su edem, como el de los cristianos, existió en el pasado.

Han formado desde hace algun tiempo en Europa, en Alemania y sobre todo en Francia, una escuela de filosofía bien intencionada pero demasiado soberbia. Llámase filosofía de la perfectibilidad indefinida y continúa de la humanidad aquí abajo. Estamos muy lejos de negar la tendencia orgánica y santa del progreso en todo, que es la fuerza centrífuga de la inteligencia humana. Esta fuerza le imprime el movimiento como la centrífuga de los planetas imprime á los astros su rotacion; pero los astros no progresan indefinidamente, sino que giran sobre su eje inmóvil y dentro de órbitas fijas. El movimiento y el progreso son pues dos cosas en el cielo; ¿no podría ser lo mismo en la inteligencia humana?

Digamos una palabra de esta teoría á propósito de la filosofía India.

## V.

Los filósofos de la perfectibilidad indefinida y continúa, con tanto querer engrandecer y divinizar á la humanidad en lo que llaman el porvenir, la degradan y envilecen hasta la condicion del bruto en su origen y en su pasado. Si se considera la idea que han concebido y que nos quieren hacer concebir del hombre en sus dias primeros, el verdadero nombre de su filosofía no sería ni el espiritualismo, ni el deismo, ni el pan-

teísmo, ni siquiera el materialismo; sería el *vegetalismo*. Antes de entrar en la contemplación de la teología primitiva de la India, permítasenos confesar con el mismo derecho que lo hicieron aquellos filósofos, una filosofía diametralmente opuesta, hija de nuestras conjeturas y de la historia.

Seducidos por algunas analogías científicas, muy dudosas todavía, que les muestran en el trabajo subterráneo de los elementos que componen nuestro pequeño globo y en algunos esqueletos de animales antidiluvianos, restos de elaboración progresiva y del perfeccionamiento supuesto ó verdadero de las especies, estos filósofos han establecido conclusiones desde la materia al alma y desde la piedra al hombre. Han soñado que en el origen de las cosas y de los seres, el hombre solo fué una *tumefacción* de lodo calentada por el sol, luego dotado de un instinto que le obliga al movimiento sin impulsión, después de algunos miembros rudimentarios que una inteligencia sorda y obtusa separaba sucesivamente del lodo para crearse órganos á sí misma, y por último de la forma humana, esforzándose todavía durante millares de siglos por desprenderse del limo que resistía al movimiento, dotándole finalmente del instinto, ese crepúsculo del alma; de la razón, ese resumen reflejado del instinto; del balbuceamiento, ese preludio de la palabra; y en suma, de todas esas maravillosas facultades que hacen hoy día del hombre la miniatura abreviada y precedera de un Dios.

## VI.

Singular sistema, que para fundar una teoría de perfectibilidad sin límites, comienza por semejar á un bruto á la criatura que quiere ennoblecer; que deshereda á Dios de su obra mas divina; que toma por creador, en lugar de Dios, un puñado de fango en un pantano, un poco de calor pútrido en un rayo de sol, un poco de movimiento sin objeto obtenido de los vientos y de las olas, luego un instinto prestado á una potencia sorda y vejetativa, una inteligencia tomada al tiempo que todo lo desarrolla y destruye. ¡Y todo esto para prescindir de Dios ó para relegarlo en el abismo *de la abstraccion y de la inercia!*

Pero ese fango, ese rayo, ese movimiento, ese poder vejetativo ¿quién los había creado antes de que vuestra humanidad fangosa se desprendiese de la inmunda marisma? ¡Sublime imaginacion de larva sería la que formase una creacion, un hombre y un Dios á su imágen!

¡Sombra de los sueños!

Sueño por sueño nos gustaría mas soñar con los Brahmanes, aquellos teólogos filósofos de la India primitiva; aquellos precursores de la filosofía cristiana: preferiríamos soñar que el Creador, no menos sábio poderoso y bueno ahora que en aquel entonces, ha creado desde el primer dia

todos los seres y toda raza de seres en el grado de perfeccion que contiene la naturaleza de esos seres ó de esa raza de seres en la economía divina de su perfecto plan. Gustaríanos mas soñar imaginar y creer que el hombre estuvo mejor dotado y fué mas perfecto en su juventud que en su caducidad; gustaríanos mas soñar imaginar y creer que el hombre, recién salido de las manos de Dios de las que acaba de *caer*, impregnado todavía del resplandor de su aurora, instruido por la revelacion de sus instintos intelectuales, provisto de una ciencia innata mas necesaria y mas estensa, de una lengua mas espresiva del verdadero sentido de las cosas, vivia en la plenitud de la vida de belleza de virtud y de bienestar, *Apolo de la naturaleza*, ante el cual todas las demás criaturas se inclinaban con amor y admiracion.

Preferiríamos soñar imaginar y creer, que el hombre, dotado en aquella época de una libertad misteriosa sin la cual nada sería en él activo y meritorio, habría abusado de aquella libertad moral para pecar contra su Creador y contra su destino; que aquella falta y aquella caída inmediata habría tenido por resultado una degradacion y una espiacion de la especie humana; que las tinieblas de la inteligencia se habrían hecho entonces mas caliginosas á sus ojos, no dejándole entreveer durante mucho tiempo sino reflejos y memorias confusas de su estado primitivo.

Gustaríanos mas soñar imaginar y creer, que esa misma libertad, origen de su caída, puede le-

vantarlo laboriosamente hasta su apogeo como criatura, no inocente, pero perdonada y rehabilitada; que las tinieblas, el trabajo, los esfuerzos, las miserias, los dolores y la muerte son las condiciones del estado presente de la humanidad, y que la luz, la felicidad y la inmortalidad son la senda de su rehabilitacion.

Sobre todo, nos causaría sonrojo el soñar imaginar y creer que Dios, cual obrero torpe é impotente, no supo crear desde luego al hombre en toda la plenitud de su humanidad; que el Todopoderoso trabajaba á tientas como un ciego cuando amasaba el barro, y que despues de haberlo bosquejado en los pantanos diluvianos de la tierra encomendó, no sé á qué fuerza oculta, el trabajo de animarlo y de convertirlo en hombre...! Francamente, esta filosofía que hace un Dios progresivo, hace por la misma razon un Dios absurdo. Creeríamos blasfemar si participásemos de ella. Quien dice Dios, dice perfeccion y eternidad.

## VII.

En cuanto á la perfectibilidad indefinida y continúa del hombre, aun en el caso de que este progreso ó este crecimiento indefinido del hombre y de la humanidad no estuviese desmentido por el buen sentido, por la historia y por la tradicion, lo estaría por la naturaleza, por la misma orga-

nizacion del hombre, y por las proporciones del globo que habita. El hombre divinizado, perfeccionado indefinidamente é inmortalizado sobre la tierra en la felicidad y en la vida, es contrario á todo cuanto conocemos y podemos afirmar de la constitucion fisica del hombre.

Muy luego lo veremos en las investigaciones sobre la prodigiosa antigüedad de los *Vedas* ó libros sagrados primitivos de la India, y tambien en los de la China. Hace ya muchos siglos que el hombre existe. Libros tan antiguos como los cimientos del Himalaya nos hablan del hombre, de sus sentidos, de sus fuerzas, de su estatura, de su estado físico y moral. La tierra el mar la piedra se entreabren para esponer á la luz del dia, bajo las tiras estrechas de tela de algodón que envuelven las mómias ó en los sepulcros de mármol, los esqueletos de los hombres que vivian sobre la tierra antes de que el mismo mármol se formara. ¿Dónde están en aquellos libros; en aquellos vestigios en aquellos esqueletos del hombre primitivo las pruebas ó los indicios siquiera del menor progreso en la construccion física de la humanidad? ¿Qué sentidos faltaban á los hombres de las primeras edades? ¿Qué sentidos tienen mas que aquellos los hombres de nuestra edad? ¿Encuétrase acaso un nérvio una fibra una uña un músculo una articulacion que haga diferente al hombre de ayer del hombre de hace cuatro mil años? Demostradme solamente que vuestra naturaleza,

eternamente progresiva, ha dado con el trabajo de esa prodigiosa série de siglos, un órgano, un dedo, un diente, un cabello, mas á su criatura privilegiada, una sola línea á su estatura, un día á la duracion de su vida... No, nada le ha dado, ni un solo átomo de materia organizada para sus funciones: tal como es tal ha sido y tal será, arrojado como un poco de arcilla pesada por la misma mano en el mismo molde.

## VIII.

Luego si los órganos no han cambiado ¿cómo han podido cambiar las facultades que resultan de estos órganos y que están limitadas por ellos? Una nueva facultad supone un nuevo sentido; ¿dónde está ese nuevo sentido? Un destino progresivo en espacio hubiera supuesto un destino progresivo en tiempo: ¿qué tiempo ha conquistado el hombre? «El hombre vive pocos dias», decía Job hace muchos siglos, «y esos dias son malos» ¿No decimos esto mismo nosotros?

## IX.

A esto se contesta: pero la perfectibilidad indefinida proporcionará al hombre una duracion

de vida mas larga. Aun suponiendo que eso fuera posible, el hombre en el momento de volver al seno de la tierra por la muerte, se lamentaría y con razon de lo breve de su vida; porque todo lo que acaba es breve para el pensamiento que anhela y sueña la inmortalidad.

Pero los filósofos que afirman el progreso de la vida humana en su duracion olvidan tambien que todo está coordinado en el plan divino, el cual tiene señalado al hombre una duracion de vida en relacion esacta con el número de hombres que han vivido ó que deben vivir á su lado, antes ó despues de él sobre la tierra; que el espacio de este pequeño globo no se dilata á voluntad de los sueños orgullosos de los utopistas de la perfectibilidad indefinida; que la fecundidad de su superficie tampoco lo es en la produccion de alimentos necesarios á la existencia del hombre, que si una generacion prolongara indefinidamente su vida y multiplicara en proporcion su raza sobre la tierra, por una parte esa generacion sin fin y sin límites encontraría muy luego hasta estrecho este globo para su número y la satisfaccion de sus necesidades, y por la otra ocuparía en el espacio y en el tiempo el lugar de las generaciones por nacer, y con este privilegio de vida condenarían á permanecer en la nada á los que estuviesen predestinados á vivir.

La imaginacion se pierde en abismos de consecuencias absurdas siempre que nos separamos de la realidad, queriendo sustituir al plan incomprendible, pero visible de Dios, la vanidad y las

X.

Pero si la naturaleza dá, por medio de todos sus constantes fenómenos, un mentís evidente á la teoría de la perfectibilidad indefinida de la humanidad sobre la tierra, la historia no desmiente menos en todas sus páginas semejante alucinacion de nuestro orgullo.

¿Qué testimonio vivo nos dá la historia de esta permanencia y de este crecimiento indefinido de luz, de virtud, de civilizacion, de felicidad sobre la tierra, disfrutada por las razas que nos han precedido? ¿Dónde está la perfectibilidad visible en aquellas razas que han pululado en tribus, en naciones, en dominaciones sobre este globo desde los tiempos históricos? ¿Cuál ha sido la raza que no ha seguido el curso regular de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte de esas colecciones de hombres y del mismo hombre sometido á los cuatro fenómenos de la vida, nacer, crecer, envejecer y morir? Este globo no es en todas partes, sino un osario de civilizaciones sepultadas. La historia que es el registro del nacimiento y defuncion de esas civilizaciones nos las muestra en todas partes naciendo, creciendo, deteriorándose y muriendo con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, las lenguas y los

imperios, que han fundado por un momento aquí ó allí á su paso por este globo. Ni una, ni una sola se ha librado hasta ahora de las vicisitudes orgánicas de la humanidad. El tiempo no se ha detenido para nadie. Se ha dicho: el curso del tiempo, por que trae y lleva incesantemente las cosas mortales.

## XI.

Estas razas nos han dejado en su paso ya en sus libros ya en sus monumentos hoy arruinados, algunos vestigios de su ciencia y de su fuerza, que atestigua cuando menos su igualdad con nosotros. Y esto es tan cierto cuanto que siempre que hablamos de una cosa superior en sabiduría, en virtud, en fuerza, y en belleza moral ó material, decimos: *esto es antiguo*. ¿Qué razon tenemos para prejuzgar mejor nuestro destino, que el de esas grandes existencias que se eclipsaron? ¿Dónde están las pruebas? ¿Dónde, siquiera los indicios? Escepto en algunas industrias puramente mecánicas que cambian el modo de ser de una civilacion sin cambiar su fondo; ¿donde se manifiestan los síntomas tangibles de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?

¿Acaso en las ideas? Nuestro pensamiento no profundiza mas que el de Job; no reflexionamos con mas grandeza que Platon; nuestros cantos no son mas divinos que los de Homero; nuestra palabra no es

mas elocuente que la de Ciceron; no moralizamos mas racionalmente que Confucio; no resumimos nuestra sabiduría en proverbios substanciales mejor que lo hizo Salomon.

¿Es acaso en las pasiones? Nó, porque tenemos las mismas que nuestros padres, los mismos órganos y la misma lucha entablada con nosotros mismos por la naturaleza, entre la razon que es el instinto del alma y las pasiones que son el instinto de la materia, destruyéndose en nosotros con la misma frecuencia que se destruyó en ellos el equilibrio, incesantemente destruido por el mal é incesantemente restablecido por el bien para destruirse de nuevo.

¿Es acaso en los libros, esos monumentos escritos del pensamiento de los pueblos? Si hemos de juzgar por los sublimes fragmentos que la China, la India primitiva, Grecia y Roma nos permiten descifrar, nada vemos que sea inferior en esos monumentos escritos á las páginas de nuestra edad media oscurecida por las tinieblas, y de nuestros dos ó tres últimos siglos crepúsculo del renacimiento del pensamiento. Las cenizas de la biblioteca de Persépolis ó de Alejandría solo nos ha dejado algunas chispas; pero estas chispas dan testimonio de haber existido un hogar tan luminoso como el de nuestra jóven Europa.

¿Es acaso en el arte? El Egipto, la Siria, las Indias, el Parthénon, Fidias, los broncees, las estátuas, las medallas y los vasos etruscos nos dan la respuesta. El constante esfuerzo de nuestras

artes modernas es remontarse á esos tipos de la belleza en la arquitectura y en la escultura; y como las artes se nivelan ordinariamente en una misma época, todo hace presumir que las artes de la inteligencia igualaban en perfeccion á aquellos que por ser de una materia mas sólida han podido llegar en obras maestras hasta nosotros.

¿Acaso en las instituciones? Todavía fluctuamos, como en la antigüedad, entre cinco ó seis formas políticas de gobierno enumeradas por Aristóteles; formas que luchan entre sí y que se suceden las unas á las otras con la misma impotencia de duracion y estabilidad. El encarnizamiento de los pueblos europeos buscando mejores formas de gobierno ó de sociedad atestigua el trabajo y la inquietud de la inteligencia que se agita en un perpétuo esfuerzo.

¿Acaso es el respeto de la vida humana? Jamás la ambicion, la gloria ó la conquista han derramado tanta sangre como la que se viene derramando desde hace sesenta años. El nombre de Napoleon, llamado el grande, ha costado millones de vidas en menos de veinte años; y tanta sangre vertida no ha ocasionado mudanza en un límite ni en una idea en Europa. Las generaciones han sido segadas en flor, antes de llegar á la madurez. He aquí todo el progreso.

Por último; ¿és acaso en materia de felicidad pública? Preguntádselo á ese constante gemido que sale del seno de las masas. La misma medida de sufrimiento y de bienestar parece ser la

herencia de los pueblos; solamente que la suma de felicidad está repartida con mas equidad desde la abolicion de la esclavitud y del feudalismo. Pero ¿dónde está abolida la esclavitud? En una pequeña porcion de Europa, donde el proletariado la ha reemplazado. La barbarie, el despotismo y la esclavitud ocupan todavía la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

¿Será en materia de felicidad individual? La palabra progreso en la felicidad, brama de verse junta con la inmutable condicion del hombre sobre la tierra. En tanto que el hombre no perfeccione sus órganos, no venza el sufrimiento físico y moral, no prolongue su vida siquiera una hora, ni prolongue la existencia de aquellos á quienes ama; en tanto que sea lo que és, un insecto que se arrastra sobre los sepulcros buscando el suyo para dormir en las tinieblas ¿quién será el nécio que se atreva á hablarle de los progresos de su felicidad? Esta palabra solo es una ironía del lenguaje dirigida al hombre. ¿Qué felicidad es esta que se cuenta por dias y por semanas y que se dirige por minutos hacia su catástrofe final, la muerte? El progreso de la felicidad para este ser es el progreso cotidiano hacia el sepulcro. Luego ¿qué es el progreso en la felicidad para una raza en la que cada ser camina á su suplicio próximo é inevitable?... Trasformar en zambra y en alegría esta eterna procesion hacia la muerte, es algo mas que engañar, es burlarse de la humanidad.

La filosofía de la perfectibilidad continua é in-

definida no es pues solamente una ilusion, es la irrision de la especie humana.

## XII.

Pero se dirá todavía, Dios, que no engaña jamás, ha puesto en el hombre esa levadura, esa irresistible aspiracion, esa esperanza secreta y obstinada del perfeccionamiento indefinido de su especie. Todo instinto es una profecía; esta profecía es pues, divina; implica un deber para el hombre y está destinada á realizarse sobre la tierra.

No negamos, y hay mas, hasta adoramos ese instinto natural ó sobrenatural que conduce al hombre á esperar contra toda esperanza un perfeccionamiento indefinido. Creemos que ese instinto ha sido, en efecto, dado al hombre por su Creador para un doble fin; desde luego, como una impulsión divina hacia el trabajo durante su vida, á su perfeccionamiento individual, perfeccionamiento cuyo objeto habrá de alcanzar en el otro mundo, y no en este. Aquí está su taller, en otra parte su descanso; aquí debe caminar, en otro mundo es donde llega.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado al hombre este instinto de perfeccionamiento indefinido como una impulsión hacia el sacrificio meritorio que todos debemos á nuestra raza, á

nuestra familia humana, á nuestros hermanos en el bien y en el mal, á nuestra patria y á la humanidad: interesarnos en la suerte comun de nuestra raza y trabajar con desinterés en su suerte futura, que no hemos de ver, es el concurso meritorio, es el sacrificio de la parte al todo, del ser á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano; es el deber, la virtud, el sacrificio, la belleza moral. El egoista nace solo para sí, el hombre colectivo nace para sus semejantes; dedicarse enteramente al perfeccionamiento relativo ó absoluto, limitado ó ilimitado, finito ó indefinido, local ó universal, pasajero ó eterno de sus semejantes, es pues el deber, es la virtud.

Luego para que el hombre de bien aceptase voluntariamente ese penoso deber, era necesario que hubiese en él una secreta conviccion de la utilidad de su sacrificio por su familia terrestre, era necesario que creyese vagamente en la posibilidad de servir, de mejorar, de perfeccionar la suerte comun. Esta conviccion íntima, que es una ilusion tratándose de un progreso indefinido y absoluto de la especie, no es en manera alguna, una decepcion si se trata del mejoramiento relativo, local, temporal de una parte de la humanidad. El progreso indefinido y continuo es una quimera desmentida en todas partes por la historia y por la naturaleza; pero el perfeccionamiento relativo, local y temporal, está probado como una verdad.

## XIII.

En efecto, vemos en todas partes una raza humana caída en la ignorancia y en la barbarie, salir de este estado para remontarse á las regiones de la luz, de la civilizacion, de la virtud y del poder; llegar mas ó menos trabajosamente á la perfeccion relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religion superior; permanecer mas ó menos tiempo en este punto culminante antes de volver á bajar; luego derrumbarse por la fragilidad irremediable de la naturaleza humana, deteriorarse, corromperse, decaer, morir, desaparecer dejando, como el individuo mas perfeccionado, solo un nombre y una pulgarada de ceniza en el lugar donde existió. La humanidad sube y baja incesantemente en su camino, pero no indefinidamente; hé aquí el error de los filósofos de la perfectibilidad indefinida.

Luego no es dudoso que en el trabajo de ese desarrollo relativo de una nacion ó de una sociedad, ambas están real y santamente servidas, secundadas, asistidas y glorificadas por el sacrificio de los hombres superiores ó de los hombres secundarios que forman parte de ellas. El pensamiento de uno solo es la levadura de una multitud, la virtud de uno solo santifica á la muchedumbre, la sangre de uno solo redime toda

una raza; el mas grande ó el mas humilde sacrificio salva ó engrandece todo un siglo. La sociedad humana vive por el sacrificio de sus miembros en provecho comun. ¿Quién se sacrificaría si creyese inútil el sacrificio? Era necesario, pues, que el hombre tuviese el instinto de la utilidad y de la santidad del sacrificio: solamente que algunos creen sacrificarse en pró de una perfeccion y de un bienestar indefinido sobre la tierra, y otros creen sacrificarse á un perfeccionamiento relativo, local y temporal aquí abajo; este es el secreto del instinto que nos mueve á buscar el mejoramiento de nuestra especie; instinto ilusorio en unos, real en otros, meritorio en todos.

Pero aquellos que, como nosotros, no se hacen ilusiones de progreso indefinido en materia de inteligencia y felicidad sobre la tierra, están convencidos de que el menor trabajo y el mas obscuro sacrificio por la humanidad, aunque limitado por la naturaleza de las cosas mortales, no serán perdidos para el *ser humano*, y que interrumpido aquí abajo por la condicion perecedera de las cosas humanas y por la muerte, este progreso aprovechará en otra parte en las regiones de la eternidad, del absoluto, del infinito.

#### XIV.

Acontece con este instinto del progreso y de

la felicidad indefinida de la humanidad sobre la tierra lo que acontece con otro instinto que Dios ha dado invenciblemente al hombre; instinto que sabe es perfectamente ilusorio aquí abajo, y que sin embargo, le empuja tambien invenciblemente á dirigirse sin cesar hacia un objeto al que no se acerca nunca; nos referimos á la felicidad completa y permanente sobre la tierra.

¿Cuál es el hombre que no conoce la falacia de este instinto, y que sin embargo no se deje engañar por él? Mas era necesario en el plan divino que este instinto de felicidad perfecta sedujese al hombre para hacerle soportar la existencia y para que siguiera paso á paso en la vida al camino de la eternidad. Sin este instinto, el hombre se detendría al primer paso, sentaríase en el camino oculto el rostro entre las manos esperando inmóvil la muerte, ó adelantándose á ella por medio del suicidio. Esta aspiracion á una felicidad que no existe en la tierra, es el muelle que dá impulso á la vida y movimiento á la actividad humana. Este instinto es, como el del perfeccionamiento indefinido, de la especie, una mentira aquí, una verdad mas lejos. No debe tenerse fé en él en lo que respecta á este mundo, pero debe creérsele en lo que respecta al otro. Es un faro puesto en la playa donde solo abordamos despues del naufragio de la vida. Creemos ver ese faro á pocos cables de distancia de nosotros sobre este globo flotante, pero en realidad brilla en otra esfera; nos conduce engañándonos hácia el perfec-

XV.

Decíamos hace algunos días: «Esta filosofía moderna de la perfectibilidad indefinida de la humanidad aquí abajo, es una burbuja de aire coloreada á los ojos del niño que la infla con su aliento. No resiste ni al razonamiento, ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza. Es la paradoja del dolor, de la miseria y de la muerte; es un reto á toda realidad. Es preciso no haber leído seriamente ni una página de los anales de los siglos, ni una página de su propio corazón, para deleitarse en ese sueño de hombres niños. La primer ruina de un imperio diseminada sobre la tierra le llena de confusión; el primer sepulcro que detiene su paso lo disipa, el primer desengaño que experimenta el corazón ó la inteligencia le hace derramar lágrimas.»

«El dolor es la sola verdad irrefutable en la tierra. No es usar una metáfora el decir lo que dijeron nuestros padres y lo que dirán nuestros hijos: *Globo amasado con cenizas y lágrimas*; que lecho mas á propósito para soñar con el perfeccionamiento y el bienestar indefinido que este en que nos revolvemos á impulsos del dolor en tanto llega la muerte....! Jamás he podido comprender que existan hombres obstina-

dos con sus quimeras hasta el extremo de creer en el progreso indefinido y en la felicidad absoluta, viéndose arrastrados por el camino que los conduce hácia la nada. ¡Séres dichosos! ¡habrán pasado la vida y bajado al sepulcro soñando!»

## XVI.

La verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental es aquella que en lugar de corresponder á esos sueños corresponde á la realidad de nuestra triste condicion humana y mortal en la tierra, en una palabra, la filosofía del dolor! La filosofía del dolor santificada por la aceptacion y consolada por la esperanza es la filosofía de la India, de Brahma, de Buddha, de Confucio, de Platon y del Cristianismo; es aquella que se nos ha presentado desde los primeros albores de nuestra vida, conteniendo mayor suma de verdad, de realidad, de belleza, de revelacion, de fuerza, de grandeza, de virtud, de esperanza y de aliento para vivir, amar, esperar y obrar.

¿Qué ha dicho esa filosofía del dolor en todos los paises, en todas las épocas, en todas las teologías y en todas las lenguas? ¿Qué ha dicho, en primer lugar, en las Indias?

Ha dicho: «Hay un Dios: su obra lo prueba. La vida es el testimonio de la vida.»

«Este Dios, Sér de séres, es infinito, perfecto y eterno: su naturaleza lo prueba: el infinito, la eternidad y la perfeccion son los atributos del Sér de los séres.»

Ha dicho: «Ha creado y crea sin límite de tiempo, de espacio, de poder tantas criaturas cuanto lo infinito de su pensamiento contiene de sabiduría, de poder y de fecundidad creadora. ¡Ser, para el Sér de los séres, es crear!»

Remóntase con el pensamiento á lo mas hon-do de los cielos, que no tienen profundidad, y dice: «Ahí está.» Desciende á los límites del éter inferior, que no tiene límites, y dice: «Ahí está.» Estiéndese á los confines del espacio, que no tiene extremos, y dice: «Ahí está tambien, no acaba nunca, empieza siempre, y encuéntrase todo entero en todas partes.»

Ha dicho: «no hay grandeza ni pequeñez ante El; las cosas solo se miden por la gloria que tienen en proceder de El. Cada uno de sus pensamientos realizados es tan grande como el otro, puesto que proceden igualmente de El, y están en El.»

Ha dicho: «Somos uno de sus pensamientos realizados una de sus creaciones, ni mas grande ni mas pequeña que cualquier otra de las que ha creado. No sabemos que nombre nos ha puesto en su vocabulario de amor creador, pero aquí, sobre la tierra, nos llamamos HOMBRES.»

## XVII.

«¿Qué es el hombre?» prosigue esta filosofía primitiva de la India.

«El hombre es un insecto efimero, nacido de las tinieblas del dolor una mañana, para morir en las tinieblas y en el dolor una tarde. Roe durante algunas evoluciones del sol la epidermis del pequeño globo que habita, y luego penetra en ella para fecundarla con sus cenizas. Si se le compara con el infinito del espacio que le rodea, no merece el trabajo de ser calculado; si se le compara con el infinito de los tiempos que le han precedido y que le suceden, no vale la pena de ser computado; si se le mide por su brevedad, por su insignificancia y por su nada, no merece el trabajo de ser nombrado. Solo conoce de nombre la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia y la felicidad. Tiene la conciencia de su ser solo por algunas sensaciones de placer y por algunas convulsiones de dolor. No es mas que un punto sensitivo en la creacion. Su mayor dolor es desconocerse á sí mismo. Toda su naturaleza parece estar en contradiccion con la bondad de su Creador, cuya infinita bondad se vé obligado á confesar por la fuerza de su razon. Trata de explicarse á sí mismo esa contradiccion, que en realidad, solo es aparente. Piensa, conjetura, ima-

gina y concluye. ¿Qué conclusion saca? una palabra que le anonada: ¡Misterio! Y ¿cómo procura levantar la pesadumbre de ese misterio que le confunde?

En un principio, se dice á sí mismo, no debió ser así; al final no puede tampoco ser así. Congeturemos, pues.

¿Será que la brevedad, la imperfeccion, el dolor, la muerte sean las condiciones fatales de todo ser creado, es decir, limitado? No; porque siendo Dios infinito, no hay límites á la expansion de vida, de grandeza, de felicidad que puede emanar de Él sin agotarle jamás; no hay medida para sus dones, puede dar sin empobrecerse, no necesita economizar ni el ser ni la bondad ni el poder. Luego no es nada de esto.

¿Será que la naturaleza humana, viciada por completo en la primer pareja ó en sus primeras generaciones, como una mies cuyas espigas todas en la primera semilla se resienten de la contenida alteracion del gérmen? ¿habrían sufrido una decadencia ó un perpétuo castigo por haber abusado de esta libertad moral que constituye su peligro y su gloria?

¿Será que por consecuencia de esta primera alteracion por efecto de la libertad, toda esta raza solidaria sufrirá una expiacion inesplicable hasta que haya reconquistado por esta misma libertad regenerada su primitiva inocencia y su primitiva felicidad sobre la tierra? Puede ser...! Nada hay en esto, por mas que se diga, que

implique contradiccion con la idea de un Dios perfecto. La idea es tenebrosa, pero de ninguna manera absurda. ¿Quién nos dice que las almas no se engendran intelectualmente como los cuerpos y que la última gota de agua no participa de la corrupcion del manantial?

En fin; ¿será que la sabiduría y la bondad divina habrá querido dar al hombre el mérito y la gloria de acabar, por decirlo así, su propia creacion por medio del ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, sometiéndole aquí abajo á pruebas laboriosas y misteriosas, las cuales, bien ó mal sufridas durante esta breve vida lo conducen, vencido á sufrir nuevas pruebas, vencedor á la conquista de su propia felicidad? Puede ser...! Nada hay en esto que sea atentatorio al Creador ni humillante para la criatura. El hacerse justicia así mismo ¿no és lá justicia suprema? Tomar parte uno mismo en su propia perfeccion ¿no és la perfeccion suprema? ¿No sería esta la mas bella esplicacion de esta palabra: *Sereis Dioses?*

»¡Siempre y en todo misterio! Solo es evidente el sentimiento del dolor. La humanidad no dá testimonio de sí misma sinó por su gemido.»

### XVIII.

Pues bien; ya que el hombre no puede negarse ni esplicarse humanamente su dolor ¿cual será la

filosofía mas razonable? ¿aquella que niega su deplorable condicion, ó aquella que se decide á aceptarla desde luego como una voluntad que se adora en su enigma y la santifica despues como una prueba adorable en su misterio?

Todas las rebeliones de la naturaleza contra el dolor, todas las imaginaciones de la filosofía, de ja perfectibilidad indefinida y del placer, no dulcificarán la amargura de una lágrima de la humanidad. En tanto que en los apriscos de esta filosofía de la trasfiguracion del hombre en la tierra se hacen correr en los idilios arroyos de leche y de miel, el hombre continúa bañándose en lágrimas. gimiendo y muriendo arrullado por el canto engañoso de esos tristes epicúreos de este valle de miserias. La suerte es la suerte y el decreto ha sido dado, el mundo es viejo; antes que vosotros hubo soñadores; los sofistas de la felicidad progresiva han protestado desde hace millares de siglos y no han podido hacer revòcar una sola sílaba del destino. Los sueños pasan y el hombre queda. Su nombre es Adan, *tierra*, es decir, fragilidad.

## XIX.

Desde las edades mas remotas otra filosofía, la filosofía de la realidad, la verdadera espression del hombre complejo, alma y cuerpo, una

filosofía que es razon y religion al mismo tiempo, verdad y consuelo á la par cuyos dogmas y preceptos se encuentran en los primeros monumentos literarios de la India, ha reflexionado en lugar de soñar y ha encontrado en el dolor mismo los dos únicos remedios que tiene; la aceptacion y la santificacion.

Esta filosofía se difunde desde los primeros libros sagrados de la India hasta en la filosofía del cristianismo de nuestros dias y la preferimos mil veces á la de la perfectibilidad que se dice indefinida, encontrándola tambien mas fácil de practicar. Fúndase sobre este axioma: *Es mas fácil santificar la tierra que trasformarla.*

No le dice al hombre que sonria cuando solloza, ni que confie cuando desespera. Le dice: «Tu dolor es merecido ó tu dolor es meritorio; aceptalo porque viene de Dios como una expiacion, ó súfrelo á su vista como una prueba. Tu juez te consolará, la eternidad compensará ese minuto; sufre para justificar á tu raza culpable ó sufre para conquistar tu propia felicidad; y en ambas hipótesis, bendice la mano que lo envía.

v

## XX.

He aquí la filosofía que emana de la primera teología conocida, la de la India antigua. Vamos á daros una idea sucinta de ella en el exá-

men de los *libros sagrados* y de los poemas primitivos del primero de los pueblos literarios. Los filósofos del progreso indefinido tanto en teología, como en moral y en literatura nos dirán despues si tales ideas, tales dogmas, tales preceptos y tales poesías en el crepúsculo de los siglos son suficientes para confirmarlos en su sistema del *hombre bruto* en el principio y del *hombre Dios* al fin de las edades.

## XXI.

Los primeros libros sagrados se encuentran en la India y no es posible señalarles fecha por ser esta muy remota. Llámanse los *Vedas*.

Los *Vedas* son una coleccion de himnos consagrados á las divinidades simbólicas de aquellos tiempos primitivos; estos himnos celebran los atributos personificados del Dios único y creador, que los sábios adoraban detrás de sus encarnaciones mientras que el pueblo los adoraba en ellas.

«Los *Vedas*, dice Mr. Barthelemy Saint-Hilaire, son entre el mismo pueblo indio, el fundamento, el punto de partida de una literatura que es mas rica, mas estensa sino es tan bella como la literatura griega.»

Á nosotros nos parece mil veces mas hermosa; porque es mas moral, mas santa y, por decirlo así, mas divinizada por la caridad que respira; es la

literatura de la santidad; la de los griegos no es mas que la literatura de las pasiones.

«Poemas épicos, continua el sábio traductor, »sistemas de filosofos, teatros, matemáticas, gramática, derecho; todas las grandes vías de la inteligencia las ha ensayado el génio indio. Segun »confiesa, los *Vedas* son los que han inspirado »esa literatura.»

Los *Vedas* son cantos semejantes á los de los profetas y de David contenidos en la Biblia, pero con la diferencia que los cantos bíblicos son gritos líricos de entusiasmo, de adoracion, de temor y de amor hácia Jehová; en tanto que los himnos de los *Vedas* indios son al mismo tiempo dogmas religiosos. La poesía lírica de los profetas israelitas es mil veces mas sublime en su espresion; los himnos de los *Vedas* contienen mas enseñanza de moral y de virtud en sus estrofas. Sin embargo, tienen magníficos rasgos de imaginacion acerca de la creacion del caos que envolvía al mundo antes del *Fiat Lux*.

## XXII.

«En aquel entonces nada existía, dice uno de »aquellos himnos, ni la *nada*, ni el ser, ni el mundo, ni el espacio, ni el éter; no había muerte, »ni inmortalidad, ni luz, ni tinieblas; la futura creacion descansaba sobre el vacío. Glori-

»ficar á Dios fué el *deseo* de nacer, para el primer gérmen de la creacion...

»No obstante, *El* era, dice el libro, había »Dios; *El* solo existía sin respirar, existía absorbido en sí mismo en la soledad de su pensamiento, para gozar de su propia contemplacion. Nada »existía fuera de Él ni en torno suyo; solo existía »Él con Él!»

¿Qué metafísica tan profundamente espiritualista es esta creacion por el *deseo* oculto que empuja todas las cosas no creadas todavía, de nacer para unirse á Aquel de quien todo procede y hacia quien todo vuelve á fin de amarle y glorificarle?

«Así es, continúa el himno sagrado, como los »sábios meditando con el corazon y con el entendimiento han explicado el paso de la nada al »ser; pero Él, Dios, ¿qué origen puede tener que »no sea Él mismo? Solo Él puede saber si esto es »así, ó si es de otra manera.»

### XXIII.

Otro de estos himnos completa líricamente aquella definicion con un repetido grito de fé y de reconocimiento hácia Dios, único Creador y conservador de los seres desconocidos.

«Apenas nacía de sí mismo y ya era el solc »berano de los mundos creados por Él; llena-

»ba el cielo y la tierra, ¿á qué otro Dios ofreceremos nuestros holocaustos?

»El mundo vé y respira solo por Él; ¿á qué otro Dios ofreceremos nuestros holocaustos?

»A Él pertenecen las cimas inaccesibles de las montañas blancas, el firmamento, el Occéano sin límites con sus olas; suyo es el espacio donde estiende los brazos sin tocar las orillas, ¿á qué otro Dios ofreceremos nuestros holocaustos?

»Él es á quien el cielo y la tierra, sostenidos por su espíritu, estremecidos desean contemplar cuando el espléndido sol aparece en el oriente; ¿á qué otro Dios ofreceremos nuestros holocaustos?

»Él es quien, entre todos los dioses secundarios (encarnaciones de sus atributos) ha sido siempre el Dios verdadero, el supremo Dios; ¿á cuál, si no es á Él, ofreceremos nuestros holocaustos?»

Esta sublime letanía de las perfecciones y de los derechos divinos del Dios Creador, se continúa de estrofa en estrofa, con la entonacion de un *Te-Deum* del alma embriagada de júbilo por haber adivinado su autor.

## XXIV.

Con no menos metafísica y no menos poesía simbólica se encuentra celebrada en otro canto

la creacion del hombre.

«Dios pensó; se dice en él. ¡Hé ahí los mundos!  
 »Ahora voy á crear los seres que los han de ha-  
 »bitar; y creó un ser revestido de cuerpo; lo vió,  
 »y la boca de ese ser abrióse como un huevo  
 »roto, de su boca salió la palabra y de la pala-  
 »bra salió el fuego; las ventanillas de su nariz  
 »se abrieron y de ellas salió el soplo, y del soplo  
 »el viento que se dilata y se esparce por todas  
 »partes; los ojos se abrieron, y de ellos salió la  
 »luz, y de esta luz se produjo el sol; las orejas  
 »se esculpieron, y de ellas nació el sonido que dá  
 »la sensacion de lo *lejos* y de lo *cerca* (las dis-  
 »tancias); la piel se extendió, y de esta epider-  
 »mis extendida, nació el cabello; de este cabello  
 »del hombre nació la cabellera de la tierra, los  
 »árboles, las plantas, etc., etc.!

Se vé, que en sentido inverso del materialismo moderno que hace nacer la inteligencia de las sensaciones brutales de la materia dotada de órganos, el espiritualismo ya refinado de los sábios de la India hace nacer los fenómenos materiales de la inteligencia.

Y cuenta que estos himnos sagrados de los *Vedas* cantábanse en la India, no se sabe cuantos siglos antes que la religion de los Brahmanes, y la religion de los Brahmanes había sido reemplazada por la de *Budha*, y la de *Budha* era ya muy vieja en tiempo de las conquistas de Alejandro; es decir, trescientos veinte y seis años antes e Jesucristo. Júzguese de aquí el crédito que

merece esa pretendida barbarie de los tiempos primitivos que los filósofos de la perfectibilidad inJefinida denuncian, en tanto que balbucean ellos mismos doctrinas infinitamente menos sublimes que aquellos ecos lejanos de la cuna del mundo.

No; en presencia de tales monumentos no creemos con ellos que el hombre tenga su origen en el fango y en la noche, creemos con la India que ha empezado en la perfeccion relativa y en la luz de lo que se llama el *Eden*. Creemos que los reflejos de ese Eden y de esa luz han resplandecido mucho tiempo sobre su alma, con mayor brillo de una revelacion primitiva, que en las edades que distan mas de su cuna; creemos que la fecha de esta revelacion primitiva es la misma fecha de la creacion, que Dios es contemporáneo del alma que creó para que lo viera y adorara, y que si hay mayor brillo ó mayor difusion de luz, es preciso buscarla en la aurora del género humano, no en el crepúsculo de su caducidad.

## XXV.

La grandeza, la santidad, la divinidad del espíritu humano son los caracteres dominantes de esta filosofia en la literatura sagrada y primitiva de la India. Respirase en ella como un ambiente

santo, tierno y triste á la vez, que parece haber cruzado recientemente por un Eden que acaba de cerrarse detrás del hombre. Esta poesía produce el éxtasis como el *ópio* que nace en las llanuras del Ganjes. Recuerdo siempre el vértigo santo que se apoderó de mí la vez primera que algunos fragmentos de esta poesía *sanscrita* se ofrecieron á mis ojos. He aquí los términos en que describí mis impresiones.

## XXVI.

«Este extasis, me decía yo, es comparable á aquel que hemos experimentado algunas veces, al leer por casualidad alguna de esas páginas mutiladas de los libros sagrados de la India, en las que el pensamiento del hombre se remonta tan alto, habla tan divinamente, que parece confundirse en una especie de éter intelectual con la irradiación y con la palabra del mismo Dios, de ese Dios que busca, que espera, que entrevée, en fin, en el fondo de la naturaleza y del cielo, exhalando un grito de amorosa alegría y de deliciosa posesion del Soberano Ser.

«Estos fragmentos son tan bellos, que si hubiera muchos de la misma naturaleza, el hombre que los leyera no gustaría de vivir la vida de los sentidos; suspenderían las pulsaciones de sus arterias y le darían la impaciencia del infini-

to, el deseo vehemente de morir por encontrarse lo mas pronto posible en esas regiones indescriptibles donde se oyen tales y tan embriagadores acentos, donde la inteligencia limitada se precipita y se une á la inteligencia infinita en ese murmullo estático de los lábios, y luego, en ese silencio del amor que es el anonadamiento de todo deseo en la posesion del Ser infinito, infinitamente adorado é infinitamente poseido.

«Las dos impresiones literarias de este género que mas me han conmovido, fuéron producidas por la lectura de esas páginas misteriosas de la India, arrancadas verosimilmente de algunos libros sobrehumanos, y arrastradas por el viento de los siglos desde la cima del Himalaya hasta nosotros.

## XXVII.

«La primera vez encontrábame solo en un pequeño aposento desamueblado del piso alto de una casa de campo deshabitada, cuyos dueños, al abandonarla habían dejado esparcidos por el suelo, y á merced de la voracidad de los ratones, algunas hojas sueltas de revistas y periódicos literarios. La aurora aparecía en lontananza sobre la linde de un bosque monótono y sombrío, que yo veía al despertar, por la ventana de mi aposento abierta á causa del calor del estío. Los

rayos casi horizontales del sol resbalaban sobre mi cama; las golondrinas penetraban con ellos y golpeaban alegremente con sus álas los cristales de la vidriera, y la fresca brisa de la mañana soplando dulcemente en el aposento, arremolinaba las hojas de libros y de periódicos, esparcidas por el suelo como el murmullo de las ideas que se despiertan en la inteligencia.

«Ese ruido llamó mi atención. Nunca he podido ver un papel escrito sin experimentar el deseo de leerlo. Recogí algunas hojas medio roídas traducciones de himnos indios. Aquellos fragmentos eran obra de uno de esos hombres que consagran toda su existencia y todo su génio en este mundo á mirar y á sondar otros mundos. Llamábase el baron de Eckstein, filósofo, poeta, publicista, orientalista; era un brahma de Occidente, desconocido de los suyos, que vivía en su siglo y pensaba en otro.»

## XXVIII.

Acostado y apoyado el codo en la almohada leía yo con la voluptuosa dejadez de cuerpo y de espíritu del hombre indiferente al ruido que se hace en una casa que no es la suya, á quien no espera ningun digusto al despertar, y que puede perder las horas de la mañana sin cui-

darse de contarlas cada vez que el martillo del lejano reloj las anuncia á los labradores. De improviso mis ojos se detuvieron sobre un fragmento de treinta ó cuarenta líneas que centellearon á mí vista como si hubieran estado escritas, no con el pincel del poeta mojado en tinta, sino con polvos de diamante y con los colores de fuego de los rayos que el sol naciente estendía sobre la página; aquellas líneas eran un deslumbramiento del alma mística, llamando, buscando, encontrando, abrazando á su Dios por medio de la inteligencia, de la virtud, del martirio y la muerte en la expansion inefable de la razon, de la poesía y del éxtasis. El acento era profundo como el infinito, las palabras transparentes como el éter límpido, las imágenes tan expresivas que reflejaban el objeto, como el espejo de los mares y de los cielos, el sentimiento brotaba como una ola de la eternidad, era en fin, como una de esas emanaciones de calor y de luz que se escapan del sol sin agotar su foco; una iluminacion del infinito por girándulas de astros sobre el altar de Dios.

## XXIX.

Leí, volví á leer, y leería aun.... Exhalé gritos, cerré los ojos y me anonadé de admiracion en mi silencio. Esperimenté uno de esos impulsos á

prosternarme, impulsos que el hombre sincero consigo mismo experimenta rara vez cuando está solo y nada de teatral se mezcla á la cándida sencillez de sus impresiones. Sentí como si una pesada mano me hubiera arrojado fuera del lecho por el impulso de una fuerza física. Lo abandoné con sobresalto, descalzo, trémulas las rodillas y con el libro en la mano; sentí una imperiosa necesidad de leer aquella página en la actitud de la oracion y de la adoracion, cual si el libro hubiera sido demasiado santo y demasiado bello para ser leído en pié, sentado ó acostado: arrodilleme junto á la ventana por donde penetraba el sol menos espléndido de luz que la página, y leí de nuevo lenta y religiosamente aquellas líneas. No lloré, porque mis lágrimas resisten al entusiasmo y al dolor; pero dí gracias á Dios en voz alta por pertenecer á una raza de criaturas capaces de concebir nociones tan claras de su divinidad y de expresarlas con tan divina espresion.»

Si el poeta desconocido que escribió aquellas líneas algunos miles de años antes de mi nacimiento, asistía como lo creo desde la esfera de su gloriosa beatitud, á aquella lectura y á aquella impresion de su palabra escrita, prolongada desde tanta distancia y tanta elevacion á través de las edades ¡qué pensaría viendo á este jóven ignorante y desconocido en un aposento ruinoso en medio de los bosques de la Gália despertándose, arrodillándose y embriagándose á la distancia de cuatro mil años, con ese Verbo eterno que vive

tanto como el alma y que con una sola palabra eleva las otras desde la tierra al cielo!

Hé aquí la literatura del género humano.

### XXX.

La benignidad hácia el hombre, hácia toda la naturaleza, es el segundo carácter de la filosofía y de la literatura india. Quiero describiros uno de los efectos producidos por esta literatura en mi alma.

«Un día que salí de caza, llevé un ejemplar inglés de las traducciones del *sanscrito*, que es la lengua sagrada de las Indias.

Un corzo inocente y feliz triscaba alegremente entre el tomillo húmedo por el rocío, en la linde de un bosque. Veíalo de vez en cuando por encima de las ramas de los matorrales aguzando las orejas, hiriendo con los cuernos, olfateando los surcos, calentándose á los rayos del sol naciente, ramoneando los brotes y gozando, en fin, de su soledad.

«Era yo hijo de cazador. Había pasado mis primeros años cazando con los guardas de campo, con los curas de los pueblecitos y con los hidalgos que unían sus jaurías con las de mi padre. Nunca había fijado mi atención en ese brutal instinto del hombre que le mueve á hacer de la matanza un pasatiempo, y que arrebató la vida sin nece-

alidad, sin justicia, sin piedad y sin derecho á los animales que tendrían sobre él el mismo derecho de caza y de muerte, si fueran tan insensibles, si estuviesen tan bien armados y tuvieran placeres tan feroces como él. Mi perro husmeaba; tenía la escopeta en la mano y el corzo en la punta del cañon.

»Sentía á manera de un remordimiento, vacilaba en acabar de un tiro aquella vida, aquella alegría, aquella inocencia de un ser que nunca me hiciera daño. que se gozaba con la misma luz, con el mismo rocío y con la misma fresca dulzura de la mañana que yo, ser creado por la misma providencia, dotado acaso en grado diferente de la misma sensibilidad y del mismo pensamiento que yo, unido acaso por los mismos lazos de afecciones en el bosque; buscando á su hermano, esperado por su madre, requerido por su hembra y llamado por sus pequeñuelos. Pero el instinto maquinal de la costumbre venció á la naturaleza que repugnaba el asesinato. Hice fuego. El corzo cayó roto un brazuelo por la bala, revolcándose con dolor sobre la yerba enrojecida con su sangre.

## XXXI,

«Cuando se hubo disipado el humo del disparo, acerquéme pálido y conmovido á mi víctima. El hermoso animal no estaba muerto. Miróme con

ojos arrasados en lágrimas. Nunca olvidaré aquella mirada á la cual la sorpresa, el dolor y la muerte inesperada daban la espresion humana del sentimiento tan inteligible como la palabra; porque los ojos tienen su language sublime sobre todo cuando se apagan.

Aquella mirada me decía con claridad y acusándome al mismo tiempo de cruel por pura distraccion:

»¿Quién eres? No te conozco ni nunca te ofen-  
»dí. ¡Quién sabe si te hubiera amado! ¿Por qué  
»me has herido mortalmente? ¿Por qué me arre-  
»batastes mi parte de espacio bajo el cielo, de  
»luz, de aire, de juventud, de alegría y de vida?  
»¿Qué será de mi madre, de mis hermanos, de mi  
»compañera y de mis pequeñuelos que me aguar-  
»dan en la espesura y que solo volverán á ver  
»la huella de mis pisadas y la tierra y la maleza  
»enrojecida con mi sangre? Pues qué ¿no habrá  
»allá arriba un vengador para mí y un juez para  
»tí? Y sin embargo te acuso y te perdono; no hay  
»odio en mi mirada, mi naturaleza es apacible  
»hasta en presencia de mi asesino. Solo tengo  
»para acusarte, la sorpresa, el dolor y las lá-  
»grimas.»

«Hé ahí lo que literalmente me decía la mirada del corzo herido. Yo lo comprendía así, y me reprendía á mí mismo como si me hubiera hablado con la voz.

«Acábame» parecía insistir tanto con la espresion de sus ojos cuanto con los dolorosos estre-

mecimientos de sus miembros.

Hubiera querido curarlo á toda costa; empero por un exceso de cruel conmiseracion, echéme de nuevo la escopeta á la cara y volviéndola á otro lado terminé su agonía con un segundo tiro. En el mismo instante arrojé el arma lejos de mí con horror y, lo confieso, esta vez lloré. Hasta mi perro parecía enternecido; no lamió la sangre, ni removi6 el cadáver con el hocico, acost6se triste á mi lado. Permanecimos los tres sumidos en el silencio, como asistiendo al duelo de una misma muerte.

«Era la hora del medio dia. Esperé á que el viejo pastor que conducía las ovejas al establo durante las horas del calor pasase con la piara por la linde del bosque á fin de darle el encargo de llevar el corzo á la casa. Entretanto saqué de mi bolsillo un tomo de los fragmentos de los poemas épicos indios y traté de distraerme con la lectura. ¡Vano intento! El libro se abrió por una de aquellas páginas llenas de maravillosas alegorías poéticas en las cuales la poesía sagrada de los indios encarna sus dogmas de caridad universal. Al leerlas creése percibir en el amor y en el respeto del hombre por todo aquello que es vida y sentimiento, algo de la caridad del mismo Dios por su creacion animada ó inanimada.

«El poeta narra la ascension gradual de un héroe pasando por todas las pruebas hasta el cielo, por las enriscadas graderías del Himalaya. A medida que el camino se hace mas largo, mas

penoso y mas cubierto de nieves, el héroe se ve abandonado por aquellos que mas le han querido sobre la tierra, y que si bien intentaron seguirle, muy luego desanimados con sus infortunios retroceden ó sucumben á sus pies sobre las cimas de hielo y nieve durante su ascencion. Parientes, amigos, hermanos, hasta la muger amada acaban por cansarse de tanto sacrificio y por rendirse faltos de fuerzas. Solo su perro mas leal y mas inseparable de él que el amor y la amistad, sigue jadeando los pasos de su amo hasta morir ó triunfar con él.

»El héroe llega al fin á las puertas del cielo. Abrense para él, pero se cierran inmediatamente para el animal, Entonces el hombre penetrado de una justicia sublime y de una abnegacion que llega hasta el estremo de inmolarse á sí mismo, se niega á entrar en la morada de la divina felicidad si su perro compañero de sus penas y de sus méritos no entra con él. Los Dioses conmovidos por aquel rasgo de generosidad, dejan entrar el animal con el hombre y las puertas del cielo se cierran detras de ambos. He anotado este fragmento de caridad universal, y lo citaré muy luego en los archivos de las bellezas del espíritu humano.

## XXXII.

Esta lectura me dió á comprender, me hizo sentir mucho mejor que la de los mismos dogmas religiosos de la India, la belleza, la verdad, la santidad de esa doctrina que veda al hombre, no solo el derramar sangre sin absoluta necesidad, sino hasta el despreciar los animales, esos compañeros, esos huéspedes de nuestra morada terrestre; huéspedes de los cuales debemos dar cuenta al Padre comun, como los seres superiores en inteligencia y fuerza deben dar cuenta de los seres inferiores que les están sometidos. Admiré, adoré ese parentesco universal de los seres, esa fraternidad de la vida entre todo lo que respira, entre todo lo que siente, entre todo lo que ama aquí abajo, en la medida de su inteligencia y de su destino. Deduje, en conclusion, que el poeta indio era el sábio y que yo era el ignorante y el bárbaro en una civilizacion que tanto ha retrocedido en el camino del amor ó que no ha llegado á él todavía, y tuve el presentimiento de que el hombre del Occidente llegará algun día.

«Renuncié para siempre al feroz placer de matar, á ese despotismo cruel del cazador que arrebatava sin necesidad, sin derecho, sin piedad, la existencia á seres á quienes no puede devolverla. Hice juramento de no volver á cercenar por ca-

pricho una hora de sol á esos huéspedes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la brevedad de la luz y la conciencia mas ó menos vaga de la existencia bajo el mismo rayo de sol.

«Pertenece á Dios, me dije; Dios me hizo su »amigo, no su tirano. La vida, sea lo que quiera, »es demasiado santa para que hagamos de ella un »juguete y la tratemos con el desprecio que nues- »tra incompleta civilizacion nos permite usar de- »lante de las leyes, pero que el Creador no nos to- »lerará delante de su justicia.

A partir de ese dia no he vuelto á dar muerte á ningun animal. El libro, comentando tan patéticamente la naturaleza me convenció de mi crimen. La India me reveló la mas amplia caridad del espíritu humano, la caridad hácia la naturaleza entera. ¡La humanidad! he aquí el sello de toda la literatura india. La humanidad se engrandece en proporcion del amor divino del Creador por la universalidad de sus obras.

Semejante literatura atestigua con su existencia en los tiempos mas remotos del mundo, una de estas dos cosas; ó bien una revelacion primitiva cuyas perfecciones estaban todavía presentes en la memoria del hombre, ó bien una madurez completa de edad y de razon que producía ya frutos de sabiduría y de santidad en la filosofía y en la poesía de la prodigiosa antigüedad de aquella raza humana.

## XXXIII.

Mas antes de entrar en la apreciacion de las obras puramente poéticas de la India, permitidme daros una idea de su filosofía y de sus nociones morales sobre Dios, sobre el alma, sobre el hombre, sobre las relaciones del hombre con Dios y del hombre con el hombre; vereis si estas nociones espresadas en versos ó redactadas en dogmas y en códigos, son indicio de esa supuesta barbarie primitiva que los filósofos de la perfectibilidad indefinida y continua atribuyen á la infancia del mundo.

Tómo este ejemplo en la *Bagavagita*, episodio del poema sagrado del *Mahabarata*, segun los Sres. *Hastings* y *Wilkins* sus primeros traductores.

«La escena pasa en un campo de batalla. Uno de los combatientes, el héroe *Arjoún*, á la vista de sus parientes, sus amigos y sus compatriotas á quienes es forzoso herir en aquella guerra civil, siente que su corazon desfallece, y prefiere morir antes que matar. El semi-dios *Krisna*, que pelea al lado de *Arjoún*, pero que pelea con impasibilidad divina, reprende al héroe por su debilidad, entónces comienza entre ellos un diálogo sublime, semejante á los de Platon, en tanto que los ejércitos enemigos reposan un mo-

mento cansados de matanza.

## XXXIV.

—«¿Qué temes?» le dice el semi-Dios ó el Maestro á su discípulo *Arjóun*, el sábio nunca se aflige ni por los muertos ni por los vivos. Mi existencia es eterna y la tuya tambien; jamás dejaremos de existir. Nos trasformamos, pero no morimos; el alma en sus trasformaciones sucesivas pasa por la infancia, la juventud y la vejez como nosotros pasamos en la tierra. El que tiene esta firme creencia, nunca se muestra débil. Los órganos materiales y transitorios son los que nos proporcionan las sensaciones del calor y del frio, del placer y del dolor; pero estas cosas no tienen existencia propia. Sabe que aquel por quien todo ha sido creado es incorruptible, inmutable, inalterable y que nada puede destruir ó modificar lo que no es susceptible de destruccion. El alma que habita esos cuerpos sobre los que lloras, es incorruptible, imperecedera, incomprendible como su autor. El alma ni puede matar ni morir; de la misma manera que el hombre se despoja de un vestido viejo y toma otro nuevo así el alma despojada de su forma vieja toma otra nueva. El hierro no puede partirse, ni el fuego quemarla, ni el agua corromperla, ni el aire alterarla.... Pero, ya sea que

»creas muere con el cuerpo, sea que confieses como  
 »yo que es inmortal, no te aflijas: todas las cosas  
 »que han tenido principio tienen fin, y las cosas  
 »sujetas á la muerte deben tener un regenerador.  
 »El estado precedente de los seres es desconocido,  
 »su estado actual es visible, su estado futuro es  
 »un misterio. No consultes tus vanas opiniones ó  
 »tus vanos terrores; consulta solo tu conciencia  
 »y tu deber, que te manda morir por la causa de  
 »tus hermanos y de tu pueblo. Poco importa que  
 »seas vencido ó vencedor: la virtud está en el ac-  
 »to, no en su resultado. Solo aquel que renuncia  
 »á todo fruto temporal de sus actos es verdadera-  
 »mente sábio y santo; se encuentra libre de los  
 »lazos de la materia y vive ya en las regiones de  
 »la felicidad eterna!

## XXXV.

—«Y ¿en qué señal, le pregunta su discípulo é  
 »interlocutor *Arjóin*, conoceré á ese hombre sá-  
 »bio y divinizado, absorto en vida en la contem-  
 »placion de las cosas eternas? ¿Dónde habita? ¿Có-  
 »mo puede vivir y obrar aquí abajo?»

—«Escucha» responde el Divino Maestro «el  
 »que aparta su corazon de todo deseo y solo cui-  
 »da de la contemplacion de Dios y de sí mismo, se  
 »afirma en la santidad; el que no se regocija ni  
 »entristece con lo que se llama bien ni mal en la

»tierra, ese se afirma en la santidad y en la ver-  
 »dad, y puede concentrar en Dios todos sus de-  
 »seos como la tortuga encierra todos sus miem-  
 »bros en su concha. El hambriento solo piensa en  
 »los manjares que pueden satisfacer su apetito,  
 »pero el sábio se olvida hasta del hambre para  
 »alimentarse solo de su Dios!

»El insensato dominado por sus pasiones pien-  
 »sa solo en la *noche de los tiempos*, donde todas  
 »las cosas duermen en los sueños; el sábio ó *santo*,  
 »piensa constantemente en el dia de la eterni-  
 »dad, donde todas las cosas están despiertas, y  
 »cuando muere en el mundo, lo absorbe la natu-  
 »raleza incorpórea de Dios!

»Pero ese despojo de la forma frágil y mortal,  
 »continúa el filósofo divino, no puede cumplirse  
 »en la inaccion. Este mundo lleno de trabajos, ha  
 »sido creado para cumplir otros deberes además  
 »de la contemplacion pasiva de la divinidad. Aban-  
 »dona, pues, hijo mio todo motivo personal, y  
 »cumple con los tuyos por solo el amor al bien.

## XXXVI.

Esto es con respecto á la piedad; oid ahora lo  
 que concierne á la caridad. «Servíos los unos á  
 «los otros y alcanzareis la felicidad. Aquel que

«prepara sus alimentos solo para sí, come el pan  
 «del pecado. Todo ser con vida es producido por  
 «el pan que come; el pan es producido de la llu-  
 «vía, la lluvia producto de la oracion que la soli-  
 «cita; la oracion es producto de las buenas obras,  
 «y las buenas obras se producen y dan al hombre  
 «por *Brahma* (nombre de Dios.)

«Yo mismo,» prosigue el semi-dios Krisna,  
 «práctico buenas obras, y sin embargo por mi  
 «naturaleza divina nada tengo que hacer, nada  
 «que desear para mí en las tres partes (los tres  
 «continentes del globo conocidos entonces), no  
 «obstante vivo cumpliendo deberes morales. Si no  
 «cumpliese con esactitud esos deberes, todos los  
 «hombres tomarían ejemplo de mí, y este mundo  
 «abandonaría sus deberes; sería yo la causa de  
 «la produccion del mal y separaría á los hombres  
 «del camino recto. Así como el ignorante llena  
 «los deberes de la vida con la esperanza de una  
 «recompensa, así el sábio perfecto debe llenarlos  
 «sin motivo de interés personal, solo por el bien;  
 «y el bien lo hace por Dios! Hé aquí el sábio.  
 «Los que alcanzan esta doctrina serán salvos  
 «por sus obras, los otros serán retrasados.»

## XXXVII.

«¿Pero por quién ó Krisna,» preguntó el discí-  
 pulo, «son impelidos los hombres hacia el mal?

«Aprende» responde el Maestro, «que hay una concupiscencia ó un deseo malo hijo del principio carnal, lleno de pecados y obrando continuamente en nosotros, del cual está rodeado el mundo como la llama por el humo, como el hierro por el orin; obra en los sentidos, en el corazón y en la inteligencia pervertida, allí es donde se complace en trabajar al hombre y en entumecer su alma. Esfuérzate en vencerlo enfrenando tus pasiones.

«Se admiran los órganos materiales, pero el alma es mucho mas admirable, el alma está por encima de la inteligencia; pero ¿quién está encima del alma? Combate tu enemigo, que toma en tí la forma del deseo!»

## XXXVIII.

«¿Dónde vá el hombre despues de su muerte?» pregunta el discípulo. «El bien vuelve al bien y el mal al mal,» responde el Maestro; «pero el hombre no deja de existir bajo otras formas hasta que todo él sea regenerado en el bien.»

Luego el Dios se define á sí mismo por la voz inspirada y extática del Maestro sobrenatural.

«Hombres de una vida austera y laboriosa,» dice, «llegan á mi presencia humildemente prosternados glorificando sin cesar mi nombre y constantemente ocupados en mi servicio. Otros

«me sirven adorándome, á mí cuya faz está vuelta hácia todos lados; adóranme con el culto de «la sabiduría, única, distintamente, bajo diversas formas. Soy el sacrificio, el culto, el incienso, la invocacion; soy las ceremonias que se hacen á los manes de los antepasados; soy las ofrendas, el padre y la madre de este mundo, el abuelo y el conservador. Soy el único Santo digno «de ser conocido. Soy el consuelo, el Creador, «el testigo, el inmutable, el asilo y el amigo. Soy «la generacion y la disolucion, el lugar donde residen todas las cosas, el manantial inagotable «de toda la naturaleza. Soy la claridad del sol y «soy la lluvia. Soy aquel que saca los seres de la «nada y que los vuelve á la nada. Soy la muerte «y la inmortalidad. Soy el *Sér*.

«Considera este mundo como un lugar de paso, «triste y breve y sírveme únicamente; lo demás «es la nada. Perdono al pecador cuando vuelve «á mí y purifico al impuro. Estoy con los que me «sirven y adoran en verdad y ellos están en mí... «Si aquel que obró mal vuelve á mí y me sirve, «queda tan justificado como el justo.... Une á mí «tu alma, mírame como tu reflejo y entrarás en «mí.»

## XXXIX.

Interrumpido el diálogo un momento, renúe-

vase por el discípulo, que hace una magnífica profesion de fé al Dios Unico y Supremo, del cual los demas dioses secundarios, séres puramente simbólicos, solo son satélites obedientes. Es el *Te Deum* de la universalidad divina; la palabra brilla en Él como el fuego.

El Dios le responde con la enumeracion de los millones de formas bajo las cuales se manifiesta á la naturaleza en sus creaciones y en su providencia. En fin, el Maestro se transfigura enteramente en espíritu, y confunde al discípulo anodado con su divinidad; luego toma otra vez la forma humana dulce y riente y le instruye en los deberes del culto y de la moral.

«Yo amo á aquel, dice el espíritu, cuyo corazon exento de ódio ejerza su caridad sobre toda la naturaleza animada é inanimada, que no teme á sus semejantes y es respetado por ellos; que nada desea para sí sino para sus hermanos; que se muestra igual en la gloria que en la humillacion, en el calor, y en el frio, en el placer y en el dolor: que se distingue por su desprendimiento de las cosas terrenas para dedicarse al solo Brahma (Dios), soberano Señor de todas las cosas.

»¿Sabes, pues, en qué consiste este divino secreto cuyo conocimiento te conducirá á la inmortalidad? Es Aquel que no tiene principio ni fin y no puede ser llamado ni vida ni muerte porque es un ser superior y está fuera del alcance de la una y de la otra. Es todo manos, todo piés, todo rostro, todo cabeza, todo ojos, todo

»oidos. En medio de los mundos los llena con su  
 »grandeza; no teniendo órgano alguno en él se  
 »reasumen todas las facultades orgánicas; sin es-  
 »tar comprendido en nada él lo contiene todo, y  
 »sin cualidad alguna de las cosas participa de to-  
 »das las cualidades en grado superior. Es el inte-  
 »rior y el exterior, lo móvil y lo inmóvil de la na-  
 »turaleza; por la imperceptibilidad de sus partes,  
 »en lo que llamamos infinitamente pequeño, se es-  
 »capa á la penetracion de nuestra vista; está lejos  
 »y al mismo tiempo presente; es indivisible y se  
 »encuentra en todas las cosas; es el que crea y  
 »destruye; es la luz pero no las tinieblas (protes-  
 »ta completa contra el panteismo cuyas doctri-  
 »nas manifiesta); Él es la sabiduría, el objeto y el  
 »fin de toda sabiduría.

»El que me reconoce así entra en mi naturale-  
 »za y se diviniza.

»Todas las cosas ya animadas, ya inanimadas  
 »son producto de la union de los dos principios, el  
 »espíritu y la materia.

»Cuando tú conozcas que todas las diferentes  
 »especies de seres que hay en la naturaleza están  
 »comprendidas en uno solo, y que de Él dimanar  
 »y proceden, entonces concebirás á Dios.

»Los que con los ojos del entendimiento cono-  
 »cen que el cuerpo y el espíritu son dos cosas di-  
 »ferentes y que hay para el hombre una separa-  
 »cion al fin que le emancipa de la naturaleza ani-  
 »mal, entran por la inteligencia en la clase de  
 »seres.

En esta enseñanza se reveía una filosofía sublime, que como la filosofía del cristianismo, no coloca la perfectibilidad indefinida en este mundo de los sentidos y de la muerte, sino en el mundo superior del alma y de la inmortalidad.

## XL.

El diálogo siguiente explica la teoría del bien por el bien, de la renuncia al premio de las buenas acciones, y de la virtud por la virtud misma, de los sacrificios. Créese leer á Fenelon en sus mas piadosos éxtasis del amor de Dios solo por Dios.

»Escucha, dice al terminar el maestro, y conserva en tu memoria mis últimas palabras, son las mas misteriosas; voy á decirlas para tu felicidad, porque eres mi predilecto.»

Resume en pocas palabras toda esta doctrina y encarga al discípulo de no revelarla mas que á aquellos que le amen.

»Y ahora, añade el maestro divino, ¿has oído con atención? ¿Se ha disipado la nube que cubría tu inteligencia y que solo procede de la ignorancia?»

»Sí, responde el discípulo, tu voz me ha devuelto el entendimiento. De hoy mas me mantendré firme en la fé, y obraré de conformidad con lo que creo.»

»Así es, canta entonces el poeta, como fui

»testigo y oyente de la milagrosa plática entre el  
 »hijo de *Vaaseda* y el magnánimo hijo de *Pan-*  
 »*doa*, y como he tenido la dicha de oír esta su-  
 »prema y divina doctrina tal cual fué revelada  
 »por el mismo *Krisna*, el dios de la fé. Cuanto  
 »mas estudio este santo y maravilloso diálogo  
 »de *Krisna* y de *Arjóun*, tanto mas siento di-  
 »latarse mi corazon con una alegría sobrenatu-  
 »ral. Donde quiera que se encuentre *Krisna*, el  
 »dios de la fé, donde quiera que se halle *Arjóun*,  
 »el potente flechero, allí de cierto se encuentran  
 »la verdad, la fortuna, la victoria y la virtud.»

¿Encuétrase en este lenguaje y en estas doc-  
 trinas teológicas y morales, que cuentan cuatro  
 mil y seiscientos años de antigüedad algo que  
 revele la pretendida barbarie y la grosera supers-  
 ticion que algunos filósofos se han visto obliga-  
 dos á atribuir al mundo antiguo para fundar su  
 orgulloso sistema? ¿No se vé, por el contrario,  
 ó la sabiduría de una edad ya muy adelantada en  
 materia de fé y de virtud, ó el reflejo tibio pero  
 luminoso de una revelacion primitiva aun no  
 borrada de la memoria de los hombres? ¿No se  
 diría al leer aquellas líneas que una raiz llena de  
 la sábia moral del cristianismo futuro, vegetaba  
 en las pendientes del Himalaya?

Antes de hojear con vosotros la literatura de la India primitiva, debí daros una idea de la filosofía religiosa de aquellos pueblos, porque antes de hablar se debe pensar.

Pasemos ahora á los poemas de aquella literatura. Estos poemas son á la vez su historia en poesía y su teología en accion.

## POSDATA.

---

Un publicista admirable que acaba de dirigirme en las columnas de *La Presse* un himno á la amistad, disfrazado bajo la forma de una crítica, me acusa de haber desesperado del mundo, de haber descorazonado el espíritu humano en su santa aspiracion al progreso, de haber exhumado en una lectura de la *Imitacion* y en otros escritos zo que él llama las miasmas mefíticas de la edad media; de haber despojado al hombre de sus fuerzas y de su virilidad al quitarle los mirages á nuestro juicio peligrosos, de un *progreso* indefinido y contínuo sobre este pequeño globo.

Le contestaremos á seguida en dos de estas *Conferencias literarias*, ó acaso en una; porque Mr. Petellan, que habla como Platon, tiene el derecho de desvariar como el filósofo griego en sue-

ños magníficos. Pero nosotros, ¡Ah....! mucho tiempo hace que estamos despiertos.... Creemos que es mas noble y varonil mirar cara á cara la desdicha sagrada de nuestra condicion humana, que negarla ó aletargar en nosotros el sentimiento con *ópio*. Este jugo de adormideras por bien preparado que esté, y Mr. Petellan lo prepara como gran poeta, solo sirve para producir los delirios de la perfectibilidad indefinida y de la felicidad sin límites sobre una tierra que no fué, es, ni será jamás sino un sepulcro blanqueado entre misterios!

En el progreso local, relativo y limitado convenimos; pero en el progreso indefinido y continuo no convendremos jamás. Nada es ilimitado en nuestra diminuta especie, limitada á un relámpago de duracion, á un átomo de espacio, á una pulgarada de polvo. Hacer utopias con las ideas, puede disimularse, pero hacer utopias con la naturaleza.... Oh! Hasta los elementos se burlarían de nosotros. Este género de utopia me recuerda los sepultureros de *Hamlet* que jugaban á los dados en su cementerio con las calaveras vacías y desenterradas de los muertos. Respetemos nuestro magnífico destino futuro allá arriba, pero aquí respetemos al menos nuestra nada.

Un historiador cuya erudicion nutrida de buen sentido, que se eleva cuando es necesario hasta la poesía, ese eminente buen sentido de la imaginacion, Mr. Thierry, nos presenta una viva y patética imágen de esa condicion transitoria de

las civilizaciones humanas. Mr. Pelletan gusta mucho de las imágenes y tiene razon; el decir no es nada, el pintar es el todo en materia de estilo; las imágenes son las estampas de la vida; lo que no está representado no está realmente dicho. Hé aquí la imagen de Mr. Thierry:

«Recuerdas, acaso, rey, dice un gefe sajón á  
 »su príncipe, lo que acontece algunas veces du-  
 »rante los dias del invierno cuando estás sen-  
 »tado á la mesa con tus capitanes, que un buen  
 »fuego arde en el hogar, que la sala está tibia y  
 »abrigada, pero que fuera llueve, nieva y yela.  
 »Llega un pajarito que cruza la sala de un vuelo,  
 »entrando por una puerta y saliendo por la otra;  
 »el instante de este trayecto, es un instante lle-  
 »no de dulzura para él; no siente la lluvia, el  
 »viento ni la helada; pero este instante es fugiti-  
 »vo y el pajarito desaparece en un abrir y cerrar  
 »de ojos, y *del invierno pasa al invierno*. Tal  
 »me parece la vida del hombre sobre la tierra, y su  
 »duracion de un momento comparada á la esten-  
 »sion del tiempo que la precede y que la sigue:  
 »*del invierno pasa al invierno*.

»El aire exterior, la lluvia, la nieve, el viento  
 »y las heladas; esta es la condicion del hombre;  
 »la sala caliente y abrigada, es el progreso; el pá-  
 »jaro es la civilizacion que cruza un momento  
 »por esta dulce temperatura, pero que no des-  
 »cansa en ella mucho tiempo, y perseguida por  
 »la inestabilidad humana *pasa desde el invierno*  
 »*al invierno*.

»Echemos leña en el hogar y roguemos á Dios  
»que la luz y el calor duren, diré á Mr. Pelletan;  
»pero no adulemos al pobre pajarillo que pasa y  
»no creamos en la eternidad de nada aquí abajo,  
»ni siquiera en la de nuestros sueños.»

## CUARTA CONFERENCIA.

---

### I.

Os hemos bosquejado una primera idea de la filosofía sagrada de la India. Pasemos ahora á su poesía, que tambien es su filosofía.

Pero, antes de reproducir algunos fragmentos de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva recientemente descubiertos, permitid que diga una palabra acerca de lo que se entiende por poesía.

Muchas veces he oido preguntar: ¿Qué es la poesía? Tanto valdría, á mi parecer, preguntar: ¿Qué es la naturaleza? ¿Qué es el hombre?

Nada se define, y esta impotencia de definicion es precisamente la suprema belleza de toda cosa indefinible.

Dejemos, pues, al gramático ó al teórico de-

finir, si puede, la poesía; nosotros diremos pura y simplemente la verdadera palabra: *misterio* del lenguaje.

La poesía, tal cual la concebimos, no es en realidad nada de lo que dicen; no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni la imágen, ni el color, ni la figura ó la metáfora en el estilo; no es ni siquiera el verso; es todo eso en la forma por mas que carezca de forma; pero es otra cosa además de todo eso; es la poesía.

## II.

Hay en todas las cosas humanas, materiales ó intelectuales, una parte usual, vulgar, trivial, que aunque necesaria corresponde mas especialmente á la naturaleza terrestre, cotidiana y en cierta manera doméstica de nuestra existencia. Hay tambien en todas las cosas humanas, materiales ó intelectuales una parte etérea, impalpable, trascendental, y por decirlo así, atmosférica que parece corresponder mas especialmente á la naturaleza divina de nuestro ser.

El hombre, por efecto de un instinto oculto, pero universal, parece haber sentido, desde el comienzo de los tiempos, la necesidad de espresar en diferente lenguaje las cosas distintas. Colocado para sentirlas y espresarlas sobre los límites de esas dos naturalezas humana y divina que se to-

can y se confunden en él, no ha conservado mucho tiempo el mismo lenguaje para espresar lo divino y lo humano de las cosas. La prosa y la poesía se han repartido su lenguaje, como se reparten la creacion. El hombre ha hablado de las cosas humanas y ha cantado las cosas divinas. La prosa se apoderó de la tierra y de todo lo que tiene relacion con ella; la poesía tuvo el cielo y todo lo que supera á la humanidad en la impresion de las cosas terrestres. En una palabra, la prosa ha sido el lenguaje de la razon, la poesía el del entusiasmo ó del hombre elevado por la sensacion, la pasion y el pensamiento á su mas alto poder de sentir y de espresar. La poesía es la divinidad del lenguaje.

### III.

¿Quereis una prueba de esa distincion sacada del hecho y no de la teoría? Observad, desde el origen de las literaturas, lo que ha pertenecido á la prosa y lo que ha sido del dominio de la poesía.

En todas las lenguas el hombre ha hablado y ha escrito en prosa las cosas necesarias á la vida física ó social, agricultura, política, elocuencia, historia, ciencias naturales, economía pública, correspondencia epistolar, conversacion, memorias, polémicas, viajes teorías filosóficas,

negocios públicos, negocios particulares; todo lo que pertenece esencialmente al dominio de la razón ó de la utilidad ha sido cedido sin deliberación á la prosa.

Por el contrario, en todas las lenguas el hombre ha cantado generalmente en verso la naturaleza, el firmamento, los dioses, la piedad, el amor, esa otra piedad de los sentidos y del alma, las fábulas, los prodigios, los héroes, los hechos ó las aventuras imaginarias, las odas, los himnos, los poemas en fin. es decir, todo lo que está un grado ó cien grados por encima del ejercicio puramente usual y racional del pensamiento.

El verbo familiar se hizo prosa, el verbo transcendental se encarnó en los versos. El uno discurreó, el otro cantó!

¿Por qué semejante diferencia en estos medios diversos de la espresion humana? ¿Quién ha enseñado á la humanidad que debía describir en prosa unas cosas y cantar en verso otras? Nadie. El maestro de todo, el fundador y el legislador de las formas y de la espresion humana, no es sino el instinto, esa revelacion sorda pero imperiosa, y por decirlo así, fatal en nuestro sér y en todos los séres. Analicemosnos nosotros mismos.

#### IV.

El hombre sensitivo y que piensa es un instru-

mento sonoro de sensaciones, de sentimientos y de ideas. Cada cuerda de este instrumento, templado por el Creador, experimenta una vibración y produce un sonido proporcionado á la emoción que la naturaleza sensible del hombre imprime á su corazón ó á su espíritu por la emoción mas ó menos fuerte que recibe de las cosas exteriores ó interiores.

Esceptuando el dolor extremo que hace saltar las cuerdas del instrumento y les arranca un grito inarticulado, grito que no es ni prosa ni verso, ni canto ni palabra, sino un desgarramiento convulsivo del corazón que estalla, el hombre se sirve para expresar su emoción de un lenguaje sencillo, habitual y templado como ella.

Cuando por el contrario la emoción es extrema, exaltada, infinita; cuando la imaginación del hombre se estiende y vibra en él hasta el entusiasmo; cuando la pasión real ó imaginaria le exalta; cuando la imagen de lo bello en la naturaleza ó en el pensamiento le fascina; cuando el amor, la mas melodiosa de nuestras pasiones, porque es la mas soñadora, le obliga á inspirar, pintar, invocar, adorar, echar de menos, llorar lo que ama; cuando la piedad lo eleva en sus sentimientos y le hace entrever en la lontananza de los cielos, la belleza suprema, el amor infinito, el origen y fin de su alma, Dios! y cuando la contemplación extática del Sér de los seres, le hace olvidar el mundo del tiempo por el

mundo de la eternidad; en fin, cuando en sus horas de descanso aquí abajo se desliga sobre las álas de su imaginacion del mundo real para perderse en el mundo ideal, como el buque que entrega al viento su velamen y que se separa insensiblemente desde la playa al inmenso océano; cuando se goza en la inefable y peligrosa voluptuosidad de soñar con los ojos abiertos, entonces las impresiones del instrumento humano son tan fuertes, tan profundas, tan piadosas, tan infinitas en sus vibraciones, tan meditabundas, tan superiores á sus impresiones ordinarias, que el hombre busca naturalmente para espresarla un language mas penetrante, mas armonioso, mas sensible, mas metafórico, mas alto, mas músico que su lengua habitual, é inventa el verso, ese canto del alma; como la música inventa la melodía, ese canto del oido; como la pintura inventa el color, ese canto de los ojos; como la escultura inventa los contornos, ese canto de las formas; porque cada arte canta para uno de nuestros sentidos, cuando el entusiasmo, que es la emocion en su mas alto grado, se apodera del artista. Solo la poesía, arte de las artes, canta para todos los sentidos á la vez y para el alma, que es el centro divino é inmortal de los sentidos.

Luego á una impresion superior corresponde tambien un modo superior de espresarla. Hé aquí á nuestro juicio todo el origen y esplicacion del verso, esta sublimidad de la espresion, ese verbo de lo bello, no solo en el pensamiento, sí que tam-

bien en el sentimiento y en la imaginación.

## V.

Pero se nos preguntará todavía, ¿cómo podrá discernir el hombre lo que debe ser hablado de lo que debe ser cantado entre las sensaciones ó los sentimientos que le conmueven?

Responderemos insistiendo en la palabra: *misterio*.

El hombre no necesita discernirlo, lo siente, y basta. Lo que es poesía en la naturaleza física ó moral y lo que no lo es se dá á conocer por caracteres que el hombre no sabrá definir con precisión, pero conoce á primera vista y á la impresión primera si la naturaleza lo hizo poeta ó simplemente poético.

Así, tomad por ejemplo la naturaleza inanimada, el paisaje.

Hé ahí una llanura inmensa, cultivada, fértil, cubierta de espigas, granero del hombre; pero esta llanura no está surcada por un río, ni limitada por cerros, ni inclinada hacia el mar, y sus horizontes se confunden con el cielo bajo y triste que la rodea. Verdaderamente es un espectáculo agradable para el labrador y un consuelo para el economista que calcula cuantos miles de hombres y de animales podrán mantenerse después de la siega con el trigo y la paja que promete.

Empero caminarías durante muchos dias ó muchos meses por tan fecunda y nivelada llanura sin que se presentase á tus ojos ni á tu alma un átomo en poesía en aquel granero del hombre.

¿Dónde hallarla en esa llanura? Bien veo la riqueza y la utilidad; pero lo bello, la impresion, el sentimiento, el entusiasmo ¿dónde se encuentran? Acaso no se encuentre mas poesía en aquella inmensa estension de cosas útiles, que la mas inútil de ellas, el vuelo rápido y asombrado de una alondra azotada por el viento, que se levanta de improviso de aquel océano de doradas espigas para remontarse al cielo donde canta, no se sabe qué himno de vida, y que desciende despues de haber alegrado el oido de sus hijuelos ocultos en un surco; ó bien el chirrido estridente del grillo que se abrasa con el calor del sol sobre la tierra árida; ó el ruido seco y metálico de la paja de las espigas que la brisa roza unas contra otras, y que interrumpe de tiempo en tiempo por sus ondulaciones parecidas á las del mar, con el silencio melancólico de la estension.

## VI.

Luego ¿por qué es prosáica la llanura, y por qué la alondra, el grillo y la brisa que zumba en las espigas son poéticas? ¿Quién sabrá decirlo?

¿Acaso porque la alondra ofrece el contraste

de un poco de alegría en medio de aquella monótona tristeza, y de un poco de amor materno, dulce reminiscencia del de nuestras madres, cerniéndose sobre su nido?

¿Acaso porque el grillo nos recuerda el árido desierto de la Siria, en el que solo el grito del mismo insecto anima, aunque turba de lejos, el camino silencioso que sigue el camello por las ardientes arenas de la tierra?

¿Acaso porque el susurro y ondulaciones de las espigas maduras movidas por la brisa nos trasportan por la analogía de su ruido sobre las rizadas olas del océano, junto al palo en que ondea de la misma manera el velamen?

Y ¿por qué esos tres pequeños fenómenos, esas tres pequeñas imágenes constituyen á nuestra vista la sola poesía de aquel dilatado espacio? Porque esos tres fenómenos y esas tres imágenes nos producen una emoción, y la inmensa llanura de espigas solo nos dá una idea de su riqueza.

Luego no es lo útil lo que constituye la poesía, sino lo bello. La espiga es útil, pero la alondra vive, el grillo canta, la brisa murmura, el corazón simpatiza, la memoria recuerda, surge la imagen, nace la emoción y con ella la poesía en el alma. Podeis cantar la alondra, el grillo, la brisa zumbando en el rastrojo; pero os desafío á cantar el campo de mies, la gavilla, el saco de trigo ó cebada: eso se cuenta, pero no se canta. En los números no hay poesía.

## VII

Pero os acercáis á los Alpes; las nieves violáceas de sus escarpadas cimas se destacan por la tarde sobre el profundo azul del firmamento; la estrella se muestra á la hora del crepúsculo como una vela emergente en el océano del espacio infinito; las grandes masas de sombra resbalan por las pendientes sobre los flancos de las rocas ennegrecidas por bosques de pinos; chozas aisladas y suspendidas de los promontorios como nidos de águilas, humean á consecuencia del fuego que la familia enciende por la noche, y el humo azulado se funde en ligeras espirales en el éter; el lago límpido se ofrece á la vista mitad oscurecido por las sombras, y mitad reflejando las nieves y el sol en su ocaso como en un espejo; algunas velas resbalan sobre su superficie, y los barcos aparecen cargados de ramas de castaños cuyas hojas se bañan por última vez en las ondas; óyese solo el golpeo cadencioso de los remos que acercan al barquero á la orilla donde la muger y los hijos del pescador le esperan en el umbral de la puerta de su casa; las redes están puestas á secar en la arena; una tocata de flauta, un mugido de las vacas del prado interrumpen á intervalos el silencio del valle; el crepúsculo se apaga, el barco toca á la orilla, un

rojizo resplendor brilla aquí y allí á través de los cristales de las ventanas de las chozas; no se oye mas que el embate alternado de las tranquilas olas del lago, y de tiempo en tiempo el sordo estrépito de una avalancha de nieve cuyo polvo blanquecino aparece por encima de los pinares; millares de estrellas visibles en aquella hora, flotan como flores acuáticas de nínfea azul sobre las olas; el firmamento parece tener abiertos todos sus ojos para admirar aquel estanque de las montañas; el alma abandona la tierra, siéntese á la altura y en la proporcion del infinito; se atreve á acercarse á su Creador casi visible por la transparencia del firmamento en aquella hora; piensa en los que conoció, amó y perdió en la tierra, y espera, con la certeza del amor, reunirse muy luego á ellos en la otra vida: se conmueve, se entristece, se consuela y se regocija; cree, porque vé; llora, adora, se funde como el humo azulado de las casitas rústicas, como el polvo de la cascada, como el susurro de la ola sobre la arena, como la luz de las estrellas en el éter, y participa de la divinidad del espectáculo.

¡Hé aquí la poesía del paisaje! Os reto á hablar, contemplando estas maravillas, en lenguaje vulgar. Cantad entonces, porque estais conmovidos cuanto pueden estarlo las fibras del instrumento sin romper las cuerdas. La poesía nace en vos, os innunda, os sumerge, os ahoga; el himno ó el éxtasis nacen en vuestros lábios, el silencio ó el verso existen solo á la medida de

vuestras emociones.

¡Hé aquí una de las poesías de la tierra! Nunca acabaríamos si las enumerásemos recorriendo las escenas diurnas ó nocturnas de nuestra morada terrestre. Todo lo que encierra poesía exige ser espresado con un lenguaje superior á el usual, que es la espresion de las cosas ordinarias.

### VIII.

Pero ¿y el mar? El mar, ya sea que voguemos sobre sus olas, ya que contemplemos su superficie desde el alto acantilado, tiene mil veces mas poesía que la tierra y las montañas. Responderemos con dos palabras: Porque encierra mayor número de emociones para nuestros ojos, para nuestro pensamiento y para nuestra alma. Un volúmen entero no bastaría para enumerarlas y definir las todas. Díganos, sin embargo, las principales.

Desde luego, el mar es el elemento móvil; su movilidad parece darle con el movimiento la vida, la pasión, la cólera, el sosiego de un alma á veces tranquila á veces agitada. Este movimiento y esta inestabilidad producen en nosotros una primera impresion de placer ó de terror:—De ahí la emocion!

Despues, el mar es trasparente; se parece al firmamento ó al éter que reflejan la luz del astro del dia ó de las estrellas; se trasforma incesan-

temente, como el camaleon por efecto del cambiante de sus colores, envolviendo ya la luz, ya la noche en sus olas.

Es inmenso, é imprime por su estension sin límites, una idea de grandeza tal que hace pensar en el infinito.

Sus olas, cuando lamen en silencio las húmedas arenas de la playa, nos recuerdan la dulce respiracion de un niño dormido sobre el seno de su madre.

Cuando se agita espumosa al amanecer de un dia de verano, y la gaviota inclinada como un pájaro herido sumerge una de sus alas en el polvo de esta espuma, el mar recuerda el hervor armonioso del agua que comienza á estremecerse sobre el fuego.

Cuando se aglomera en montañas húmedas á impulsos del pesado viento de otoño, y se aplana con rebotes retumbantes sobre las peñas quebradas de los cabos, recuerda el zumbido del trueno en las nubes y el temblor de tierra que arruina las ciudades.—¡Emocion!

Si un buque náufrago aparece y desaparece alternativamente sobre la voluta ó en la profundidad de sus olas, se piensa en el peligro que amenaza á los hombres embarcados en el navío, se ven de antemano los cadáveres que el flujo hará rodar al dia siguiente sobre la playa, y las mujeres, las madres de los náufragos que vendrán á registrar entre las algas estremecidas y llorosas temiendo encontrar el cuerpo de un esposo, de

un padre ó de un hijo.—¡Emocion!

Si un buque zarpa del puerto con buen tiempo, se piensa en los países lejanos y desconocidos donde abordará, después de haber cruzado durante innumerables días aquel desierto de olas: esas tierras extranjeras se presentan en la imaginación con los misterios de clima, de naturaleza, de vegetación, de hombres salvajes ó civilizados que las habitan; figúrase uno ver otra tierra, otro sol, otros hombres y otros destinos.

Si una escuadra, cuyo regreso se espera, aparece á la puesta del sol mostrando los órdenes sucesivos de sus velas saliendo una á una como un rebaño de ovejas que suben un cerro por encima de la curva del horizonte, se piensa en los cañones que han tronado en sus andanadas, en los navíos que se han ido á pique acribillados por las balas enemigas, en los muertos, en los heridos que han caído sobre la cubierta derribados por la metralla; todas las imágenes de la guerra, de la muerte por la patria, de la gloria y del luto asaltan el pensamiento.—¡Emocion!

Si el mar está salpicado de barcas pescadoras á manera de un pueblecillo flotante, se piensa en la alegría de las cabañas que esperan de noche el fruto del trabajo del día, se ve encender sobre la costa una á una las luces de los faros, estrellas terrestres del marino.

Si el mar está desierto se piensa en el espacio que ningún compás puede circunscribir, señorío inconmensurable del viento que surca sus olas pa-

ra no se sabe qué género de miés de vida ó de muerte.

Si la mirada trata de sondar el lecho resonante de sus olas, se piensa en la profundidad de los abismos que ellas cubren, en los mónstruos que saltan ó se arrastran ó nadan en los misterios de aquel mundo de aguas.

En fin, si se calcula con el pensamiento la incalculable ondulation de esas olas que suceden á las olas que combaten, desde el comienzo del mundo con su flujo y reflujó el acantillado, cuyo granito pulverizado se ha trasformado en arena impalpable á resultas del rozamiento del agua, la imaginacion se pierde computando los siglos y se adquiere alguna idea de la eternidad.—Todo esto produce la emocion!

## IX.

Pues bien, todas estas emociones esparcidas ó reunidas forman para el hombre la poesía del mar, y acaban por dar al que las contempla el vértigo de tantas impresiones. Siéntase sobre la orilla injente de los mares, como dice Homero, y permanece solo, inmóvil y mudo mirando y oyendo el oleaje; ensáyase en presencia de este espectáculo á hablarse á sí mismo, busca involuntariamente una lengua que le recuerde la grandeza, la profundidad, la movilidad, el sueño, el

despertar, la cólera, el mugido, la cadencia del elemento del cual su alma, á fuerza de emociones ascendidas desde el abismo á sus sentidos, contrae un momento el infinito. Entonces el hombre ya no habla; esclama, gime, llora, se exalta, se estremece, goza, tiembla, se anonada, se prosterna, adora, ora; canta el *Te-Deum* de la grandeza de Dios y de la pequeñez del hombre, y su canto toma instintivamente la simetría, la sonoridad, la majestad, la caída y la recaída de las olas. Sus versos se construyen y se armonizan sobre la sucesion y sobre la alternativa de las olas por el ritmo, es decir, por la medida musical de las palabras. Pero, el corazon del hombre ¿no es acaso, un órgano ritmado?

## X.

Si recorriésemos sucesivamente de esta manera todos los fenómenos del mundo visible ó del mundo social, encontraríamos por todas partes innumerables elementos de poesía, ocultos para los profanos en toda la naturaleza, como el fuego en el pedernal. Todo es poético para quien sabe ver y sentir. No es ciertamente la poesía lo que falta en la obra de Dios, lo que falta es el poeta, es decir, el intérprete, el traductor de la creacion.

Pero ¿qué sería si recorriésemos todo el diapason del alma humana desde la infancia hasta la

caducidad, desde la ignorancia hasta la ciencia, desde la indiferencia hasta la pasion, para discernir con una sola mirada lo que es del dominio de la poesia, lo que pertenece á la prosa? Por do quiera encontraríamos que la emocion es la medida de la poesia en el hombre; que el amor es mas poético que la indiferencia; que el dolor es mas poético que la dicha; que la piedad es mas poética que el ateismo; que la verdad es mas poética que la mentira; y en fin, que la virtud ya sea que la consideréis en el hombre público que se sacrifica por su patria, sea que la considereis en el hombre privado que se sacrifica por su familia, sea que la considereis en la mujer humilde que se hace sirvienta en los hospicios del pobre, y que se sacrifica á Dios en el ser que sufre, encontrareis por do quiera, os lo repito, que la virtud es mas poética que el egoismo ó el vicio, porque la virtud es en el fondo la mas fuerte y la mas divina de las emociones.

## XI.

He ahí porque los verdaderos poetas cantan la verdad y la virtud, en tanto que los poetas inferiores cantan los sofismas y el vicio. Esos poetas del vicio son malos músicos que no conocen su instrumento. Pulsan la cuerda falsa y breve, en lugar de la verdadera y eterna. Se engañan

hasta para su gloria. En condiciones iguales de talento, el sonido que produce la emoci3n de lo bueno y de lo bello, es mil veces mas íntimo, mas sonoro que el sonido sacado de las pasiones superficiales 3 malas del hombre; cuanto mas se encuentra á Dios en una poesía, mas poética es, porque Dios es la poesía suprema. Se le ha llamado el grande arquitecto de los mundos; hubiera podido llamársele: El gran poeta de los universes!

## XII.

Si se nos interroga sobre la forma de poesía que se denomina *verso*, responderemos francamente que la forma del verso, del ritmo, de la medida, de la decadencia, de la rima 3 de la consonancia de ciertos sonidos semejantes al final de la lírica cadenciosa, nos parecen muy indiferentes á la poesía en la época adelantada y verdaderamente intelectual de los pueblos modernos.

Diremos mas; diremos, que á pesar de haber escrito nosotros mismos, una parte de nuestra endeble poesía bajo aquella forma, por imitacion y por hábito, confesamos que el ritmo, la medida, la cadencia, la consonancia sobre todo, nos han parecido siempre una puerilidad y casi una derogacion á la dignidad de la verdadera poesía.

¡No es en efecto pueril, no tiene algo de juego

de niños, esa condicion arbitraria y humillante de la prosódia de los pueblos, la cual consiste en trazar la espresion del pensamiento por medio de sílabas ya breves ya largas, como una bailarina de teatro que dá dos pasos cortos y uno largo sobre el escenario? ¿No es cosa por demás pueril que la poesía consiste en cortar la inspiracion en medio de su entusiasmo en dos emistiquios iguales en dias comunes como si las vibraciones del alma fuésen paralelas, y que la pasion, el amor, la adoracion, el entusiasmo, debiesen ser cortados por la cesura como la batuta del director de orquesta corta el tiempo en dos para marcar el compás á los músicos? En fin, como si el pensamiento no pudiera remontarse desde la tierra al cielo, á menos de unir á cada verso y con el nombre de ritmo: dos consonancias metálicas, como la bayadera de la India ata dos cascabeles á sus tobillos para entrar y prosternarse en el templo.

En verdad; cuando el hombre ha llegado al horizonte sério de la vida, por los años y por la reflexion, no puede menos que sentir cierta vergüenza de sí mismo, y cierto desprecio hácia lo que se llama con tanta impropiedad las condiciones de la poesía. Pues qué! la poesía *ó la emocion producida por lo bello*, la poesía, esa esencia de las cosas contenida en cierta proporcion en todo lo creado por Dios, la poesía dejará de ser lo que es porque el poeta dotado de ese sentimiento sublime *hácia lo bello*, no consienta hu-

millar ese sentimiento á una pueril simetría, á una vana consonanciá de sonoridad? Sería necesario avergonzarse del nombre de poeta, el mas hermoso de todos cuantos puede merecer el hombre en la region *de las almas*.

## XII.

Concebimos el *verso*, en el origen de las literaturas, cuando la inteligencia estaba menos desligada de los sentidos.

El hombre es un compuesto de sentidos y de inteligencia. La sensualidad y la intelectualidad de su ser debían asociarse hasta cierto grado en su lenguaje poético. La parte sensual ó musical de este lenguaje, debía acaso dominar entonces sobre la parte intelectual é inmaterial del pensamiento. El sonido podía prevalecer sobre el sentido.

Fué la época en la que la sensualidad popular inventó los ritmos, las cadencias, las intercadencias, las cesuras, los números, los emistiquios, las estrofas, las consonancias. La costumbre de no oír ó de no leer jamás la poesía sino bajo aquellas formas sonoras y simétricas, dió lugar á que se confundiera la poesía con el verso, el licor con el vaso, la materia con el molde. De aquí procede esa preocupacion que nos domina todavía; pero que está ya medio vencida. La poesía

llegada á su edad viril, se despoja de esas envolturas pueriles.

## XIV.

Entre los grandes escritores poetas, unos por impotencia y otros por desden, se han dispensado felizmente de la forma del verso, sin dejar por eso, de inundar el alma de poesía. Platon, Tácito, Fenelon, Bossuet, Buffon, Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand, madama Stael, madama Sand en Francia, y gran número de ellos en Inglaterra y en Alemania, han escrito páginas no menos tiernas, no menos armoniosas y no menos animadas que los poetas versificadores de nuestros tiempos y de los pasados. Puede afirmarse sin repugnancia que su prosa contiene una poesía mas verdadera que la de nuestros versos, porque es mas libre. Vencer dificultades es un placer para las inteligencias mas bien geométricas que entusiastas, pero no lo es para el ignorante. La mayor parte de los lectores no se cuida de los esfuerzos sino del efecto; la muchedumbre quiere sentir, no admirarse; de aquí nace el descrédito progresivo del verso y de la rima, que solo nos parecen ya un juego de la pluma ó del oído. De ahí tambien aquella blasfemia ininteligible de Pascal, que confundiendo al versificador con el poeta, se atreve á decir, »que un poeta es tan

despreciable á sus ojos como un jugador de bolos.» Frase exacta si se aplica á un recopilador de métricos y de rimas; frase absurda y blasfema contra la obra maestra de Dios, si se aplica al verdadero poeta, es decir, á aquel que termina la creacion contemplándola, aimándola y espresándola.

## XV.

Digamos algo sobre lo que se llama los diferentes géneros de poesía de escuela.

No es el género quien establece la primacía, es el génio. Sin embargo, si se quiere pueden clasificarse los géneros de poesía por su naturaleza. Cuanto menos sensual sea el poeta, mas espiritualista será; es decir, mas sobrehumano.

Así, que los primeros poetas son evidentemente líricos, esto es, los que cantan, porque su poesía es mas espiritualista que la de otros poetas, y porque se dirige á la mas alta de las facultades humanas: al entusiasmo.

Despues de estos, y con arreglo al mismo principio de mas ó menos puro espiritualismo en las obras, vienen los poetas épicos, es decir, los que narran, porque su poesía se dirige principalmente á una facultad secundaria de la inteligencia humana: el interes hacia las aventuras de la vida heróica ó nacional.

Luego vienen en tercer lugar, y siempre con

arreglo al mismo principio de la mayor ó menor pureza intelectual de la obra, los poetas dramáticos, es decir, los que representan en su poesía, por medio de personajes que hablan y obran sobre la escena las peripecias de la vida humana pública ó privada.

¿Por qué ese género de poesía que aparece con mas frecuencia en nuestros teatros ante el público es inferior á los otros dos? Porque se dirige especialmente á las dos facultades inferiores del espíritu humano: la curiosidad y la pasión.

¿Por qué? preguntamos todavía. Porque es entre todos los géneros de poesía aquel que se basta menos á sí mismo, que vive menos de su propia sustancia y el que mas necesita del concurso material de las otras artes para producir su efecto sobre los hombres.

El poeta dramático necesita para conmover con todo su poder el corazón humano, un teatro, una escena, decoraciones, músicos, pintores, actores, trages, gestos, palabras, lágrimas fingidas declamaciones, gritos simulados, sangre suelta, mil medios estraños á la misma poesía. Al poeta lírico ó al poeta épico le basta una gota de tinta en la punta de una caña ó de una pluma para trazar, evocar, inmortalizar sobre sus pápiros ó sobre una página, el entusiasmo, el interés, la oración, las lágrimas eternas del género humano.

## XVI.

Harto sabemos, y lo repetimos de nuevo, que fuera de esta superioridad ó inferioridad relativa de los géneros en la poesía, hay la superioridad ó la inferioridad de los poetas, que desmienten á menudo esta clasificación por la soberana escepcion del talento; que tal poeta épico como Homero por ejemplo, es igual ó superior á tal poeta lírico como Orfeo; que tal poeta dramático como Shakspeare, sobrepuja á todos los poetas épicos de los tiempos modernos, y contiene en su océano personal de facultades poéticas el himno, la oda, la narracion, el drama, la tragedia, la comedia, la elejía, todo lo que vibra, piensa, canta y llora, y todo lo que ríe en el corazón del hombre en lucha con la naturaleza.

Hice mal en decir todo lo que ríe, porque la risa no es del dominio de la poesía tal cual debe ser comprendida. Hasta cuando se ríe en verso, no solamente la risa no es nunca poética sino que es opuesta á toda poesía, porque es el reverso de todo entusiasmo, de toda belleza. La risa es una de las malas facultades de nuestra especie; es la espresion de la mancilla, de la burla, de la vanidad oculta, y de una maligna satisfaccion de sí mismo al sorprender á nuestros semejantes en flagrante delito de ridículo. La risa es chancera,

pero no es sana. Los grandes cómicos pueden tener el génio de la enfermedad humana; pueden ser grandes pintores, pero no serán jamás poetas en la espresion si no es por casualidad. La risa es la última de las facultades del hombre. La envidia, la malicia, la ironía, el desprecio y el vulgo, rien en sus dias de desgracia; pero nunca la piedad, el amor, la caridad, la virtud, el génio, el sacrificio ni la bondad. ¡Desgraciado el pueblo ateniense que se reía de todo, lo mismo de sus glorias que de sus desdichas!

Dispensadme esta imprecacion contra la risa en poesía. En el cielo no se rie. Solo rie Satanás cuando el hombre cae. Lo bello y lo santo son graves. Se trata de lo bello.

## XVII.

Una palabra ahora sobre las divisiones que hacemos en este libro.

El título y la forma de conferencias que hemos dado á este curso familiar de literatura universal, dicen bastante por sí mismos que no procederemos siempre metódicamente en este inventario de las obras intelectuales del hombre; pero que para evitar la monotonía, la saciedad y el fastidio, azote del estudio, saltaremos algunas veces de un siglo á otro siglo, de un hombre á otro hombre, de un libro á otro libro con la lógica

secreta de las analogías, pero tambien con la libertad de la conversacion. El órden de las materias, que es el hilo del laberinto, no se romperá sino en apariencia para el conjunto de la obra, porque tendremos mucho cuidado de no mezclar en la misma conferencia asuntos pertenecientes á tiempos, naciones y autores diferentes lo cual introduciría confusion en la obra, sino que consagraremos una ó mas conferencias á un mismo y solo asunto; colocando en el comienzo ó en el margen de cada una de ellas la época á que se refiere, de manera que al fin del curso puedan los lectores mandando encuadernar juntas las entregas, restablecer sin trabajo el órden cronológico invertido un momento por el solaz de la conversacion literaria.

### XVIII.

Un asunto tan vasto como el inventario de todas las literaturas, entraña esencialmente algunas de esas grandes divisiones que son la distribucion de la luz entre las diferentes partes del mismo asunto.

En este supuesto, nuestro procedimiento no será el de la ciencia sistemática y arbitraria que divide por géneros, sino el de la naturaleza que procede por órden de sucesion de tiempos y que divide por épocas.

La division por *géneros*. si bien puede ser empleada con cierta medida y como subdivision en nuestros estudios, tiene el inconveniente de ser mas especiosa que verdadera, y mas convencional que real; porque los géneros no son ni tan distintos, ni tan separados, ni aun tan demarcados como afirman los autores de esas clasificaciones artificiales. Los géneros se confunden á cada paso en un mismo libro y bajo la pluma del mismo escritor. Pues qué ¿no hay efectivamente, religion en la filosofía, filosofía en la historia, drama en la narracion, narracion en el drama, poesía en la elocuencia y elocuencia en la poesía? ¿Qué mano bastante minuciosa y bastante segura puede escojer y hacer esa reparticion de los géneros de manera á constituir con ella la base absoluta de una clasificacion metódica de las obras literarias del espíritu humano? Nos engañaríamos á cada instante, queriendo dividirlo todo; lo que se haría sería confundirlo todo.

Dividiremos, pues, como la naturaleza, por generaciones de génio ó por épocas. Y á fin de evitar el esparcimiento de la atencion que un número demasiado considerable de épocas introduciría en la memoria y en la inteligencia, nos limitaremos á dividir la literatura del género humano en cuatro grandes épocas:

*Epoca primitiva* ú oriental, india, china, egipcia, árabe y ebráica.

*Epoca greco-latina* empezando en Homero y terminando en el cristianismo.

*Epoca intermediaria* decadencia, barbarie, renacimiento, empezando por la caída del imperio romano y concluyendo en el nacimiento del *Dante* en Florencia, época en la cual Italia representa un gran papel y que pudiera llamarse época italiana.

Finalmente, *Epoca moderna* empezando en el siglo décimo quinto, caracterizándose en Italia, en Francia, en España, en Alemania, en Inglaterra y continuándose con diversas facetas de ascendencia ó decadencia hasta nuestros días.

Así, pues, época primitiva,

Epoca greco-latina,

Epoca intermedia (ó interregno de las letras),

Epoca moderna,

hé aquí nuestros jalones. No perdiéndolos de vista en las diferentes escursiones que vamos á emprender juntos por las obras del espíritu humano, sabremos siempre á qué altura nos encontramos, y podremos presentir, tal vez, á donde vamos.

## XIX.

### LA INDIA, LA CHINA, LOS EGIPCIOS LOS HEBREOS.

Empecemos por hablar de la India poética.

El tupido velo que nos ocultaba todo un mundo, se ha rasgado respecto al antiguo Oriente en dos épocas cercanas. Ese velo es el que nos ocultaba la China, sus religiones, su filosofía, su historia, su prodigiosa civilización sospechada apenas por los griegos y los romanos, como uno de esos planetas lejanos de los cuales los astrónomos perciben algunos resplandores á distancias infinitas. Los portugueses y los venecianos fueron los Cristóbal Colon que descubrieron aquel nuevo mundo á la Europa. Los misioneros jesuitas del siglo de Luis XIV, fueron los que lo exploraron, y quienes nos describieron sus maravillas en libros y escritos inimitables.

El velo, en fin, que nos ocultaba la India, velo que se ha rasgado recientemente, y que se rasga cada dia mas por la mano de los sábios ingleses, desde el momento que las armas de Inglaterra realizaron la conquista de aquellos paises empresa soñada solamente y apenas bosquejada por Alejandro Magno. Cada dia adquirimos desde aquel momento, nuevas luces de nuevas lenguas y nuevos monumentos de aquella region cuna de las filosofías, de las poesías y de las historias; verdadero *Edem* de las literaturas antiguas, perdidas y encontradas al pié del Himalaya en las orillas del Ganjes y del Indó.

De la misma manera que el geroglífico y el papiro del Egipto, aquellos monumentos y lenguas misteriosas que contienen un secreto en cada palabra, no nos lo han dicho todo todavía; pero escuchemos desde luego lo que ya nos han revelado sobre lo mas antiguo, lo mas santo y lo mas bello; y hagamos conjeturas acerca de lo ignorado. Una multitud de traductores estudiosos, tenaces en escudriñar los libros indios *sanscritos*, como los obreros empeñados en descubrir esfinjes en los desiertos del Nilo, nos han proporcionado abundantes textos para estudiar la literatura de la India. Hemos hablado ya de los *Vedas*.

## XX.

«La poesía mística de la India,» escribe uno de los sábios orientalistas, que ha sido el primero que ha disipado para la Alemania y la Francia, las tinieblas que envolvian la lengua sanscrita, (el baron de Eckstein) «tiene por texto habitual »el amor pasional y estático del alma por su creador. Este amor el mas etéreo y el mas santo que »el hombre puede sentir. se espresa en ella por »las imágenes sensuales del *Cántico de los cánticos*, pero con una inocencia en la espresion, »que no se encuentra en el *hebreo* mismo. Se »percibe en ella la púdica desnudéz del hombre y »de la mujer en la pureza inmaculada y sin som- »bras de otro Edem.» Nuestras costumbres que no sufren ya esa sencillez del alma por todo lo que es santo, me vedan reproducir aquí aquellos éxtasis de la literatura sagrada de la India.

La literatura moral de aquel país se compone segun el mismo crítico, de fórmulas y de máximas que, bajo una forma breve y sentenciosa, encierran preceptos de la mas austera moral. Jamás la conciencia del género humano escribió con mayor autoridad y evidencia, esas leyes inspiradas por Dios, que son el código innato del ser creado para vivir con la vida de la justicia, del desinterés y de la virtud en sociedad.

«Es la misma sabiduría bíblica de los patriar-  
»cas concebida en una forma breve, y espresada  
»en un ritmo grave por una imágen sorprendente  
»y sencilla que se imprime como la marca de  
»un sello en la memoria. Esta poesía moral de  
»la India, continúa el crítico, tendría para nos-  
»otros cierta analogía con los *Pensamientos* de  
»Pascal; manifiéstase una grande esperiencia en  
»estos resúmenes de la sabiduría de la India; sa-  
»biduría que tiene algunas veces, la sonrisa de la  
»ancianidad en los lábios, pero nunca la ironía.»

## XXI.

Las leyes estaban escritas en language rítmico; para facilitar el ejercicio de la memoria.

Los diálogos que esplican el sentido de aquellas leyes y de los dogmas de la religion, son uno de los monumentos mas admirables de aquella literatura. Creése oír en ellos los *Platones* del Ganges discurriendo con sus discípulos. Los mas notables de esos diálogos, llevan efectivamente un título que significa: las SESIONES, es decir: *Cursos de sabiduría en los cuales los discípulos están sentados á los piés de su maestro y escuchan su palabra.*

Otros fragmentos morales contenidos en los inmensos poemas índios, se titulan el *Canto del Señor*, ó del Altísimo. El filósofo trasformado en

poeta para atraerse la imaginacion del pueblo, canta la *Ley de la libertad del alma, ó, de su emancipacion de los lazos de la materia.*

Estos poemas gigantescos que cuentan doscientos mil versos, son las pirámides egipcias de la literatura. Mídeselos con cierto terror misterioso; no se adivina con claridad su destino; no son obra de la mano de un solo hombre; cada siglo parece haber puesto su piedra en ellos, son epopeyas medio divinas y medio humanas de aquellas teologías sucesivas de la India; las tradiciones populares, los misterios sacerdotales y las historias nacionales, están confundidas en ellas y cantadas con un acento poético, ora heroico, ora sagrado. Los apólogos celestes y las conquistas de los héroes están interrumpidos por episodios místicos ó románticos que los hacen semejantes á una *Biblia poética*, en la cual la legislacion de Moisés y los misterios de Jehová, estuviesen mezclados con los cuentos mas maravillosos que pudiese inventar la imaginacion árabe ó persa.

Son episodios sobre todo, larguísimos como poemas, los cuales han sido traducidos desde la conquista de la India por los eruditos, en inglés, en aleman y algunos en francés.

## XXII.

Después de la poesía que canta, ó sea la *lirica*, después de la poesía que piensa, ó sea la *filosófica*; la poesía que narra, ó sea la *épica*, es la obra maestra del espíritu humano. Muchas de las grandes razas humanas llamadas naciones, solo han dejado un poema épico como huella de su paso sobre la tierra. Esto basta para memoria eterna. Un poema épico resume un mundo entero.

La India tiene dos. Estos poemas, lo repetimos, no son obra de una sola mano. Sin duda alguna, el pueblo es quien se ha levantado á sí mismo un siglo tras otro siglo, esos prodigiosos monumentos á la manera de los templos de Atenas y Roma á los cuales cada generacion añadía una hilada de sillares. Estos dos poemas salidos de un océano de recuerdos, en los cuales llegaban á recojerse y conservarse las tradiciones religiosas, heróicas, nacionales y populares de la India, son el MAHABARATA y el RAMAYANA.

De la misma manera que la *Iliada* y la *Odissea*, esas dos grandes epopeyas del mundo griego, fueron evidentemente cantos populares y tradiciones confusas de los pueblos helénicos antes de ser coleccionados, coordinados y divinamente cantados por Homero; de la misma manera, repetimos, los poemas épicos de la India, el RAMAYANA

y el MAHABARATA, fueron primitivamente narraciones heróicas y sistemas religiosos reunidos, combinados y cantados por los últimos poetas, autores de esos poemas.

Por mucha que sea la fecundidad del pensamiento, la imaginación de un hombre no es suficiente para crear esa multitud de fábulas sagradas ó de narraciones populares. Un poeta épico, no es mas que un historiador que canta en lugar de escribir. Para que un pueblo escuche y conserve en la memoria esas narraciones cantadas, es necesario que aquello que se le canta haya sido aceptado como un fondo de verdad en sus tradiciones. Estos poemas son siempre para un pueblo verdaderos archivos ilustrados con sus creencias, sus costumbres, sus acontecimientos nacionales, ó al menos con sus fábulas teogónicas. Tal es el carácter de las grandes epopeyas indias.

### XXIII.

El RAMAYANA es, sobre todo, un poema simbólico. Reconócese en él la fuente donde la mitología griega tomó, alterándola, la fábula de Proserpina. Vais á juzgar de ello.

*Kora*. hija de Damata, vírgen pura y jóven, es arrebatada á su madre en la flor de su edad por el dios del abismo ó del infierno. Este dios se desposó con ella y la arrastró á un mundo infe-

rior y subterráneo. *Kora* llegó á ser la reina de los muertos. Pero el dios del abismo, su esposo, la devuelve todos los años por algun tiempo á las caricias y á los lamentos de su madre; reaparece, pues sobre la tierra en el estío, época de las conchas, estacion durante la cual las almas de los muertos se cuidan particularmente de los vivos, asegurándoles la porcion de trigo ó de arroz que necesitan para alimentarse sobre la tierra.

*Sita*, la heroína de la epopeya india es la *hija del surco*; en lugar de nacer de la espuma del mar, como la *Venus* griega, nace de un surco bajo la reja del arado de su padre rey labrador.

Reconócese fácilmente en estas fábulas el génio diverso de los filósofos y de los poetas que las inventaron y se las hicieron aceptar al pueblo: los griegos, pueblos insulares ó marítimos, hacen nacer la diosa de la vida del seno de las aguas; los indios, pueblos agrícolas, la hacen nacer de un campo arado.

En derredor de esta fábula simbólica se agrupan y suceden las narraciones épicas de la conquista de la India meridional y de la isla de *Ceylan* por los héroes de la India montañosa. En los fragmentos de estos poemas traducidos por los sábios intérpretes de la lengua sanscrita, en la cual están escritos, se revela el génio heroico y el génio sacerdotal que se confunden ora en relaciones de batallas, ora en el refinamiento mas espiritualista de la moral y de la teología. Se conoce que son tradiciones guerreras conservadas y

transfiguradas por sacerdotes.

## XXIV.

El asunto de la gran epopeya indiana el MAHÁRATA, es la guerra de dos grandes razas y de dos dinastías que se disputaron en tiempo immemorial la posesion de las llanuras de la India. No existe en ninguna lengua un cuadro mas grandioso y acabado que el que nos pinta la derrota del partido vencido y muerte de la familia real. Priamo, Hector, Hecuba, la destruccion de Troya descrita por Homero, no tienen igual repercusion de la caida de los imperios en el corazon del hombre. La escena de los lamentos de las mugeres y de los ancianos sobre los cadáveres de sus esposos y de sus hijos, parece haber sido escrita por un gigantesco antepasado de Esquilo. Al final de este poema aparece el último de los héroes del partido vencido caminando de eminencia en eminencia para huir de la muerte por las alturas del Himalaya, esos Alpes de la India, donde los dioses le reciben en un carro aéreo para darle asilo en el cielo. Pero en el momento de penetrar se le niega la entrada con su perro, el solo amigo que le ha seguido hasta aquellos límites del mundo. El héroe renuncia al cielo si no se admite á su fiel compañero y á los parientes y amigos que ha dejado en las angustias de la vida.

terrestre. Compadecidos los dioses de tanta virtud, se apiadan de él y le admiten en la celeste morada con sus déudos y con el fiel animal. Símbolo del sacrificio de sí mismo por amor al hombre, ejemplo de esa caridad tan grata á los dioses, y que se estiende mas allá del hombre á toda la creacion animada ó inanimada.

## XXV.

Un sábio traductor francés, Mr. Eduardo Foucaux, de la sociedad asiática de Paris, publica este fragmento traducido precisamente en los momentos en que damos á la estampa estas líneas; fragmento en el cual se contiene uno de los episodios mas tiernos del poema, los amores de *Nala* y *Damayanti*. Ni la Eva de Milton ni la Penelope de Homero personifican el amor mas inocente mas constante ni mas santo, que *Nala*, la heroína del poema indio.

## XXVI.

En otro lugar de este fragmento (que extractamos) dice Mr. de Lamartine hablando de un cuadro de la naturaleza que pinta el poeta. »La paleta humana no tiene en Europa dibujo ni co-

lores comparables con la descripción del mundo vegetal en medio del que discurre Damayanti por las pendientes del Himalaya entre ventisqueros, torrentes, volcanes, rocas y árboles de naturaleza virgen y primitiva. Es la juventud de la creación desarrollándose con una savia y una vida que se oye y que se vé surgir al calor de los rayos de los primeros soles. La púdica belleza de la amante abandonada resplandece en este cuadro mucho mas que el mismo sol; es la Eva de otro paraíso terrenal. Un tigre se acerca para devorarla, pero vencido por la hermosura y la santidad de la esposa, se echa á sus pies y la adora.»

Mas adelante prosigue: »Detengámonos un momento y admiremos la encantadora, la tierna ingenuidad del poeta, que recuerda unas veces la majestad de Homero y otras la sublimidad de la Biblia. Esta poesía india vive y alienta; en sus venas circula una savia ardiente que fecundiza el fuego creador, de la misma manera que se estiende en las hojas y en las flores de la palmera de aquellos climas, el jugo nutritivo que hace vegetar el árbol que renueva su esbelto tronco y se transforma en néctar embriagador. Todo es en ella pasión, pero pasión tranquila; la razón domina la pasión, todo es en ella sencillo como la naturaleza manifestándose con sus espresiones las mas espontáneas; jamás la naturaleza inspiró y prestó á la poesía acentos mas verdaderos y emanados mas intimamente de la emoción y de la conciencia. Ha-

gamos votos, añade, para que esta poesía nueva, en fuerza de ser antigua y que presenta rasgos de semejanza, y muchas veces de superioridad con la poesía de los griegos, se vea asociada un día á las obras literarias de la Grecia para ser destinada á la enseñanza de la juventud.

## XXVII.

»La moral de esos grandes poemas simbólicos y sagrados de la India primitiva,» concluye el autor, »es tan divina como su poesía es sublime; despréndese de ella, y por cualquiera lado que se la mire, una unción que no solo enternece el alma sino que también edifica el corazón. Al cerrar el libro se siente uno como hechizado; el poeta es en él quien santifica el alma; no es embriaguez lo que se desprende de su libro, es incienso.

La literatura sagrada de la India tiene, además, un carácter que la acerca á la literatura hebraica, exclusivamente religioso. Todo poema es un símbolo que reviste un dogma; todos sus versos son álas que elevan el alma al cielo. Estos poemas pueden compararse á grandes sacrificios, en los que la imaginación, el sentimiento, el génio del poeta se consumen llenos de entusiasmo sobre la pira para iluminar á los hombres y honrar al cielo.»

## XXVIII.

Despues de estos breves y magistrales párrafos con que Mr. de Lamartine dispone el ánimo y la atencion de sus lectores, entra de lleno en el estudio de las representaciones escénicas de la India primitiva y en el exámen de los dramas siempre morales, siempre sencillos, siempre filosóficos y á la par didácticos, que han inmortalizado el génio de la literatura de ese pueblo mas grande que por su antigüedad por la fuerza de su doctrina religiosa, filosófica y humanitaria.

Como prueba irrecusable de esta verdad nos ofrece en primer término el análisis de un pequeño dráma filosófico y moral arrojado como un arabesco en las páginas del vasto poema el *Mahabarata*, episodio breve y que parece mas bien un apólogo humano que un canto épico titulado, *El Brahaman desventurado*.

Despues nos presenta y comenta una de las obras maestras épica y dramática á la vez del génio de la literatura india; obra que reúne en una sola accion todo lo que se contiene de mas pastoral en la Biblia, de mas patético en las obras de Esquilo y de mas tierno en las de Rasine. Esta obra maestra es el poema dramático titulado, *Sacuntala*.

»La impresion que produjo en mí, dice, la vez

primera que pasé la vista sobre este trabajo literario, exhumado de una lengua muerta y muda hace tantos siglos, fué vehemente y entusiasta. Parecióme ver reunido en él y en un solo poeta primitivo el triple génio de Homero, de Tácito y del Tasso.

Terminada la breve esposicion y comentario del drama *Sacuntala*, Mr. de Lamartine pasa á hacer el exámen de una tragedia del Esquilo indio, *Bavahbuti*, poeta dramático cuyo retrato nos hace en los siguientes rasgos.

«*Bavahbuti*» magestuoso, grande, educado en los bosques del Gondwana á cuya sombra terrible se meció su cuna, parece haber salido de las manos de la naturaleza, como el Moisés de Miguel Angel brotó de la mente del escultor. Es inútil que la conciencia turbada se repliegue sobre sí misma; *Bavahbuti* la escita, la remueve y la obliga á confesar su crimen ó á manifestar sus remordimientos; de la misma manera que un guerrero temible arrancaría del santuario á un criminal que buscase un asilo en él. En la poesía de *Bavahbuti*, rugen y se calman alternativamente las tempestades de las pasiones que su mano poderosa despierta ó aletarga segun su agrado. Nunca brotaron del alma humana acentos mas apasionados; así es que se le llamó *Srikantha*, que quiere decir, el hombre cuyos labios son el templo de la elocuencia. El padre de *Bavahbuti* fué un brahman de aquella ilustre raza cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos

heróicos. Su familia habitaba la provincia de la India que llamamos hoy en día Decan, situada al occidente de las altas montañas y de los dilatados bosques que esparcieron su sombra y su terror sagrado sobre el alma del joven poeta.»

Terminado el análisis de los dramas de que queda hecho mencion, Mr. de Lamartine se estiende en sábias y eruditas consideraciones acerca de la poesía y del teatro índio.

El carácter de inocencia que se revela en el teatro índio, dice, da lugar á suponer que las representaciones eran fiestas religiosas ó reales, que se daban de tarde en tarde al pueblo. Las piezas dramáticas, en las que el diálogo espresaba en prosa los pensamientos templados y en verso los sentimientos patéticos, las emociones terribles y los éxtasis del amor; eran préviamente retocadas y corregidas, como destinadas tanto para la enseñanza como para la distraccion. No se puede dudar de ello cuando se sabe, que los diferentes modos de música ó de danza que representaban un gran papel en las ceremonias sagradas y en la instruccion pública, eran considerados como venidos del cielo y dados á los hombres por los dioses.

En otro lugar, dice:

«Había en el teatro índio, segun los comentaradores, una singularidad que no se encuentra en ningun teatro moderno, y que atestigua el prodigioso desarrollo de la educacion pública entre aquellos pueblos; esta singularidad es, que los

»personajes hablaban varios idiomas en el mismo  
»drama. Servíanse en él hasta de dos lenguas  
»muertas, el *sanscrito*, dialecto sagrado, reser-  
»vado para los actores que representaban los dio-  
»ses ó los héroes, y otra lengua no menos anti-  
»gua, reservada para las mujeres que represen-  
»taban el papel de heroínas del drama.

»El inmenso número de espectadores compues-  
»to como en Atenas y Roma, de todos los habi-  
»tantes de la ciudad, hacía imposible las repre-  
»sentaciones dentro de una sala de espectáculo.  
»Así es que el lugar de la escena era siempre, ó  
»un sitio elegido á campo raso, ó un patio del  
»palacio de los príncipes. Un libro en el cual se  
»dan á los poetas índios reglas para accionar y  
»para decorar la escena, describe en estos tér-  
»minos el aparato de decoracion. Se verá desde  
»luego por esta breve descripcion cuán lejos es-  
»taba de la barbárie el antiquísimo Oriente.

«El pórtico de la sala en la que los bailes se  
han de verificar, será elegante y espacioso, y es-  
tará cubierto de cortinajes sostenidos por ricas  
pilastras, las que se adornarán con guirnaldas.  
El señor del palacio tomará asiento en un trono  
levantado en medio. A su izquierda se situarán  
los individuos de su familia que moren en su ca-  
sa, y á su derecha las personas distinguidas por  
su nacimiento. Detrás de esta doble fila de dere-  
cha é izquierda tomarán asiento los principales  
funcionarios del estado y de palacio; los poetas,  
los astrólogos, los médicos los y sábios ocuparán

un lugar detrás del trono. Mujeres provistas de abanicos y moviendo plumas de pavo real, notables todas por su belleza y la gracia de sus formas, rodearán al señor. Hombres armados con bastones para mantener el orden entre los espectadores se situarán convenientemente, y la gente de armas hará centinela en las avenidas. Cuando todo el mundo haya tomado asiento, los actores entrarán y cantarán ciertos aires: la primer bailarina levantará el telon y aparecerá ante el público; luego, despues de haber arrojado flores á la asamblea manifestará su talento y las gracias de su arte.»

• • • • •  
• • • • •

Estas representaciones eran muy poco frecuentes, visto que los dos mas grandes poetas dramáticos de la India, *Kalidasa* y *Bavahbuti*, solo compusieron, cada uno, tres dramas.

Tales eran, concluye Mr. de Lamartine, las representaciones escénicas de la India primitiva, en tanto que el resto del Asia, á escepcion de la China y del Africa, la Europa, Grecia, Roma y las Gálias, balbuceaban todavía la lengua de la filosofía, de la poesía y del arte. A pesar de lo que ha dicho Voltaire, el dia moral se levantó en Oriente así como el dia celeste.

---

Bien hubiéramos querido seguir al ilustre autor de los CURSOS FAMILIARES DE LITERATURA en la dilatada y espaciosa escursion que hace por los dominios de la literatura India, seguros de que hubiera sido del agrado de nuestros lectores; pero la índole de esta publicacion, la forma que hemos adoptado, y sobre todo, el título de *Trozos escogidos*, que hemos dado á esta traduccion, nos imposibilitan de cumplir nuestro deseo.

Además, teniendo como tenemos en perspectiva los cuadernos sucesivos en los cuales se desarrollan en grandes y magistrales rasgos las mas árduas cuestiones de literatura, poesía, filosofía, historia y política; no hemos vacilado en hacer la mutilacion indicada animados del deseo de llegar lo mas antes posible á ofrecer á nuestros lectores, los animados é instructivos cuadros que presenta el autor en la série de cuadernos que ha dado á la estampa.

¿Quién no deseará en los momentos actuales en que España está atravesando una crisis suprema, conocer los pormenores de otra situacion análoga y semejante, que atravesó la Francia en 1848, descritos por Mr. de Lamartine presidente de aquella república y autor del libro que estamos traduciendo? Pues bien; la historia de aquellos sucesos, narrada por pluma tan autorizada y la

historia de la influencia que la literatura francesa ha ejercido en las revoluciones de aquel país, y la que la revolucion ha ejercido en la literatura de aquel gran pueblo, es lo que ofrecemos á nuestros lectores en el tomo segundo de estos *Trozos escogidos de los cursos familiares de literatura de Mr. de Lamartine.*

## ADVERTENCIA.

---

El órden que hemos establecido en la traducción de los *Cursos familiares de literatura* de Lamartine, nos obliga á dar en este primer tomo, menos páginas de lectura de las ofrecidas; mas para no faltar á la promesa anunciada en el prospecto, supliremos con exceso en el segundo tomo la falta que se advierte en el presente. Esto mismo hemos hecho en la publicacion de *Medina*, cuyo segundo tomo consta de 320 páginas.

Además hemos tomado nuestras medidas para que el tomo segundo de estos *Cursos familiares de literatura* principie á repartirse el 26 de diciembre.

Al mismo tiempo rogamos á nuestros suscritores que si notaren alguna falta en la exactitud de la reparticion de esta biblioteca se sirvan reclamar á la administracion.



LIST OF CONTENTS

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX



## LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

---

(CONTINUACION.)

- 114 D. José de la Lastra.
- 115 » José Rubio.
- 116 » Rafael Leon.
- 117 » F. Pajés del Corro.
- 118 » Pedro Rodriguez de la Borbolla.
- 119 » Pedro G. Quintana.
- 120 » Ignacio Vazquez y Rodriguez.
- 121 » Francisco García de Arrafan.
- 122 » Manuel Garcia.
- 123 » Rafael Perez del Alamo.
- 124 » Juan Lerena.
- 125 » Miguel Escribano.
- 126 » Juan C. Artíñano.
- 127 » José María de la Herrán.
- 128 » Gregorio Tobía.
- 129 » Quiterio Sainz.
- 130 » Melquiades de Valdenebro.
- 131 » J. Cunningham.
- 132 » Juan María Florindo.
- 133 » Juan Torres.

- 134 » Diego Peña.
- 135 » Pedro Roman.
- 136 » Vicente Rodriguez.
- 137 » Luis Aznar.
- 138 » José Ochoa.
- 139 » Manuel G. Leaniz.
- 140 » Manuel Fuertes.
- 141 » V. Monpribat.
- 142 » Ricardo de Soto.
- 143 » F. Colom.
- 145 » J. M. Ceballos.
- 146 » José María Asensio.
- 147 » Leonardo García de Leaniz.
- 148 » Juan Real.
- 149 » Filomeno Aparicio.
- 150 » Joaquin Haro.
- 151 » José Manuel García.
- 152 » Manuel Feliu.
- 153 » César de Silva.
- 154 » Carlos Venega.
- 155 » Antonio Millan.
- 156 » Emilio Marquez.
- 157 » F. Rodriguez.
- 158 » José Navas.
- 159 » Eduardo Cuadrado.
- 160 » Roman García.
- 161 » José de Cocío.
- 162 » Cayetano Vazquez.
- 163 » José Escudero.
- 164 » Francisco Martinez.
- 165 » Manuel Rodriguez.
- 166 » Alejandro Vissieres.
- 167 » José Perez Martin.
- 168 » Antonio Fernandez García.
- 169 » Diego Perez Martin.

*(Se continuará.)*

## LIBRERIA DE LOS HIJOS DE FE.

CALLE TETUAN NUM. 19.

---

**SCHREBER. MANUAL POPULAR DE GIMNASIA** de sala médica é higienica, Representacion y descripción de los movimientos gimnásticos, que. no exigiendo ningun aparato para su ejecucion. pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades. por D. G. M. Schreber; traducido al castellano por H. Van Oordt. Un tomo en dosavo 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

**DE LA SALUD DE LOS CASADOS, O FISIOLOGIA** de la generacion del hombre é higiene filosofica del matrimonio, por el doctor Seraine. autor de los Preceptos del matrimonio y de la salud de los niños; traducida de la ultima edicion francesa de D. Joaquin Gassó, profesor de medicina. Un bonito tomo en octavo 12 rs. y 14 en provincias.

**CANCIONERO POPULAR, COLECCION ESCOGIDA** de seguidillas y coplas recogidas y ordenados por D. Emilio Lafuente y Alcántara, de la real academia de la historia. Dos volúmenes en octavo, buen papel y esmerada impresion. de mas de 400 páginas cada uno. comprendiendo el primero mil quinientas seguidillas, clasificadas convenientemente, y precedidas de un discurso sobre la poesia popular. El segundo contiene tres mil coplas, con numerosas variantes y notas. Esta importante obra es conveniente a todas las clases de la sociedad y puede considerarse como el verdadero libro popular: se vende al íntimo precio de 28 rs. en Madrid y 34 en provincias.

**LA DAMA DE LOS TRES CORSES, POR CH.** Paul de Rock. Novela ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Un tomo en octavo 12 rs. y 14 en provincias franco de porte.

**LA BARONESA BLAGUISKOF, POR EL MISMO**  
autor. Novela ilustrada con una lámina grabada en acero. Un tomo 12 rs. y 14 en provincias franco de porte.

**TAQUINET EL JOROBADO, POR DICHO AU-**  
tor. Un tomo en dosavo 12 rs. y 14 en provincias, franco de porte.

**LOS HIJOS DEL BULEVARD, POR EL MISMO**  
autor. Novela ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

**EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN, POR DICHO**  
autor. Un tomo en dosavo acompañado de una hermosa lámina grabada en acero. Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

**LA JOVEN DE LAS TRES ENAGUAS, POR DI-**  
cho autor. Novela ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte,

**UN RACIMO DE GROSELLA, POR DICHO AU-**  
tor, Novela ilustrada con una lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo 12 rs. y 14 en provincias, franco.

**LA FAMILIA BRAILLAR, POR DICHO AUTOR**  
Dos tomos en dosavo 24 rs. en Madrid y 28 en provincias franco de porte.

**UNA MUJER CON TRES CARAS, POR DICHO**  
autor. Dos tomos en dosavo 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

**LOS FILIBUSTEROS, POR M. GUSTAVO AI-**  
mard. Un tomo en octavo 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

**LOS TIRADORES INDIGENAS, POR DICHO AU-**  
tor. Un tomo en octavo 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

**LA LEY DE LINCH, POR DICHO AUTOR. UN**  
tomo en octavo, 14 rs. en provincias franco de porte.

**LOS MERODEADORES DE FRONTERAS, POR**  
Gauvot Almard. Segunda edicion. Un tomo 14 rs. franco de porte.





